

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

Facultad de Ciencias Políticas
y Sociales

“ LOS INTELLECTUALES Y EL PODER POLITICO EN MEXICO

(Notas para un estudio sociológico) ”

TESIS QUE PARA OBTENER EL TITULO
DE LICENCIADO EN SOCIOLOGIA
PRESENTA EL ALUMNO
ANTONIO BAUTISTA LOPEZ

México, D.F.

1998

265782

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

Presentación.....	2
I. Los intelectuales y el poder político: una aproximación teórica.....	8
• Definición de los intelectuales.....	11
• Función social de los intelectuales.....	13
• Función política de los intelectuales.....	18
• Relación de los intelectuales con el poder político:.....	21
- Los intelectuales en el poder.	
- Los intelectuales que sirven al poder.	
- Los intelectuales críticos del poder.	
• El poder político frente a los intelectuales.....	29
II. Los intelectuales y el gobierno mexicano en el presente siglo.....	32
• Definición de los intelectuales mexicanos.....	39
• Participación política de los intelectuales mexicanos.....	55
• Los intelectuales y el gobierno mexicano:	63
- Los intelectuales mexicanos en el gobierno.	
- Los intelectuales mexicanos que sirven al gobierno.	
- Los intelectuales mexicanos críticos del gobierno.	
III. Los intelectuales y el gobierno salinista (1988-1994).....	79
• El gobierno salinista frente a los intelectuales.....	81
• Los intelectuales frente al gobierno salinista.....	87
Conclusiones.....	105
Bibliografía.	110

PRESENTACION

Criticados y elogiados, sujetos siempre de controversias y polémicas, los intelectuales son personajes protagónicos de la historia política y cultural del presente siglo. Con sus ideas y obras, sus gestos y actitudes, contribuyen a formular y definir el pensamiento político contemporáneo y a determinar e influir en el curso de los acontecimientos más significativos de nuestro tiempo.

Por su rechazo a aceptar el orden existente y su permanente actitud reflexiva hacia lo que les rodea, los intelectuales desde un principio incidieron en el acontecer social y participaron en el debate público. Desde hace un siglo, con *L'Affaire Dreyfus* de 1898, los intelectuales fueron reconocidos como actores sociales y políticos. Y desde entonces sabemos que han precedido, preparado y acaudillado movimientos y cambios sustanciales en la sociedad, aunque claro está no de la misma forma en que lo hacen los gobernantes o líderes políticos. “*La misión del político es la acción, en tanto que la misión del intelectual es la crítica de la acción*”, nos recuerda oportunamente Octavio Paz. Y desde entonces también percibimos que hacia ellos se dirigen, con bastante frecuencia, comentarios favorables o juicios adversos: han sido ellos el centro y el origen de debates apasionados.

Poseedores de una personalidad singular, los intelectuales son al mismo tiempo dueños de una personalidad paradójica. En distintos momentos, son los principales promotores de arduas discusiones políticas, y el motivo central de éstas mismas. Baste recordar, al respecto, que durante las primeras décadas de nuestro siglo, adquirió verdadero auge el dilema de la responsabilidad social de los intelectuales, de su *engagement* o compromiso. Se les juzgó porque mostraron un distanciamiento de su entorno más inmediato o de su circunstancia social: por encerrarse en su “torre de marfil” (la expresión es del escritor romántico Alfred de Vigny), por colocarse encima de las clases sociales (“*au dessus de la mêlée*”, como sentenciaba Romain Rolland) o por colaborar con los gobiernos (“perros guardianes del orden” los llamó Paul Nizan). Se les impuso, por ello, la obligación de encarar a la sociedad y de cumplir, desde el partido socialista o comunista, con acciones de organización, liderazgo y propaganda (recuérdese la noción del intelectual leninista o del “intelectual orgánico” de Antonio Gramsci). Y en los últimos años, en la época en que se proclamaba el fin de las ideologías y el fin de la historia, se decretó la muerte del intelectual.

La consideración sobre los intelectuales ha estado sujeta al vaivén histórico y constreñida a las posiciones políticas. En nuestros días, la discusión acerca de su lugar en la sociedad ha variado. Ayer tan acalorada, hoy esa discusión no atrae las mismas diferencias y los mismos enconos. La situación no podría ser la misma, ya que gran parte de lo que motivaba esas discusiones desapareció o se transformó en años recientes. A propósito, pueden mencionarse algunos de los acontecimientos decisivos en esta transformación: la desintegración de la utopía socialista; el trastocamiento de la relación del Estado con la sociedad; el surgimiento en la sociedad misma de nuevas formas de organización y participación, y, por eso, de nuevos requerimientos y peticiones; la ampliación de novedosas tecnologías y, por ello, un cambio en la búsqueda, producción y difusión del conocimiento; y la presencia cada vez mayor de los medios de comunicación. Todos ellos son algunos de los acontecimientos que obligan, en estos momentos, a volver a interrogarse acerca del papel que los intelectuales juegan en la sociedad actual.

Despojados ya de las determinaciones políticas que contaminaron la discusión sobre los intelectuales y su situación en la sociedad -que permitieron que se propagara la consideración común, los comentarios apresurados y la opinión ideologizada-, nos encontramos ahora con la urgencia de actualizar la discusión sobre los intelectuales y, una vez más, volver a valorar sus opiniones y actitudes frente a la sociedad y la política. Más aún, cuando en nuestro país no es muy frecuente encontrar tentativas de acercamiento y de formulación teórica al tema de los intelectuales y cuando existen pocos intentos -aunque significativos- por registrar la historia del pensamiento o de la actuación de nuestros propios hombres de ideas, la labor dedicada a entender a nuestros intelectuales se hace más que necesaria.

En este punto conviene formularse una pregunta: ¿cuál es el motivo principal que impulsa a un estudiante de Sociología a realizar una tesis cuyo tema central es el de “Los intelectuales y el poder político en México”? Aparte de la importancia histórica y política antes señalada al tema, puedo decir que no es uno sino varios los motivos por los cuales me incline a abordar el tema de los intelectuales. El hecho de que el tema central de mi tesis sea el de los intelectuales mexicanos y su relación con el gobierno, obedece a los tres propósitos siguientes:

□ Un propósito de carácter académico. Inicialmente considero un pretexto estimulante y sugerente para la reflexión social y política el tema de los intelectuales. Sobre su posición en la sociedad existen múltiples y variadas vertientes para el análisis teórico, el estudio sociológico y la investigación histórica; vertientes que no han sido agotadas, o que se renuevan cada vez más. Por la importancia que representa la participación política de los intelectuales, me he decidido sólo a explorar su vinculación con el poder público.

□ Una inquietud personal. En nuestro país, no falta quien hable sobre los intelectuales. Ellos mismos han pensado, desde distintas posiciones, sobre su papel social o el deber intrínseco a su actividad. Pero creo que hay un campo amplio e inexplorado, en el que todavía es posible recuperar información valiosa y aportar propuestas originales o enfoques nuevos. Ante la abundante proliferación de artículos, ensayos o libros dedicados a los intelectuales, me preocupa la palpable pobreza teórica, la aplicación mecánica de las definiciones tradicionales y la escasa originalidad de las tentativas.

□ El tercer y último propósito obedece a una motivación afectiva. El hecho de frecuentar la obra de algunos de los más importantes intelectuales mexicanos y el concederle una importancia más allá de la estrictamente literaria, el seguir la trayectoria pública de los intelectuales más reconocidos y el atribuirle una significación amplia a sus ideas, me ha conducido necesariamente a efectuar reflexiones más generales y ordenadas.

A la presente tesis que titulo “Los intelectuales y el poder político en México”, la divido en tres capítulos, cada uno de ellos con un carácter distinto: El primer capítulo lo llamo *Los intelectuales y el poder político: una aproximación teórica.*, y efectivamente se trata de un ejercicio de reflexión sobre los intelectuales y el poder político, cuyo objetivo es servir como marco conceptual al trabajo en su conjunto. Con ese propósito revisé las formulaciones de los pensadores clásicos (como Antonio Gramsci y Wrigth Mills) y algunas aportaciones recientes (como las de Lewis A. Coser, François Châtelet y François Bourricaud), para rescatar los elementos necesarios que me permitieran realizar una definición de los intelectuales apropiada al objeto de mi estudio. Cabe señalar que en este punto he intentado ofrecer una interpretación personal sobre las relaciones de los intelectuales con el poder político, por ello no se desarrolla con amplitud

o detalle a algún pensador en específico. En suma, este capítulo es una tentativa teórica, un intento muy personal por hacer una Sociología Política de los Intelectuales.

En cambio, el segundo capítulo es de índole histórica y se llama *Los intelectuales y el gobierno mexicano en el presente siglo*. De no ser por Octavio Paz, Daniel Cosío Villegas, Gabriel Zaid y Enrique Krauze, la información relativa a los intelectuales mexicanos y su actuación política en este siglo sería escasa, por no decir inexistente. Como en otras partes del mundo, los intelectuales mexicanos son los que reflexionan de manera más consistente y constante sobre los propios intelectuales. Sin embargo, es importante resaltar que en el terreno de la Sociología y la Ciencia Política se han hecho pocas aunque significativas aportaciones. Tanto Gabriel Careaga (*Los intelectuales y la política en México* de 1971), Enrique Suárez-Iñiguez (*Los intelectuales en México* de 1980) y Roderic A. Camp (*Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo XX* de 1988) han explorado de manera particular el tema de los intelectuales y el gobierno mexicano. Recorro en muchas ocasiones a las aportaciones de esos autores, aunque ofrezco un marco de interpretación diferente a lo ya hecho. En este trabajo se parte de una definición propia de los intelectuales mexicanos para hablar de su participación política ligada al gobierno, ya se que hayan pretendido el poder, querer servir a él justificándolo o el que lo hayan criticado.

El tercer capítulo y último de la tesis, trata sobre acontecimientos más o menos recientes. Es, por eso mismo, una investigación exclusivamente hemerográfica. En *Los intelectuales y el gobierno salinista (1988-1994)*, llamo la atención acerca de un proceso nuevo en la participación pública de los intelectuales más destacados en nuestro país. Como nunca antes, en esos años se percibe la inusitada participación de los intelectuales, o de un grupo importante de ellos, en diferentes esferas de la vida política nacional, pero también se nota un cambio en la actitud del gobierno, en esta caso el encabezado por Carlos Salinas de Gortari, por acercarse a ellos, mantener un diálogo e incorporarlos a la actividad gubernamental, ya sea en las funciones administrativas o en los programas. Lo que antes era visto con recelo y rechazo en los medios políticos de izquierda, los ámbitos académicos y estudiantiles, pasó a formar parte de una tendencia dominante: la vinculación creciente en estos años de los intelectuales con el gobierno mexicano. Por el cambio que supuso la relación de los intelectuales con el poder político, su modo de percibir en ellos dicha relación y el enorme peso adquirido por los intelectuales en el

debate público en estos años, me pareció suficiente motivo para dedicarle un espacio que ilustre e ejemplifique el tema de estudio en un período actual.

Como se observa, en este trabajo se abordan desde tres perspectivas distintas (teóricas, históricas y coyunturales) a los intelectuales y el poder político, o, más específicamente, a los intelectuales y su distintas formas de vinculación con el gobierno mexicano. Por tratarse de un tema vasto e inexplorado, esta tesis es, en realidad, un texto aproximativo al tema de los intelectuales y el poder político en México. Es por ello que admito de antemano que las limitaciones de información respecto al tema obligan a que se trate de un estudio con apoyo meramente bibliográfico y hemerográfico. Queda pendiente una futura investigación en archivos oficiales, así como una más amplia exploración bibliográfica y hemerográfica, que aportara nuevos datos y que, en consecuencia, enriqueciera sustancialmente el tema.

I. LOS INTELLECTUALES Y EL PODER POLITICO: UNA APROXIMACION TEORICA.

En el presente siglo, los intelectuales han sido protagonistas de arduas discusiones políticas. El predominio de estas discusiones llegó a determinar incluso que los estudios académicos y los debates teóricos sobre los propios intelectuales se vieran influidos por preferencias ideológicas e inclinaciones partidistas. Es en este sentido que apuntaba lo dicho por Louis Bodin: “Demasiado a menudo se aborda el tema [de los intelectuales] de manera ideológica, no como realidad sociológica. (...) Se descuida el trasfondo histórico, la situación social, la dimensión cultural”.¹

La exigencia por imponer un mayor “compromiso” a la participación política de los intelectuales, idea que como se sabe se discutió en Europa durante los años treinta y cuarenta, inició la tendencia a confundir los discursos analíticos con los discursos prescriptivos, pese a que parece suficientemente claro que muy distinto es lo que los intelectuales *son o hacen*, de lo que *deberían ser o hacer*. Aún hoy es frecuente aún hoy ver ensayos o artículos en publicaciones periódicas que tras una apariencia de análisis, se ocultan consideraciones o juicios predeterminados. Más que investigaciones sobre las cualidades reales de los intelectuales en una determinada sociedad, las consideraciones más difundidas se apoyan inevitablemente en las inclinaciones políticas de quienes las hacen.

Por todo ello, se hace necesario hoy más que nunca restar peso a la determinación ideológica en el trabajo teórico o la investigación académica. De la misma manera que se hace necesario aclarar el nivel discursivo de cualquier estudio, es conveniente ubicar la perspectiva adoptada para abordar el tema.

En el análisis sociológico, los intelectuales pueden ser comprendidos desde tres perspectivas distintas:

□ En la primera de ellas se les ubica bajo una *perspectiva política*, en la cual se explora la posición de los intelectuales frente al poder y al Estado. En este tipo de estudios se destaca la inserción de los intelectuales en el servicio público o su participación en la difusión de ideas que legitimen a determinado gobierno; se acentúa su

¹ Louis Bodin: *Los intelectuales*, EUDEBA, Bs. As., 1970, p. 5.

posición crítica hacia el Estado y su contribución al cuestionamiento de las ideas políticas.

□ La segunda es una *perspectiva ideológica*, ligada por supuesto al punto de vista político; en ella se analiza la influencia que las ideas creadas por los intelectuales llegan a ejercer sobre las acciones colectivas e incidir en el acontecer social: la forma en que los intelectuales se asumen como líderes de opinión de élites o grupos, o la manera en que ellos actúan sobre la representación que una sociedad tiene sobre el poder político y sus gobernantes.

□ Finalmente existe una *perspectiva cultural*, en la cual se estudia a los intelectuales por su formación, su proceso creativo o la realización de sus obras; su relación con las instituciones de investigación y enseñanza; su participación en la política cultural del Estado; los mecanismos de otorgamiento o adquisición de prestigio y poder personales.

El tema de esta tesis es el de los intelectuales y su vinculación con el poder político. Es desde una perspectiva política que se aborda a los intelectuales; de esa manera, el trabajo puede ser considerado como un intento por hacer *Sociología Política*.

El primer apartado es teórico y comprende dos aspectos principales:

□ Definición de los intelectuales, para otorgarles una ubicación e identificación y de destacar el papel que desempeñan en la sociedad. Al mismo tiempo, es una referencia conceptual necesaria para delimitar el objeto de estudio: qué entiendo por intelectuales y a quiénes me voy a referir cuando utilice dicha denominación.

□ Relación de los intelectuales con el poder político, para establecer las distintas formas en que participan de la actividad política. Llamaré la atención sobre las diversas posiciones que los intelectuales adoptan frente al poder público, así como destacaré la significación social y política de sus ideas.

DEFINICION DE LOS INTELECTUALES

Los estudios sobre los intelectuales, o las investigaciones que se dedican a algún aspecto de la vida intelectual, la mayoría de las veces se originan o se sustentan en algunas características por las cuales a los intelectuales se les identifica como un grupo definido. Cabe indicar que en el trabajo teórico existen diversos criterios para definir a los intelectuales. Depende muchas veces del criterio que se adopte, y por supuesto de la categoría de intelectuales que se elija, como variará el número de personas a las que se considere como intelectuales: un criterio amplio abarcará una población extensa y, hasta cierto punto, difusa; uno más restringido comprenderá a un conjunto menor y quizá más preciso.

Cualquier reflexión teórica comienza por enfrentarse con una indiscriminada y muy difundida caracterización de los intelectuales. Es claro que los términos “intelectual”, “*intelligentsia*” e “intelectualidad” se utilizan de manera amplia y frecuente. En el lenguaje común y los medios de comunicación, en el pensamiento político y social e, incluso, en algunos estudios académicos, siempre que se pronuncia la palabra intelectual se piensa que son aquellos que desempeñan una actividad primordial opuesta a una actividad manual; utilizan, por eso mismo, casi exclusivamente sus aptitudes mentales (la reflexión, la escritura o el análisis); y finalmente, poseen una preparación académica y universitaria (y cada vez con mayor frecuencia con estudios de posgrado en el extranjero). Para el común de la gente, intelectual es aquel que *piensa*.

Aunque en parte cierta, dicha definición común se basa exclusivamente en dos criterios. El primero distingue y privilegia la actividad intelectual de la actividad manual para definir a los intelectuales. Pero ya el pensador italiano Antonio Gramsci se había opuesto, siguiendo de cerca una concepción clásica marxista, a esa definición: “No hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el *hombre faber* del *hombre sapiens*”.² A este criterio se suma otro que pretende definir a los intelectuales sólo por su preparación académica y universitaria. Criterio por

² Antonio Gramsci: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos, México, 1975, p. 15.

lo demás discutible, ya que “no todos los hombres salidos de una academia son intelectuales, ni lo son todos los miembros de las profesiones”.³

Esta apreciación común conduce a considerar a los intelectuales como un grupo muy extenso y heterogéneo de la población, lo cual demuestra que el criterio de definición mencionado no es riguroso. En realidad sólo una perspectiva que no se limitara al análisis exclusivo de la actividad intelectual en sí, podría definir de manera más comprensiva a los intelectuales.

Al respecto, Gramsci ya había señalado como un error muy difundido el caracterizar a los intelectuales por “lo intrínseco de las actividades intelectuales y no en cambio en el conjunto de relaciones que esas actividades mantienen (y por lo tanto los grupos que representa) en su situación dentro del complejo de las relaciones”.⁴ Si bien es cierto que como él dice “todos los hombres son intelectuales” -ya que de alguna u otra manera, en mayor o menor medida, interviene en cualquier actividad humana el intelecto-, es cierto que, como él mismo aclara, “no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales”.⁵

Y es, precisamente, dentro del conjunto de la sociedad que algunos hombres se distinguen de los demás por cumplir o desempeñar *la función de intelectuales*. No es entonces la posesión de ciertas cualidades, el nivel de instrucción o los títulos académicos, lo que define al intelectual y lo distingue en la sociedad. Definir al intelectual tan sólo por su profesión o por su actividad como criterio único, resultaría también erróneo. Un profesionista, un maestro o un investigador universitario puede llegar a ser un intelectual, pero ello no significa que un intelectual tenga necesariamente una especialización académica. Se sabe de casos notables de intelectuales reconocidos sin ningún título universitario o académico.

Más bien lo que define al intelectual es su ubicación dentro del conjunto de las relaciones sociales o el papel que llega a asumir en determinado momento respecto al poder público o la actividad política en general, a su actitud respecto a los hechos

³ Lewis A. Coser: *Hombres e Ideas*, FCE, México, 1973, p. 10.

⁴ Gramsci: *Op. Cit.*, p. 14.

⁵ *Ibidem*.

culturales o sociales. Para decirlo de otro modo: si es que representa ideas o intereses de grupos sociales definidos, si participa en la legitimación o crítica del poder político, si encabeza o acaudilla movimientos sociales, si con sus ideas incide en el acontecer de la sociedad.

El intelectual es aquel personaje consciente de desempeñar una *función social*, al mismo tiempo que cumple con una *función política* dentro de la sociedad.

FUNCION SOCIAL DE LOS INTELLECTUALES

Los intelectuales son los que, dentro de una sociedad, se encargan de crear y difundir las ideas. Su labor consiste en la elaboración permanente de ideas propias, nuevas y originales sobre la sociedad misma; es por ello que su participación es de utilidad pública: ayudan a incrementar continuamente el conocimiento que la sociedad tiene de sí misma.

En cualquier sociedad existen quienes sobresalen de los demás porque se dedican a comprender, de manera permanente, los más variados acontecimientos que acontecen y que, de múltiples formas, afectan a los integrantes de la comunidad. Aquellos que mencionaba Séneca: “los que parecen no hacer nada, son los que más hacen, pues se ocupan a la vez de lo humano y delo divino”. En el pasado eran reconocidos porque constituían una casta privilegiada detentadora de los conocimientos esenciales de una sociedad (esto es, los religiosos, médicos, físicos, astrológicos, matemáticos). En diferentes época han tenido varios nombres: se les llamó predicadores, sabios, mandarines, magos, brujos o sacerdotes. Desde hace un siglo, gracias a L ‘*Affaire Dreyfus* de 1898, acostumbramos a llamarlos “intelectuales”, muy aparte de los científicos o de quienes poseen un saber limitado o constreñido a un área del conocimiento.

Los intelectuales constantemente aportan algo nuevo para la comprensión de la sociedad -realidad siempre cambiante y en movimiento-. Ese algo es un opinión, un comentario, un juicio, un consejo, una propuesta, un programa o una teoría general. A decir de Gabriel Zaid, los intelectuales ...

“... construyen espejos de interés para la sociedad: para distanciarse de sí misma, desdoblarse, contemplarse, comprenderse, criticarse, fantasear. En el espejo de la página, crean experiencias especulativas, prácticas teóricas, ejercicios espirituales, donde la sociedad se reconoce como pensante, crítica, imaginativa, creadora, en movimiento.”⁶

La labor reflexiva o teórica de los intelectuales no implica un ejercicio meramente especulativo o aislado de la sociedad; más bien los intelectuales pretenden con sus ideas llegar a la gente y logra influir en los demás. Al realizar formulaciones nuevas o propuestas originales, las procuran divulgar en todo el conjunto social, para que sean conocidas no sólo por sectores restringidos como los círculos académicos, profesionales o de expertos.

El intelectual aspira a que sus ideas sean conocidas o admitidas por una parte o el conjunto de la sociedad. Esas ideas pueden llegar a ser influyentes, debido a que se tratan de ideas significativas o innovadoras para una élite, un grupo o una clase dominante que detente el poder, y en ese caso el intelectual logra responder a sus intereses. En este caso aunque sus ideas no sean conocidas por la sociedad, sí influyen en ella a través de las acciones de los poderosos. En ocasiones el intelectual suele adoptar un papel independiente de los intereses de cualquier grupo o clase social, pero utiliza diversos medios para comunicarse con la sociedad. No existe el caso de los intelectuales ajenos por completo de la sociedad, que no hablen o no formen parte de ella.

En la presente tesis se aplica un criterio restringido para definir a los intelectuales. Con ello se pretende identificar a un sector de la población, reconocido como una minoría, que cumple funciones específicas dentro de una sociedad. Como intelectuales nos referimos pues a aquellos que crean ideas originales en la sociedad y se encargan de difundirlas en ella misma, y que asumen su función como una actividad importante y, en algunos caso, vital.

Se descarta así, en contra de la apreciación común, a los que “difunden los que otros crean” (“ejecutores de las diversas artes, la mayoría de los docentes, la mayoría

⁶ Gabriel Zaid: “Intelectuales”, en *Vuelta*, no. 168, noviembre de 1990, p. 22.

de los periodistas'') o, en palabras de Lipset, "los que ponen en acción la cultura en cuanto se integran a su oficio -miembros de profesiones liberales, tales como médicos, abogados." Cabe señalar que existe una opinión muy difundida que identifica a los intelectuales con la profesión o la dedicación a una actividad específica. El sociólogo norteamericano Robert K. Merton es muy claro al respecto:

"Debe advertirse que 'el intelectual' designa un papel social y no la totalidad de una persona. Aunque ese papel coincide con diferentes papeles profesionales, no tiene porque confundirse con ellos. Así, normalmente incluimos entre los intelectuales a los maestros y los profesores. Esto puede bastar con una mera aproximación, pero de ello no se sigue que todo maestro o profesor sea un intelectual. Puede serlo o no serlo, según sea el carácter real de sus actividades. El caso límite se presenta cuando un maestro no hace más que enseñar el contenido de un libro de texto, sin interpretaciones ni aplicaciones. En tales casos el maestro no es un intelectual como no lo es el anunciador de radio que se limita a leer un texto que escriben otros para él. No es más que un eslabón en la cadena de transmisión que comunica ideas forjadas por otros".⁷

Definir a los intelectuales por su profesión o actividad como criterio único y determinante resulta erróneo. Un profesionista, un maestro o investigador universitarios pueden llegar a ser intelectuales, como se dijo antes, lo cual no significa que un intelectual tenga necesariamente una especialización académica. Podría argumentarse además el hecho de que otros integrantes de la sociedad también consiguen elaborar ideas, difundirlas e, incluso, aplicarlas para la resolución de casos específicos. Pero a diferencia de los políticos, los profesionistas o los técnicos, que "tienden a dejarse absorber por la búsqueda de respuestas concretas a problemas concretos, los intelectuales sienten la necesidad de ir más allá de la tarea concreta e inmediata y penetrar en un reino más general de significados y valores".⁸

⁷ Cfr. la definición que, desde el punto de vista cultural, aporta Seymour Martin Lipset en: *El hombre político. Las bases sociales de la política*, EUDEBA, Bs. As., 1977, p. 228. Véase a cita de Merton "Papel del intelectual en la burocracia política", en *Teoría y estructura sociales*, FCE, México, 1980, pp. 289-290.

⁸ Lewis A. Coser: *Op. Cit.*, p. 10.

Los intelectuales viven *para* las ideas, para ellos éstas poseen una significación mayor, más allá de la mera utilidad o aplicación práctica. En nombre de la Razón, la Verdad, la Justicia, la Historia, la Sociedad, la Democracia, la Libertad, hablan y actúan la mayoría de las veces; guían su acción por esas abstracciones, con las cuales su actividad cobra sentido y adquiere orientación.

Pero ¿cómo consiguen los intelectuales propagar sus opiniones, comunicarse con los otros y adquirir influencia? Ya se dijo que los intelectuales no reflexionan para sí mismos; difunden y socializan las ideas que ellos mismos crean. Aunque sus ideas no alcancen a ser conocidas por todos, sus aportaciones participan en la formación de una conciencia común y, sobre todo, contribuyen a crear el clima cultural de una época. Directa o indirectamente, sus ideas suscitan, fomentan, forman y guían muchas de las actitudes, inclinaciones y opiniones de los demás; muchos de los gestos y gustos de la colectividad. Constituyen, aunque no se lo propongan, una referencia cultural indispensable: “construyen espejos, mapas, brújulas sectantes, anteojos verbales, para orientarse en la realidad, y sus artefactos circulan porque les sirven a los demás”.⁹

La participación de los intelectuales en la vida pública es, sobre todo, *escrita*: un libro, un ensayo, un artículo periodístico, un manifiesto, un panfleto. Mediante los libros, pero más aún a través de los libros y las revistas, se propagan eficazmente sus ideas. Aunque también la intervención del intelectual puede ser *oral*, más ahora que posee acceso a los medios masivos de comunicación: hace declaraciones a la televisión o a la prensa; interviene en coloquios, reuniones y debates públicos; responde a entrevistas. Como quiera que ello sea, “su campo específico es la *persuasión* por medio del lenguaje y que sus propuestas, análisis o críticas, deben ser argumentadas en base a algunos principios inteligibles o comunicables”.¹⁰

⁹ Gabriel Zaid: *Ibidem*.

¹⁰ Fernando Savater en “Perplejidad y responsabilidad del intelectual”, *Vuelta*, no. 100, marzo de 1985, p. 70. François Bourricaud agrega que “aunque no todos los intelectuales sean ‘genios’, poseen en materia cognoscitiva y sobre todo en los distintos campos de la expresión (lingüística, lógica o estética) pericia y habilidades mayores que las del resto de la población” (En: *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, UNAM, México, 1990, p. 10). Y dice que el intelectual necesita de una “competencia cognoscitiva, es decir, la capacidad de discernir el sentido de un hecho o de un acontecimiento, de aprehender los esencial de lo accidental”. Asimismo, “se debe estar dotado de una cierta capacidad lingüística, tener un buen dominio de la palabra, de las imágenes y de los símbolos; tener capacidad de generalizar; es decir de ubicarse en los límites”. En suma; “se debe de estar bien colocado en la red de comunicación para emitir, recibir y retransmitir las informaciones de toda clase que circulan entre los distintos sectores y subsectores de la sociedad” (*Op. Cit.*, p. 16).

Cuando el intelectual aparece públicamente ostenta al inicio la autoridad que le han dado sus obras y se circunscribe a la actividad en que ha adquirido prestigio. Más tarde, con el acceso a los medios de comunicación adquiere una presencia más amplia y es reconocido por un público distinto y heterogéneo. Es así como llega a ejercer *influencia*: la capacidad de modificar o reafirmar las apreciaciones de quien lo lea o escuche.

Conviene decir que la influencia de un intelectual se mide, según Raymond Boudon, de acuerdo a la “eficacia” de su mensaje; esto es, “en la medida en que se ajusta a las creencias de su auditorio, él será acogido con reconocimiento sobre todo porque proporciona expresión y voz a sus creencias”.¹¹ Lo que diga el intelectual tendrá fuerza en tanto que los demás crean en sus palabras y se reconozcan en ellas. Es por eso que busca la aceptación de sus ideas: el ser reconocido por un público restringido, como el de sus iguales; o de un público impreciso y difuso, como al que se dirigen de manera reiterada los medios de comunicación. En el primer caso, busca la calificación de su excelencia o su competencia en determinada disciplina, por lo cual llegará a ser admitido por una comunidad de especialistas. En el segundo caso, trata de ser calificado por su contribución y por la “devoción a ciertos valores considerados eminentes y únicamente puede serle concedido por el público en general”. Pero el reconocimiento amplio de un público es el que “busca por encima de todo”.¹²

En la actualidad, los intelectuales ya no debaten más si se sitúan en la “torre de marfil” o en el ágora. Nuestra sociedad, cada vez más creciente y diversificada, obliga a que ellos comuniquen sus ideas: un intelectual sin un público, sin una comunicación constante con un auditorio, no puede considerarse intelectual. Ya que el intelectual se define, precisamente, por su *función social*.

Nuestra definición de intelectuales quedaría incompleta si además no se considera que son intelectuales aquellos que, sin ser políticos, tienen una participación política.

¹¹ “Intellectuel”, en *Dictionnaire de Sociologie*, Larousse, París, 1989, p. 110.

¹² François Bourricaud: *Op. Cit.*, p. 24.

FUNCION POLITICA DE LOS INTELLECTUALES

Se dijo anteriormente que los intelectuales se destacan por ser creadores y difusores de ideas. Ellos reflexionan sobre la sociedad y es hacia la sociedad donde sus ideas -el producto de esa reflexión- se encaminan. Su actividad es, por sí misma, significativa: “Si escriben, pintan y hablan, si crean y distribuyen imágenes e ideas, su labor es públicamente provechosa.”¹³

Habría que agregar a ello que son intelectuales porque además de crear constantemente ideas y procurar comunicarlas, logran trascender sus estrechos ámbitos ocupacionales y laborales. De esa forma, intelectual puede ser un escritor, un poeta, un científico social, un investigador universitario, un catedrático, un artista, en tanto que no se limite a su actividad y que, simultánea o alternamente, se ocupe además de la realidad que les rodea: la realidad política y social que de múltiples formas y a todos por igual nos involucra. Lorenzo Meyer, quien además de historiador es un intelectual, anota: “El intelectual es aquel que reflexiona más allá de su especialidad, en áreas mucho más amplias, apoyado, sí, en alguna área de la ciencia pero no constreñido por esa; el intelectual busca, intenta, la gran visión”.¹⁴

Al respecto, el filósofo francés François Châtelet -al mismo tiempo, un destacado intelectual- aporta un buen ejemplo al respecto:

“(…) cuando Albert Einstein tomó vigorosamente partido contra la utilización estratégica de la fuerza nuclear, es bien seguro que intervino como especialista en tanto que él es más apto para apreciar las consecuencias de su utilización; pero, en realidad, lo que él dice no supera a la información periodística seria (...).”¹⁵

El intelectual puede valerse, al inicio, del prestigio alcanzado en su especialidad o en el área en que ha mostrado sus mejores esfuerzos. En este sentido, su profesión o

¹³ Wriqth Mills: “La responsabilidad política de los intelectuales”, en *Intelectuales, poder, revolución*, Océano. México, 1979, p. 35.

¹⁴ “Intelectuales, poder, cultura” (entrevista con Hugo Vargas), en *La Jornada Semanal*, no. 223, septiembre 1993, pp. 23-24.

¹⁵ “Intellectuel y société”, en *Encyclopædia Universalis*, vol. 9, Francia, 1985, pp. 1251-1252.

su especialidad no es más que “un simple punto de apoyo”, como el propio Châtelet lo señala, para que el intelectual exprese su opinión, que él concibe como *su* verdad. Y, como en el caso mencionado, logra adquirir un sitio privilegiado por el cual el público le presta la atención necesaria que le permita opinar o juzgar, y por la cual también llega a ser reconocido. Es así que alcanza un doble prestigio: el obtenido por el conocimiento que tienen los demás de su obra, y por el cual es considerado y leído no sólo como un especialista sino *como* un intelectual.

“El escritor que escribe una novela es un escritor, pero si habla de la tortura en Argelia es un intelectual”, anota con acierto Edgar Morin. En efecto, el intelectual se define porque se interesa activamente en lo que acontece en la sociedad. Si formula ideas (llámense opiniones, juicios, análisis, propuestas, teorías) o si crea obras (llámense artículos, ensayos, libros, entrevistas), es porque quiere ser oído y llamar la atención sobre un problema específico de la sociedad, que él considera atañe a todos. Y si realiza determinadas acciones públicas -como el militar en un partido político o intervenir en el gobierno; hablar a título personal o de organizaciones independientes; suscribir un manifiesto; encabezar marchas o mítines; o simplemente acudir a las urnas para sufragar- es porque quiere, como ciudadano participativo, incidir en el curso de la sociedad.

El intelectual quiere afectar, de algún modo, la vida política y, por ello, se dirige a un público político responsable de enfrentar los problemas sociales y discutir las alternativas (una minoría ubicada en el gobierno como los dirigentes y funcionarios de primer nivel, los técnicos y especialistas; los dirigentes de los partidos políticos; los comentaristas y analistas políticos en diarios y revistas); a un público informado que toma posición sobre los temas de actualidad (minoría localizada en los medios universitarios y académicos, como investigadores, maestros y estudiantes); y, asimismo, se dirige a una abrumadora mayoría que desconoce o conoce vagamente los acontecimientos relevantes, y a la que muy pocas veces se le pide opinión (de manera esporádica y reciente, en las llamadas encuestas de opinión pública) porque se le considera paradójicamente con ninguna opinión o con opiniones contradictorias.

En este sentido, todo intelectual participa de la política. Todo intelectual es comprometido porque toma posiciones, implícitas o explícitas, en relación a la

sociedad en que vive.¹⁶ Todo intelectual contribuye a animar y alentar la formación de una opinión pública: la apreciación que una sociedad tiene de su gobierno; la valoración que servirá para que se acepte, se critique o se oponga a las decisiones o a los actos de quienes detentan el poder.¹⁷ Todo intelectual aspira a que sus acciones o sus opiniones colaboren en modificar o reafirmar las opiniones de los demás, respecto al sentido general y a la orientación política específica de una sociedad.

En suma, los intelectuales cumplen dentro de una sociedad con una función social y una función política. La definición de intelectuales utilizada en esta tesis se resume en lo siguiente:

Entiendo por intelectuales a todos aquellos que, en la sociedad actual, se encargan de crear y difundir ideas nuevas y originales, en forma permanente. Ideas (palabras, símbolos e imágenes) que influyen en la conciencia de los otros (trátese de personas o grupos), y que contribuyen a aumentar el conocimiento que la sociedad tiene de sí misma.

Además son intelectuales porque logran trascender su marco ocupacional y profesional, para incidir directa o indirectamente -con sus ideas, obras u acciones- en la vida política de una nación. Con el prestigio adquirido en cualquier esfera del conocimiento, con esas mismas ideas u obras logran actuar de manera también destacada en la vida pública, dentro o fuera del gobierno. Sin ser políticos profesionales, los intelectuales inciden en el ejercicio del poder político, ya sea que lo apoyen, legitimen o critiquen.

¹⁶ Con agudeza Louis Bodin resolvió el antiguo dilema del compromiso (*le engagement*) del intelectual (que las revistas francesas *Sprit* y *Les Temps Modernes*, durante los años treinta y cuarenta, se encargaron de divulgar): “Intelectual y comprometido forman un pleonismo; el intelectual no comprometido es una ilusión. No existe un intelectual que no tome posiciones, implícitas o explícitas, en relación a la sociedad en que vive”. *Op. Cit.*, p. 18.

¹⁷ Fernando Savater apunta: “Los intelectuales son los inventores de la opinión pública, fenómeno que en su versión laica nace en el Siglo de las Luces y que no es consecuencia del fin del absolutismo y del nacimiento de la democracia sino la condición *sine qua non* de estas transformaciones. Se trata de una condición asombrosa y audaz, la de que el pueblo tiene sus propios valores que le sirven para aprobar o rechazar las decisiones políticas y sobre todo que posee la capacidad de formar y reconsiderar tales valoraciones de acuerdo con nuestros acontecimientos”. En “Perplejidad y responsabilidad del intelectual”, *Op. Cit.*, p. 71.

RELACION DE LOS INTELLECTUALES CON EL PODER POLITICO

Con las ideas puede sostenerse o justificarse el poder, intentando transformarlo en autoridad legítima; con las ideas puede destruirse también la autoridad, tratando de reducirla a simple poder, de desacreditarla como arbitraria e injusta. Con las ideas se puede ocultar o exponer a los detentadores del poder. Y con ideas más hipnóticas aunque frívolas, puede distraerse la atención de los problemas del poder y la autoridad y la realidad social en general.

*Wright Mills*¹⁸

Como se ha visto anteriormente, los intelectuales son los encargados en una sociedad de introducir y difundir una cierta racionalidad en la consideración general de la vida pública. Lo que ellos piensen, escriban y publiquen; lo que públicamente hagan y digan, tendrá siempre la finalidad de afectar la percepción que los demás tengamos de los diversos acontecimientos políticos.

Sin embargo, se ha dicho que los intelectuales no hacen de la política su principal ocupación. Ellos no son, de acuerdo con la noción weberiana, “políticos profesionales”; aunque participan de distintas maneras en la política. Salvo notables excepciones (como los políticos-intelectuales o intelectuales-políticos del siglo XIX mexicano), se presenta una perfecta conjunción del intelectual y del político en una misma persona. Es bien sabido que los campos de acción del intelectual y del político son distintos, que su papel y función en la sociedad no son los mismos. A primera vista, los intelectuales se consagran al pensamiento como actividad primordial, en tanto que los políticos se entregan a la acción.

La diferencia entre el intelectual y el político ha sido señalada con justa precisión por Norberto Bobbio:

“(…) la tarea del intelectual es la de agitar ideas, evidenciar problemas, elaborar programas o solamente teorías generales; la función del político es la de tomar decisiones. Cada decisión implica una selección entre distintas posibilidades, y cada selec-

¹⁸ “Sobre el conocimiento y el poder”, *Op. Cit.*, p. 321.

ción es necesariamente una limitación, y al mismo tiempo una afirmación y una negación. La función del creador (o manipulador) de ideas es la de persuadir o disuadir, animar o desanimar, de expresar juicios, dar consejos, de hacer propuestas, inducir a las personas a las que se dirige a hacerse una opinión sobre las cosas. El político tiene la tarea de tomar de este universo de estímulos diversos -algunas veces opuestos, contradictorios- una línea de acción (...)”.¹⁹

Mientras que el político se ve inmerso en el torbellino de la acción y de la toma de decisiones, el intelectual se inmiscuye en un mundo de ideas, mismas que sirven para rechazar o aceptar las decisiones adoptadas por los hombres de poder. Esta diferenciación no puede ser tan tajante porque, como se sabe, en la realidad ambas funciones pueden llegar a coincidir en una misma persona, aunque no de manera frecuente. Más bien, existen entre ambas funciones unas relaciones sutiles y no tan diferenciadas.

Como el propio filósofo italiano lo sugirió en la cita anterior, el intelectual puede llegar a participar en la política de varias formas: el que *persuada, disuada, anime, desanime, enjuicie, aconseje, proponga, induzca*, además de que *sugiera, analice u opine* sobre las cosas que le afectan y en forma pública, significa que con esas acciones el intelectual está participando, se lo proponga o no, de la misma área de acción del político. Y que, de una forma u otra, lo que él realice afectará sobre la percepción que la sociedad tenga del ejercicio del poder o sobre las decisiones políticas.

Al mismo tiempo, y como el propio Bobbio lo aclara en la cita anterior, a la actividad del político le afecta directa o indirectamente la actuación del intelectual ya que del cúmulo de ideas que él formule (sean juicios, comentarios o propuestas), el político podrá llegar a definir “una línea de acción”. De esa manera, se habla de una relación entre el intelectual y el político, entre el hombre de ideas y el hombre de acción. Relación que a juzgar por la historia, puede considerarse inestable aunque, en todo momento, significativa.

Al participar en política, los intelectuales se sienten seducidos y hasta obsesionados por el poder. Nos recuerda Jacques Attali:

¹⁹ “Los intelectuales y el poder”, en *Nexos*, no. 195, marzo 1994, p. 37.

“No hay un solo intelectual que no se sienta atraído por el ejercicio del poder. Por una parte, porque se presenta como una posibilidad de salir de su gabinete de estudio y traducir, en cosas concretas lo que escribe, lo que propone y, por otra parte, porque un intelectual que es verdaderamente intelectual es ya, en cierto modo, un hombre de poder. Se trata, si se quiere, de una cuestión de grados. En efecto, qué es escribir, si no intentar ejercer una influencia sobre los demás.”²⁰

Y en efecto, quien hace política aspira al poder, nos recuerda Max Weber.²¹ Y los intelectuales, como los políticos, pretenden también participar en el poder o influir en su distribución, conservación o transferencia.²² Aunque cada uno desde posiciones distintas. El poder entendido como *poder político*, esto es, como gobierno. Ya que el gobierno, considerado como el cuerpo administrativo y ejecutivo de un Estado, es el que concentra el ejercicio del poder político. En tanto que el gobernante y sus ministros, las figuras de las que parten las decisiones políticas (asumidas como actos de poder) son los que determinan la orientación política de una sociedad.

Históricamente las relaciones que el intelectual establece con el político, han sido vistas como las relaciones entre el intelectual y el poder público. Es para todos conocido que las ideas otorgan poder o influencia para quien las genera, y por ello los gobiernos han buscado a los hombres de ideas y convertir a éstas en instrumento indispensable del ejercicio del poder. Pero también los intelectuales utilizan el poder de las ideas y con ellas sueñan con transformar al mundo, a veces dentro o fuera desde el poder.

A decir de Lewis A. Coser,²³ existen por lo menos tres modalidades en la relación entre los intelectuales y los políticos, entre los intelectuales y el poder político:

²⁰ En *Línea*, no. 21, mayo-junio 1976, p. 39.

²¹ “Quien hace política aspira al poder; al poder como medio de consecución de otros fines o el poder por el poder, para gozar del prestigio que él confiere”. En “La política como vocación”, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, p. 84.

²² De acuerdo con la definición clásica de Max Weber, la política se define así: “Política significará, pues, para nosotros, la aspiración (*Streben*) a participar en el poder o a influir en la distribución del poder en los distintos Estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen”. *Ibidem*.

²³ Cfr. *Hombres de ideas*, FCE, México, 1973, pp. 145-154.

□ *Los intelectuales en el poder.*

A lo largo de la historia, los intelectuales no se han conformado sólo con crear ideas y difundirlas en el cuerpo social, aspiran con frecuencia a alcanzar el poder político. Siguiendo de cerca la creencia de que la razón debe gobernar al mundo, de que un buen gobierno debe de ser resultado de la aplicación de buenas ideas, los intelectuales quieren en todo momento “modificar la realidad y someterla a su lectura no sólo en el papel sino en la práctica”.²⁴ No se limitan a analizar las distintas manifestaciones del poder público, anhelan además poseerlo.

Como bien se sabe, tal era *el sueño de Platón*. En *La República* desprecia a los políticos y considera que los únicos merecedores del poder en la ciudad son los filósofos, los hombres de ideas o los intelectuales de entonces. Con ello instauró la convicción de que la minoría privilegiada de los que saben deben dirigir a la mayoría abrumadora de los que no saben. Esa idea ha perdurado por varios siglos y llegado a nuestros días. Por citar sólo dos ejemplos extraídos de la Sociología: Augusto Comte confió en la guía espiritual de una minoría selecta de científicos sociales para dirigir lo que él entendía como un gobierno positivo (“los sabios poseen hoy, con exclusión de todas las demás clases, los dos elementos fundamentales del gobierno moral: la capacidad y la autoridad teóricas”, dijo en *Ensayo de un sistema político positivista*), en tanto que Karl Mannheim arguyó la necesidad de que los intelectuales asumieran la dirección del Estado.

Sin embargo, en muy contadas ocasiones los intelectuales consiguen el poder y logran dirigir la sociedad. En muy pocas veces llegan a dominar los hombres de ideas. El ejemplo histórico más notable lo constituyen los jacobinos y los bolcheviques; a decir de Coser:

“Durante breves períodos de exaltación y resurgimiento revolucionario cuando todo parece posible y los hombres mueven en deseos de rehacer el mundo los intelectuales han logrado tomar el poder. Pero han fracasado en retenerlo, cuando las exigencias rutinarias subsiguientes llevan a escena a los políticos profesio-

²⁴ Gabriel Zaid: “Imprenta y vida pública”, en *De los libros al poder*, Grijalbo, México, 1993, p. 58.

nales no estorbados por el intelecto pero sí dotados con destrezas prácticas requeridas”.²⁵

En determinado momento histórico los intelectuales no consiguen encabezar un gobierno, aunque no por eso dejan de sentir el imperativo de dirigir los cambios profundos que están ocurriendo en la sociedad. Renuncian entonces a allegarse el poder para sí, rechazan la pretensión de ser *rey-filósofo*, para inclinarse mejor a servir al poder, ya sea que realicen la tarea de ser consejeros de los gobernantes, que estén cerca de los políticos y los funcionarios públicos o que se incluyan en el cuerpo gubernamental.

□ *Los intelectuales que sirven al poder.*

Los intelectuales no cesan en el empeño de incidir en la marcha de los eventos políticos. Si no están en el poder, pueden conformarse con ser consejeros de los hombres de poder e, incluso, ponen sus ideas a su servicio: legitiman sus acciones y las proveen de justificaciones ideológicas. De esa manera, no ejercen el poder ni determinan las decisiones políticas, pero sí están detrás de el poder, influyen en él y lo sirven.

Cuando los intelectuales deciden servir al poder, significa para ellos la oportunidad de que moldeen la realidad política y social de acuerdo a sus ideas. Señala Zaid:

“Hombres de libros que buscan el poder, que sueñan con transformar el mundo desde el estado, que formulan proyectos de administración total de la sociedad, que tratan de llevar sus ideas de perfección a la práctica (personalmente a través de otros: asesorándolos, si están en el poder, o preparándolos académicamente para que lleguen al poder)”.²⁶

Los intelectuales se convierten así en expertos, técnicos, consejeros, asesores, guías espirituales, ideólogos. Y participan en el poder al influir, desde la administración gubernamental, en la toma de decisiones, o son los principales creadores, promotores o ejecutores de iniciativas políticas. La cercanía con los hombres de poder, así como su

²⁵ Lewis A. Coser: *Op. Cit.*, p. 147.

²⁶ Gabriel Zaid: “De los libros al poder”, *Op. Cit.*, p. 17.

integración a la burocracia, es lo que les permite influir en las decisiones políticas. Al otorgar *conocimientos-medio* (la expresión es de Bobbio) a los gobernantes, mediante consejos, propuestas y estudios específicos, los intelectuales:

“No sólo dan prestigio al estado: prestigian sus propias ideas (las vuelven oficiales) y se prestigian como hombres de libros bien vistos, influyentes, etc. Esto se llama mejorar las cosas desde adentro, y muchas cosas buenas para la sociedad se han logrado así, sobre todo en comparación con las ideas, obras y personas valiosas que no han llegado a nada por falta de reconocimiento oficial”.²⁷

Es claro que los gobiernos o los gobernantes requieren de los intelectuales. “A menudo, los soberanos han considerado necesario, para un funcionamiento satisfactorio del Estado, un alto nivel de educación humanista o técnico-legal, con la confirmación de diplomas y exámenes”.²⁸ Y llegan, en consecuencia, a considerarlos como indispensables.

El poder político no sólo se fundamenta en la violencia física, en el uso de la fuerza, sino que además se apoya en el consenso que asegure la obediencia sin que sea necesario, salvo en casos excepcionales, recurrir a la fuerza. Por ello, el poder trata de ganarse el consenso para que se le reconozca como legítimo, transformando la obediencia en adhesión voluntaria.

Como lo sugiere Wright Mills en el epígrafe con que se da inicio a este apartado, los intelectuales participan con sus ideas a legitimar el poder constituido, a transformarlo en autoridad legítima; esto es, en un poder aceptado en forma indiscutible por todos. Los intelectuales asumen así el papel de ideólogos. Intervienen para conformar “un sistema de símbolos, tejidos de ideas legitimantes, para revestir el uso de poder”.²⁹ Y de esa manera, crean sistemas de legitimación: “(...) pueden modelar nuevas justificaciones en situaciones históricas en las cuales las viejas parecen ya no ser suficientes para apuntalar

²⁷ *Ibid.*, p. 27.

²⁸ Edward Shils: “Intelectuales”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 6, Aguilar, Madrid, 1975, p. 148.

²⁹ Lewis A. Coser: *Op. Cit.*, p. 150.

el edificio del poder, o bien pueden crear sistemas enteramente nuevos de legitimación a fin de justificar nuevos sistemas de poder”.³⁰

□ *Los intelectuales críticos del poder.*

El distanciamiento respecto al poder, y por eso mismo su independencia frente a él y su obligado cuestionamiento, es una de las más fuertes tradiciones entre los intelectuales. A diferencia de quienes deciden obligadamente o por voluntad propia a participar en y del poder, el intelectual crítico prefiere abstenerse de sostener relación alguna con el poder. Sus ideas las dirigen en contra de los que hacen la política y radican su fuerza en la opinión pública, convirtiéndose así en “la conciencia de una sociedad”.

A veces sin saberlo, el intelectual crítico prolonga una tradición que se remonta a la Ilustración y que propiamente inicia a fines del siglo XIX. Como se sabe, la Ilustración -movimiento amplio con que se inicia el mundo moderno- confió que se podía comprender el mundo mediante el análisis exhaustivo y racional del orden existente. La sustancia del espíritu crítico radica, de hecho, en esa confianza ilimitada de las posibilidades de las “luces de la razón”. A la pregunta ¿qué es la Ilustración? Immanuel Kant respondía: “el *hacer uso público* de la propia razón en todos los campos”.

Y es, precisamente, en 1898 cuando el intelectual aparece en la historia política y cultural, al hacer uso público de la razón y, de esa manera, encarnar al espíritu crítico. A raíz del juicio secreto y condenatorio al oficial judío Alfred Dreyfus, acusado de espionaje y de traición a la patria, Emile Zolá publicó, el 13 de enero de ese año, su “Yo Acuso” en el que, a nombre de la verdad y la justicia, saldría en su defensa. Más tarde, un grupo de escritores, artistas y científicos sociales (encabezados por Zolá y entre los que se encontraban Anatole France, Marcel Proust, André Gide, Charles Péguy), redactarían y suscribirían un escrito que se llamó “El manifiesto de los intelectuales”, con el cual se acuña el término con que posteriormente se les conocería.³¹

³⁰ *Ibidem.*

³¹ Consúltese, al respecto, el *Yo Acuso* de Emile Zolá, la edición en español es de 1983, y *Les intellectuels en France. De L'Affaire Dreyfus a nous jours*, de Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, libro dedicado a la historia de los intelectuales franceses, edición de 1986.

Pese a que Zolá ni ninguno de los otros defensores de Dreyfus tenía competencia o interés particular en el asunto, consiguieron que Dreyfus fuera rehabilitado. Pero más allá del hecho mismo, *L' Affaire Dreyfus* demostró que los hombres de ideas, sin el requisito de las calificaciones ocupacionales, eran capaces de intervenir en los asuntos públicos.

Es muy interesante lo que, a propósito, señala Coser:

“Los intelectuales *Dreyfusards* creían que era por virtud de la inmersión en el mundo de las ideas por lo que tenían el derecho, más aún, el deber moral, de defender las ideas e ideales universales aun en contra de las pretensiones del Estado. Al defender a Dreyfus, creían que estaban al mismo tiempo defendiendo su propia pretensión de representar el reino de las ideas, más allá de la estrecha especialización. Su defensa de Dreyfus tenía como fin justificar su propio modo de existencia. Como verdaderos herederos de la tradición de la Ilustración, creían que su misión era criticar a los poderes gobernantes cuando interferían con la razón o la justicia. Se veían a sí mismos como profundamente comprometidos en la defensa de la investigación desinteresada y el escrutinio escéptico de las verdades tradicionales y ‘sagradas’. Comprometerse con la razón, aunque demostrara ser dañino para la estabilidad y el orden social, tenían prioridad sobre los intereses nacionales. La fe en la eficacia de las ideas universales y la dedicación a su defensa eran distintivos de la orientación *Dreyfusard* para el mundo político”.³²

La mención de Coser reafirma algunos rasgos señalado para definir a los intelectuales: su defensa de las ideas, el reconocimiento de ser herederos de la Ilustración, su compromiso con la razón y su ubicación más allá de las especializaciones.

En suma, con *L' Affaire Dreyfus* los intelectuales consiguieron su reconocimiento social y demostraron que, apoyados por la fuerza de la opinión pública, podían llegar a prevalecer sobre los hombres de poder a nombre de las ideas y de las Grandes Ideas o Ideas Universales (la Verdad o la Justicia, por ejemplo). Demostraron también la fuerza

³² *Op. Cit.*, p. 235.

de la verdad pública, en oposición a la verdad oficial; la aparición de un poder, el de la prensa; y que las cosas de interés público no deben ser reducidas a competencia específica, las cosas públicas son competencia de todos.

La aparición del intelectual crítico va aparejada con el nacimiento del intelectual. De hecho en muchas ocasiones el intelectual es apreciado como una figura indistinguible de la actividad crítica. Desde *L' Affaire Dreyfus* no es el propósito del intelectual crítico el participar en la toma de decisiones, sino enjuiciar esas decisiones tratar, si así lo juzga conveniente, de modificarla en aras del interés general.

Hijo de la Ilustración, el intelectual asume como su única o más importante misión la de criticar, y como su mayor compromiso ser fiel a la Razón.

EL PODER POLITICO FRENTE A LOS INTELLECTUALES

El poder político requiere de los intelectuales. En algún momento ellos son los que contribuyen a otorgarle legitimación al poder y a asegurarle el consenso o la adhesión voluntaria. En el anterior apartado se vio como los intelectuales aspiran al poder, lo quieren apoyar o es el centro de su crítica; resulta ahora pertinente saber como el poder político se sirve de los intelectuales y de qué manera actúa para reducir su actitud crítica.

Quien más ampliamente ha hablado sobre la acción ejercida por el poder político hacia los intelectuales, es el teórico italiano Antonio Gramsci. Cabe decir que precisamente el estudio de los intelectuales lo condujo a realizar reformulaciones importantes sobre el concepto de Estado, al que entiende no sólo como sociedad política o coerción, sino como la suma de sociedad política y sociedad civil, esto es, la fuerza y el consenso. Entendido en un sentido amplio, el Estado unifica orgánicamente esos dos términos contradictorios; el Estado, “violencia concentrada y organizada de la sociedad”, es asimismo expresión de la aceptación que se entretiene en la sociedad misma.

En esta concepción, el Estado no deja de ser instrumento de una clase y de expresarse a través de la fuerza, esto es, el ejercicio de las funciones coercitivas y de autoridad desplegadas por las fuerzas represivas, la administración de la justicia y la burocracia. Pero ahora la clase dominante se impone sobre el resto de de la sociedad gracias al “consenso activo de los gobernados”.³³ Para Gramsci el grupo social que asume la organización y el sostenimiento del Estado, reúne el *dominio* político y económico de los grupos antagónicos y la *dirección* política, intelectual y moral de los grupos aliados; este grupo es dirigente antes y después de conquistar el poder.³⁴

Por la posesión de los aparatos coercitivos, el grupo social dominante consigue mantenerse en el poder pero también organiza y crea su aceptación en la sociedad civil. Con el movimiento de socialización de los valores y de las actitudes dominantes, una clase social dominante logra el reconocimiento de los gobernados y establece su hegemonía. La hegemonía es básicamente la búsqueda del consenso, la posibilidad de unificar voluntades disgregadas. Christine Buci-Glucksmann explica que la hegemonía es sobre todo un “conjunto complejo de instituciones, de ideologías, de prácticas y de agentes (entre los que encontramos a los ‘intelectuales’)”. Y agrega:

“Una hegemonía se unifica solamente como aparato, por referencia a la clase que se constituye en y por la mediación de subsistemas: aparato escolar (de la escuela a la universidad), aparato cultural (de los museos a las bibliotecas), organización de la información, del marco de vida, del urbanismo, sin olvidar el peso específico de aquellos aparatos eventualmente heredados de un modo de producción anterior (del tipo de la Iglesia y sus intelectuales)”.³⁵

Cabe señalar que en el análisis gramsciano cada grupo social crea su propio tipo de intelectuales, ya que estos proporcionan las condiciones para que una clase dominante se convierta en hegemónica: dirigen y crean los valores culturales y políticos de una colectividad; dan sentido al espíritu de una época; sistematizan y dan coherencia a la cultura de un pueblo; difunden una determinada concepción del mundo y de la vida;

³³ *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Juan Pablos, México, 1975, p. 79.

³⁴ *El Risorgimento*. Juan Pablos, México, 1980, p. 99.

³⁵ *Gramsci y el Estado*, Siglo XXI, México, 1979, p. 66.

guían y sustentan el desarrollo de una sociedad y posibilitan la adhesión a un determinado orden social. Al participar del poder, los intelectuales son “los empleados del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político”.³⁶ Y es así como la labor del intelectual deviene en acto político, al insertarse en el conjunto general de las relaciones sociales.

En su estudio sobre el periodo histórico del Risorgimiento italiano, Gramsci analiza la estrategia política del transformismo, que es propiamente la contraparte o el complemento del uso y aprovechamiento de las clases dominantes de la labor de los intelectuales. Durante esa etapa histórica, el grupo gobernante se apoya en una “coerción inteligente” con la cual se incorpora a la oposición y la disidencia. Gramsci explica que “la absorción de la élites de los grupos enemigos lleva a la decapitación de estos y a su aniquilación por un periodo a menudo muy largo”.³⁷

El transformismo es el intento de un grupo dominante por perpetuar su dominación, así como su rechazo a querer asumir cualquier negociación o compromiso con las clases subalternas. El teórico italiano expone dos formas del transformismo: uno “molecular” en el cual se incorporan a grandes personalidades de la oposición a la clase dominante; y otro “grupal” que consiste en que, a nivel parlamentario, el grupo dominante atrae a los partidos políticos opositores y refuerza la falta de representación de estos mismos partidos. El transformismo se efectúa por la integración de la oposición intelectual, pero sobre todo en la dimensión ideológica.

De manera muy resumida se han expuesto a algunos señalamientos hechos por Antonio Gramsci sobre el aprovechamiento del poder político de la labor de los intelectuales y, al mismo tiempo, la nulificación de su influencia crítica. Como se observará en los siguientes capítulos de esta tesis, en México se ven en diferentes épocas diversas manifestaciones de una clara relación de los intelectuales con el poder político, al mismo tiempo que el intento del poder por disminuir o incorporar cualquier posibilidad de disidencia.

³⁶ *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos, México, 1975, pp. 18.

³⁷ *El Risorgimiento*. Juan Pablos, México, 1980, p. 157.

II. LOS INTELLECTUALES Y EL GOBIERNO MEXICANO EN EL PRESENTE SIGLO.

En nuestro país la relación de los intelectuales con el poder político, se ha expresado como una relación con el gobierno mexicano. Dicha vinculación puede caracterizarse como amplia, compleja, ambigua, contradictoria y cambiante. Quizá por eso mismo, una historia que la documente y la profundice, o un estudio que la desarrolle y la detalle, está aún por escribirse.

Hace algunos años, Gabriel Zaid con su habitual acierto señalaba:

“No se ha escrito una historia de las relaciones entre los intelectuales y el poder en México. Una historia que examinara la buena prensa infatigable que ha tenido Nezahualcóyotl, el poeta rey; que estudiara el silencio y la muerte de Sor Juana como la pugna de una intelectual comprometida con la corte de poderosos de su tiempo; que tratara de explicar si la prosperidad de México en el siglo XVIII fue causa o efecto de una conciencia afirmativa, manifestada en la expansión territorial y en el primer proyecto de integración de una cultura nacional; que investigara el ciclo de integración de los intelectuales al proyecto nacional y el poder, que va de las Veladas Literarias de Altamirano en 1868 a la renuncia de Octavio Paz en 1968 (con el paréntesis de la Revolución); que explicara cómo la Revolución empezó por un libro...”³⁸

La demanda de Zaid es todavía actual. A la fecha, existen además varios aspectos que no se hallan suficientemente documentados o que han sido escasamente investigados y analizados, por lo menos en lo que se refiere al presente siglo.

Se acostumbra a reconocer una tradición de participación de los intelectuales mexicanos en el gobierno, sobre todo en áreas concernientes a la educación y a la diplomacia (en la Secretaría de Educación Pública y la Secretaría de Relaciones Exteriores). Se sabe también del desempeño de intelectuales mexicano destacados como asesores presidenciales y se reconoce el peso de sus ideas en las decisiones políticas. Se sabe que otros intelectuales han ocupado puestos de elección popular (gobiernos de los estados, senadurías, diputaciones). Y sin embargo, salvo los casos más evidentes por

³⁸ Gabriel Zaid: *Como leer en bicicleta*, Joaquín Mortiz, México, 1979, p. 179.

tratarse de personalidades reconocidas y con una labor pública trascendente (como José Vasconcelos y su campaña educativa al frente de la SEP), muy poco se ha investigado acerca de otros intelectuales en otras áreas y en distintos niveles de dirección dentro de la burocracia; muy poco se ha escrito o testimoniado sobre la cercanía y el influjo de algunos intelectuales sobre las figuras presidenciales o funcionarios de primero y segundo niveles; muy poco se ha dicho sobre su influencia en las decisiones políticas o acerca de su papel como ideólogos del régimen. No existen, por lo demás, algo que pudiera llamarse *Historia de los Intelectuales Mexicanos en el Siglo XX* o *Historia de las Ideas en México*. Salvo visiones parciales e individuales, hay muy poco que documente o amplíe nuestra información sobre los intelectuales mexicanos, su actuación pública y su papel en la legitimación de los gobiernos posrevolucionarios.

Los estudios, ensayos y trabajos académicos que abordan la problemática de los intelectuales y el poder político en México, son escasos y no se presentan de manera muy frecuente. Los propios intelectuales son los primeros que en nuestro país, como en otras partes del mundo, tienden a distanciarse de sí mismos y analizarse: a juzgar su desempeño social y su papel en la historia. Puede afirmarse que los propios intelectuales *mexicanos iniciaron y se preocupan por continuar con las reflexiones sobre ellos mismos*.

Los estudios serios y rigurosos sobre los intelectuales en México pueden agruparse en:

□ *Los trabajos críticos*, que aportan elementos de comprensión de los intelectuales y en los que se indica la trascendencia política de sus ideas y se destaca su actuación pública. Se les ubica, además, en su peculiar situación histórica, política y cultural. Son investigaciones, análisis generales y esfuerzos teóricos aplicados a la realidad nacional.

□ *Las biografías y autobiografías intelectuales*, que se dedican a destacar la participación en la historia nacional de algún grupo o generación. A veces los principales protagonistas hacen sus reflexiones sobre su propia actuación o acerca de la generación en la que participaron: una autobiografía intelectual individual o generacional. Son historias de un grupo o generación, ensayos o libros de memorias.

□ *Las reflexiones sobre un período específico*, que consisten en la referencia explícita sobre la actuación de uno o varios intelectuales en un período significativo de nuestra historia (v. gr. la Revolución Mexicana), y explican a partir de ello la importancia de sus ideas y de sus obras.

□ *Los estudios relativos a un intelectual en particular*, que se esmeran en resaltar virtudes y profundizar, cada vez más, en aspectos inéditos o nuevas interpretaciones sobre su vida y obra. Son ensayos, prólogos a ediciones completas, presentaciones a antologías de escritos, artículos o biografías.

□ *Los estudios propiamente académicos*, en los cuales ubico los trabajos que adoptan una perspectiva de la Sociología o de la Ciencia Política. Su aparato teórico y conceptual se deriva o proviene de las reflexiones de los clásicos de cada una de estas disciplinas. Están poco interesados en una divulgación masiva y no parecen interesarse mucho en otros aspectos, como los literarios.

□ Y, finalmente, *las historias de la cultura mexicana*, que suelen adoptar una perspectiva generacional para entender el surgimiento de grupos de pensadores, artistas e intelectuales, y en ocasiones los confrontan a un acontecimiento histórico. Son visiones generales, resumidas y esquemáticas.

Los *trabajos críticos* sobre los intelectuales mexicanos fueron iniciados por ellos mismos. El precursor es Jorge Cuesta con sus artículos “Una nueva política clerical” de 1933 y “La enseñanza de Ulises” de 1937; en estos textos, con argumentos contundentes, “el más triste de los alquimistas” le resta importancia política a las obras de José Vasconcelos y el Ateneo de la Juventud, respectivamente. Un estudio más amplio lo constituye “La ‘inteligencia’ mexicana” de Octavio Paz, incluido en *El laberinto de la soledad* (1950), en cuyas páginas se dedica a “describir ciertas actitudes de la ‘inteligencia’ mexicana, es decir, de ese sector que ha hecho del pensamiento crítico su actitud vital”. El análisis del poeta es significativo por varias razones: inicia el análisis global de la “influencia pública y la acción política” de los intelectuales; hace un recuento de las figuras más importantes de ese entonces; aporta elementos comprensivos sobre su papel en la política y la cultura nacionales durante el período posrevolucionario;

y, finalmente, llama la atención sobre la creciente pérdida de “las armas propias del intelectual: la crítica, el examen, el juicio” por el hecho de servir al gobierno.

Un ejercicio crítico decisivo es el realizado por Daniel Cosío Villegas con “El intelectual mexicano y la política”, ensayo presentado al público norteamericano en 1965 e incluido en el segundo tomo de su *Ensayos y notas* (1966). En ese texto, este intelectual destacado por su participación política dentro y fuera del gobierno, de manera un tanto paradójica discute y pone en duda la importancia de la participación política de los intelectuales. Otro renombrado intelectual, Gabriel Zaid, sobresale por su esfuerzo permanente por comprender a los intelectuales mexicanos. En varios de sus artículos y ensayos diseminados en *Cómo leer en bicicleta* (1975) y *De los libros al poder* (1988), así como en ciertas partes de *El progreso improductivo* (1979), desarrolla y expone una visión detallada de las implicaciones y sutilezas en la relación de los intelectuales con la política. Como todo lo que escribe, son reflexiones originales, elegantemente expuestas y animadas por un espíritu siempre crítico y polémico.

Mención aparte merece el libro *Los intelectuales y el poder en México* (1991), que es la memoria de la VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Estadounidenses, celebrado entre el 8 y el 12 de septiembre de 1981. Sin embargo el título aunque sugerente, es engañoso. A los intelectuales y su relación con el poder, no se les dedica todo el espacio del libro y en ocasiones se refiere a aspectos más generales. Son pocos los textos que directamente se ocupan del tema que evoca el título.

Es posible afirmar que la más completa *biografía intelectual de una generación* lo constituye el libro de Enrique Krauze *Caudillos culturales de la Revolución mexicana* (1976), dedicado por completo a la Generación del 15. Se encuentran, por otra parte, textos redactados por los intelectuales protagonistas de acontecimientos políticos relevantes que, pese a no ser muy rigurosos en términos analíticos, conforman un testimonio de indudable valor histórico y documental. Las que llamaremos *autobiografías intelectuales* fueron iniciadas por José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Vicente Lombardo Toledano y Alfonso Reyes sobre el Ateneo de la Juventud³⁹; el

³⁹ Los escritos a que se hace referencia se encuentran contenidos en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, UNAM, México, 1984.

esfuerzo lo prosiguió Manuel Gómez Morín con su remembranza de la Generación del 15; hasta llegar a Carlos Fuentes y su examen de la Generación del Medio Siglo o las evocaciones de Octavio Paz. A ello habría que agregar los libros de memorias (como los de Vasconcelos y Jaime Torres Bodet), no muy abundantes en nuestra tradición política y cultural.

Tampoco abundan *las reflexiones de intelectuales relacionadas a un periodo histórico específico*. El más destacado es el realizado por el investigador estadounidense James D. Cockcroft con su libro *Precusores intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913)* de 1968. Se trata de un estudio referente a cuatro intelectuales de San Luis Potosí que desempeñaron el papel de dirigentes en el movimiento revolucionario: Camilo Arriaga, Librado Rivera, Juan Sarabia y Antonio Díaz Soto y Gama; asimismo, se sigue la trayectoria de otras dos prominentes figuras revolucionarias: Ricardo Flores Magón y Francisco I. Madero.

En cambio, proliferan *los trabajos sobre un intelectual en particular*. Destacan los de: Krauze sobre Daniel Cosío Villegas, José Joaquín Blanco sobre José Vasconcelos, Gastón García Cantú sobre los más importantes intelectuales, Eugenia Meyer y Gabrielle de Beer sobre Luis Cabrera, entre otros. La lista es abundante, imposible citarlos todos.

Muy escasos son *los estudios académicos* sobre los intelectuales mexicanos. Es posible mencionar sólo los libros de Gabriel Careaga, Enrique Suárez-Iñiguez y Roderic A. Camp; los tres, desde perspectivas un tanto distintas, abordan la temática de los intelectuales y su relación con el poder político. El libro de Careaga, *Los intelectuales y la política en México* (1971), es precursor en este tipo de investigaciones. Sin embargo, no deja de tener algunas omisiones. No parte de ninguna conceptualización amplia y exacta sobre los intelectuales. Su preocupación se centra sólo en los que él considera “intelectuales revolucionarios” y, eso sí, ofrece una exposición pormenorizada del movimiento de los intelectuales en los años 50’s y 60’s (los que se agruparon en las revistas *El Espectador* y *Política*, así como en el Movimiento de Liberación Nacional). El título desborda el contenido del libro. Se percibe una predilección por ciertos autores, al igual que en el libro de Suárez-Iñiguez *Los intelectuales en México* (1980). Sin embargo, éste libro se ocupa más en ofrecer un entendimiento teórico de los intelectua-

les: recurre a los clásicos de la Sociología, estudia a siete intelectuales mexicanos (Fernando Benítez, Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes, Pablo González Casanova, Francisco López Cámara, Octavio Paz y Luis Villoro) y su actitud ante algunas realidades políticas (la Revolución Mexicana, el socialismo, el imperialismo y América Latina, etcétera). Hay que mencionar especialmente al libro de Roderic A. Camp, *Los intelectuales y el estado mexicano* (1985); aunque algunos de sus argumentos y de sus conclusiones puedan ser cuestionables, se trata del estudio más amplio y ambicioso sobre los intelectuales mexicanos, sobre su papel en la sociedad y posición frente al gobierno.

Finalmente, se encuentran *las historias de la cultura mexicana* en las que la participación de los intelectuales es vista en su significación general e inmersa en los procesos culturales del país. Los trabajos de Carlos Monsiváis (“Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, de 1976), Enrique Krauze (“Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, que es la versión resumida de lo que expuso en la VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Estadounidenses en 1981) y Luis González y González (*La ronda de las generaciones* de 1984), proporcionan una reseña amplia y muy útil sobre las tendencias intelectuales, al tiempo que ofrecen anotaciones acerca de la intervención de los intelectuales mexicanos en la ejecución de los distintos proyectos nacionales.

A últimas fechas, se publicaron dos libros: los diálogos sostenidos por Gabriel Careaga y Gastón García Cantú (*Los intelectuales y el poder*) y por Alejandro Toledo y Pilar Jiménez Trejo (*Creación y poder*). Su valor proviene de que al ser entrevistas con varios intelectuales participantes de la historia política reciente, constituyen el testimonio de los propios protagonistas.

Como puede observarse por este breve recuento de trabajos y de estudios, el tema de los intelectuales mexicanos -y en especial, su participación política y su relación con el gobierno- no ha sido suficientemente documentado. Existen todavía muchos temas no explorados por la investigación histórica, el análisis teórico y el pensamiento crítico. Hoy en día, para las Ciencias Sociales -como la Sociología, la Historia y la Ciencia Política- dicho tema continúa siendo un reto y un estímulo para la reflexión.

En el presente trabajo me he propuesto explorar a los intelectuales mexicanos desde una perspectiva teórica proporcionada por la Sociología Política, y asimismo esclarecer algunas las distintas maneras de su relación con el gobierno. Para ese propósito, en el anterior capítulo esboqué una conceptualización de los intelectuales; ahora en este segundo capítulo intento:

- definir primero a los intelectuales mexicanos, para mostrar a quienes considero como intelectuales en nuestro país, y en qué consiste su función política y social;
- determinar luego la importancia de las ideas de los intelectuales y su presencia activa en la vida pública del país, esto es, la importancia de su participación política (la influencia de sus ideas sobre las decisiones políticas o las acciones del poder político);
- y, finalmente, exponer la posición de los más destacados intelectuales mexicanos frente al gobierno mexicano, a fin de destacar la diferentes modalidades de la posición política que asumen frente al poder.

DEFINICION DE LOS INTELLECTUALES MEXICANOS

En reiteradas ocasiones he supuesto la existencia de intelectuales en nuestro país. Pero no he especificado quiénes son todos aquellos que por alguna razón quedan comprendidos bajo la denominación de *intelectuales mexicanos*. Es pues buen momento para intentar su conceptualización, así como para destacar algunos de sus rasgos por los cuales se singularizan e identifican en nuestra sociedad.

Es necesario considerar en principio que los intelectuales mexicanos son un grupo reducido respecto a la población en general, que se distingue por producir ideas sobre los más variados aspectos de la vida política y social, y que, a través de sus obras, opiniones y acciones, participan directa e indirectamente de los acontecimientos políticos y los cambios sociales más importantes ocurridos en el país.

Junto con los políticos, militares, industriales y sacerdotes, los intelectuales constituyen, a decir del historiador Luis González y González: “minorías rectoras, grupos de hombres egregios, asambleas de notables” que “se distinguen claramente de las clases mayoritarias a quienes dominan, de los cuerpos masivos destinados a trabajar y obedecer, de las masas de trabajadores de un estado-nación, de la muchedumbre de usos y costumbres”.⁴⁰ Son esas minorías las responsables de las grandes transformaciones históricas, las que encabezaban los movimientos sociales, las que protagonizan la lucha política. Las que, en suma, definen o determinan los destinos de una nación.

Los intelectuales mexicanos constituyen una minoría, que se incluye dentro de una minoría rectora. En nuestro país los intelectuales son personalidades diversas que provienen de cualquier área o disciplina del conocimiento, del arte y la cultura en general. La mayoría de las ocasiones, en su actividad específica o preponderante han obtenido algún tipo de reconocimiento por su trayectoria, algún prestigio por la originalidad de lo que crean o alguna popularidad por la brillantez de sus propuestas. Muchas veces ese prestigio previo que se deriva de su actividad (ya sea artística, profesional u ocupacional), será el medio que le permitirá al intelectual ser atendido por un público y lograr así comunicar sus ideas y participar de diversas maneras en la vida política nacional.

Considero como intelectuales mexicanos a:

- Un *abogado y periodista* como Andrés Molina Enríquez (1868-1940). Opositor del porfiriato, desarrolló una importante labor periodística contra el régimen en los principales diarios de la época (*El Siglo XX*, *El Partido Liberal* y *El Reformador*, entre otros). Proclamó en 1911 el Plan de Texcoco en oposición del gobierno interino de Francisco León de la Barra, reivindicando las causas populares y dando prioridad al problema agrario. Por esa acción fue encarcelado, aunque -gesto característico de un intelectual- no dejó de escribir y polemizar (sobre todo, con Wistano Luis Orozco, precursor agrario). Partidario del Constitucionalismo. Su aportación es definitiva en la formación de los ideas agrarias del México revolucionario: influyó en el Programa del Constitucionalismo de 1914 y la Ley Agraria de 1915; participó en la formulación del

⁴ Luis González y González: *La ronda de las generaciones*. SEP-Cultura, México, 1984, p. 5.

artículo 27 constitucional y defendió la política agraria cardenista. Su amigo Luis Cabrera lo llamó “el verdadero precursor de la Revolución Agraria de México”. Su obra más importante, *Los grandes problemas nacionales* (1909), atrajo la atención hacia el problema agrario, participó en la atmósfera de cambios en la época revolucionaria y es considerado un clásico de la Sociología mexicana. Ocupó puestos menores en el gobierno. Fue nombrado Magistrado del Tribunal Superior de Justicia en el Estado de México, de 1938 hasta su muerte.

□ Un *pintor* como Diego Rivera (1886-1957). Participó en la campaña educativa vasconcelista. Encabezó el movimiento muralista mexicano, al lado de José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros. Representó plásticamente en los muros de los edificios públicos a la vida social de México, además de diversos temas revolucionarios. Difusor de las ideas comunistas en nuestro país. Participó de la creación del Partido Comunista Mexicano en 1924. Fue fundador de *El Machete*, órgano del Sindicato de Pintores que se convirtió en el primer periódico del PCM, y de diversos organismos afiliados a ese partido. Por diferencias ideológicas renunció a su puesto de secretario del PCM. A partir de entonces, y hasta 1954, se separó de los comunistas y se declaró su “compañero de ruta”. Convenció al presidente Lázaro Cárdenas de darle asilo político al revolucionario ruso León Trotsky en 1937. Junto con Trotsky y André Bretón, el padre del surrealismo, fundó la Federación de Intelectuales y Artistas Revolucionarios, en oposición a la Liga de Artistas Revolucionarios (LEAR) afiliada al PCM. Apoyó en 1939 la candidatura a la Presidencia de la República del General Juan Andrew Almazán. Fue miembro fundador de El Colegio Nacional. Por su temática revolucionaria, su obra causó en ocasiones escándalo, como *Pesadilla de guerra y sueño de paz* de 1952 y *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central* de 1947. Es considerado uno de los más importantes y reconocidos artistas plásticos de nuestro país.

□ Un *abogado, maestro, novelista, historiador, economista, periodista, diplomático, politólogo y empresario cultural* como Daniel Cosío Villegas (1898-1976). Se inició en el periodismo muy joven (*Excélsior*, 1919), la cátedra (sociología y economía política en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, de 1920 a 1924) y la creación literaria (*Miniaturas mexicanas* de 1922 y *Nuestro pobre amigo*, novela de 1925). Fue líder estudiantil y participó como traductor de clásicos, alfabetizador, conferencista y misionero cultural en las jornadas educativas vasconcelista. Fue Secretario General de la UNAM

en 1929; director de la Escuela Nacional de Economía, de 1933 a 1934, de la revista *El Trimestre Económico*, de la que fue fundador en 1934, y de la editorial Fondo de Cultura Económica, de la que fue fundador y director durante 16 años. Fue consejero de la Secretaría de Hacienda, del Banco de México y del Hipotecario. Inició muy pronto su labor diplomática, en la que destacan los cargos de: delegado plenipotenciario en la IV Conferencia Comercial Panamericana; consejero jurídico de la embajada en Washington; encargado de negocios en Portugal en 1935 y presidente del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. Observador cercano de la Guerra Civil Española, propuso al gobierno de Lázaro Cárdenas el proyecto de dar albergue a científicos y pensadores españoles en una institución académica mexicana; por ello, realizó las gestiones para el traslado de este valioso grupo intelectual que dio origen a la Casa de España en México, en 1938, y de El Colegio de México, en 1940. De esta institución fue secretario-tesorero (1940-1957) y presidente (1957-1963). Dirigió la revista *Historia Mexicana* (1951-1961) y fundó la revista *Foro Internacional* en 1960. En su ensayo crítico y polémico “La crisis de México” de 1947, hizo un balance de la Revolución Mexicana que le mereció el calificativo de José Revueltas de “escritor honesto”. De 1955 a 1974, dirigió la monumental obra *Historia moderna de México*, en 10 tomos, de los cuales 5 fueron obra suya. Entre 1968 y 1975, sobresalió por su labor como politólogo y periodística. En las páginas de *Excélsior* se dedicó a comentar semanalmente los acontecimientos más sobresalientes de la realidad mexicana, lo que le ganó tanto enemistadas como fieles lectores. Una selección de estas colaboraciones se reunieron en *Labor periodística, real e imaginaria* (1970). Con sus libros *El sistema político mexicano* (1972), *El estilo personal de gobernar* (1974) y *La sucesión presidencial* (1975), se dedicó al análisis de los elementos más importantes del sistema político mexicano: la figura presidencial, el PRI, los mecanismos de la sucesión presidencial, entre otros. Coordinó obras más breves y de difusión masiva sobre nuestra historia (*Historia mínima de México*, *Historia General de México* e *Historia de la Revolución Mexicana*). En 1971 se le concedió el Premio Nacional de Letras.

Es así como un abogado y periodista como Andrés Molina Enríquez; un pintor como Diego Rivera; y un abogado, maestro, novelista, historiador, economista, periodista, diplomático, politólogo y empresario cultural como Daniel Cosío Villegas, pueden ser considerados *intelectuales*. Como se observa, la profesión o la ocupación no basta para ser definido como intelectual, ni llega a determinar el que alguien lo sea. La

mención de sólo tres personalidades en el intento por conceptualizar a los intelectuales en México, sirve para ilustrar que se considera intelectual a alguien que, motivado por la realidad política y social, siente la necesidad de trascender sus medios ocupacionales, laborales o profesionales, y utiliza otros medios a fin de proponer a los demás sus propias ideas sobre la orientación de la organización social y política e intervenir en el curso de la sociedad.

A lo largo del presente siglo, se registra la aparición en épocas distintas de una cantidad considerable de intelectuales en nuestro país. Una mirada somera a la historia política, nos muestra que los intelectuales mexicanos en ocasiones elaboran una obra propia y en otras colaboran en una obra generacional. Que a veces forman escuelas, tendencias ideológicas o se agrupan en torno a revistas. Que existen personalidades constantes y congruentes, en las cuales se conjuga obra y actuación. Que hay quienes, en cambio, en su trayectoria no trazan una línea política coherente. Que hay intelectuales creadores de una obra variada y múltiple, así como hay quienes su obra es su acción y su participación política. Que, en suma, tanto las ideas como las actividades de los intelectuales mexicanos trazan un panorama intrincado y difícil de precisar.

Con todo, una historia intelectual mexicana del presente siglo tendrá que estar constituida por la mención de los intelectuales y sus obras; los principales grupos intelectuales y sus propósitos comunes; la secuencia de las generaciones; las revistas, los periódicos y suplementos; algunas grandes temáticas, magnas obras, institutos de investigación y organismos académicos y, por supuesto, algunos hechos nacionales de significación.

Sin pretender escribir esa historia, acaso sólo esbozarla, mencionaré los siguientes nombres de intelectuales, sus obras, sus grupos, sus tendencias y sus generaciones, en relación a grandes periodos de nuestra historia nacional:

Cenit y ocaso del porfiriato (1890-1910):

□ Los miembros del Partido Científico, llamados también científicos, constituyen la élite política e intelectual del porfiriato. Encabezados por *José Ives Limantour* (Ministro de Hacienda que escribió *Apuntes de mi vida política*), *Francisco Bulnes* (autor de *El verdadero Juárez* y *Las grandes mentiras de la historia*) y, muy destacadamente, *Gabino Barreda* (alumno de Augusto Comte, implantó el positivismo siendo director y profesor de la Escuela Nacional Preparatoria) y *Justo Sierra* (“Maestro de América”, como Ministro de Instrucción Pública creó la Universidad Nacional en 1910; autor de *Evolución política del pueblo mexicano*), por ser los educadores del régimen porfirista.

La Revolución Mexicana (1910-1920):

□ Los opositores del régimen porfirista: *Félix F. Palavicini* (fundador de los periódicos *El Universal*, *El Globo* y *El Día*), *Antonio Díaz Soto y Gama* (consejero de Emiliano Zapata y cofundador de la Casa del Obrero Mundial), *Camilo Arriaga* (principal organizador del Club Liberal “Ponciano Arriaga” y del Primer Congreso Liberal), *Juan Sarabia* (director de *El Diario del Hogar* y *El Hijo del Ahuizote*, además de vicepresidente del Partido Liberal Mexicano), *Librado Rivera* (editor de *Regeneración*), *Filomeno Mata* (fundador de *Diario del Hogar*), *Ricardo Flores Magón* (líder del Partido Liberal Mexicano, director de *El Hijo del Ahuizote* y promotor de *Regeneración* en Estados Unidos), *Francisco I. Madero* (líder del Partido Nacional Antirreleccionista y autor de *La sucesión presidencial en 1910*), *Andrés Molina Enríquez* (autor de *Los grandes problemas nacionales*, una de las obras más influyentes del período revolucionario) y *Luis Cabrera* (autor de “El balance de la Revolución”, ensayo por el cual fue exiliado).

□ El Ateneo de la Juventud, el principal grupo intelectual previo al estallamiento revolucionario. Fundado en 1909, es opositor del positivismo, fundamento ideológico del porfirismo, y creador de la Universidad Popular (1912) y de la Facultad de Humanidades en la Escuela de Altos Estudios. Entre sus intelectuales se encuentran, además del dominicano Pedro Henríquez Ureña: *Antonio Caso* (impulsor de la enseñan-

za de la filosofía en la Universidad Nacional y, como rector de la misma, defensor de la libertad de cátedra y de la autonomía universitaria), *Alfonso Reyes* (presidió la Casa de España en México y fundador de El Colegio Nacional; escribió *Visión de Anáhuac* y *Con la X en la frente*), *José Vasconcelos* (rector de la Universidad Nacional y Secretario de Educación Pública; autor de la *Raza Cósmica*, *Breve Historia de México* y una extensa autobiografía que incluye *Ulises Criollo*, “la mejor novela de la Revolución” según Xavier Villaurrutia), *Martín Luis Guzmán* (el autor de *El Aguila y la serpiente*, *La sombra del caudillo* y *Memorias de Pancho Villa*) e *Isidro Fabela* (Secretario de Relaciones Exteriores en el gobierno constitucionalista y Gobernador del Estado de México; autor de varias obras sobre la historia de la diplomacia mexicana).

Institucionalización de la Revolución Mexicana (1920-1940):

□ El movimiento muralista mexicano, que forma parte de la campaña educativa emprendida entre 1921 y 1924 por el ateneísta José Vasconcelos como Secretario de Educación Pública. Los muralistas pretendieron educar al pueblo mediante la expresión plástica; se componen por: los “tres grandes”: *Diego Rivera* (militante del Partido Comunista Mexicano y fundador de *El Machete*), *José Clemente Orozco* (creador de los murales en El Hospicio Cabañas de Guadalajara, una de las mayores obras plásticas del siglo) y *David Alfaro Siqueiros* (militante destacado del PCM y cofundador de *El Machete*; atentó contra la vida del revolucionario ruso León Trotsky); además es posible mencionar a: *Gerardo Murillo el Doctor Atl* (editó un periódico para atacar el régimen de Huerta, colaborador de los Partidos Socialista Italiano y Comunista Mexicano, y difusor de las ideas fascista en nuestro país), *Fermin Revueltas*, *Xavier Guerrero* y *Carlos Mérida*.

□ La llamada Generación del 15 se propuso como vocación reconstruir el país; la situación misma del país después del estallido revolucionario, urgió a los intelectuales a ordenar, actuar e incorporarse en la vida pública. Sus integrantes: *Jesús Silva Herzog* (creador y director de la revista *Cuadernos Americanos*, vocera del nacionalismo latinoamericano), *Vicente Lombardo Toledano* (fundador del Partido Popular Socialista y del diario *El Popular*), *Manuel Gómez Morín* (creador del Partido de Acción Nacional y autor del libro *1915* con el que se bautizó a su generación), *Alfonso Caso* (autor de 300

obras que contribuyeron decisivamente a fortalecer nuestro pasado prehispánico), Narciso Bassols (fundador de la Liga de Acción Política y del semanario *Combate*) y Daniel Cosío Villegas (creador de El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica, además de que fundó y dirigió las revistas *El Trimestre Económico*, *Foro Internacional* e *Historia Mexicana*).

□ Los vasconcelistas, que apoyaron al Maestro en su candidatura a la Presidencia de la República en 1929, como: *Alejandro Gómez Arias* y *Manuel Moreno Sánchez*, y que luego realizaron una labor periodística.

□ Los artistas de izquierda que fundan la Lucha Intelectual Proletaria (LIP) en 1931 y la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) en 1934. Además de Siqueiros, la LIP se conforma por los artistas plásticos *Pablo O' Higgins* y *Leopoldo Méndez* y el escritor *Juan de la Cabada*. Su órgano informativo fue *Llamado*. Algunos de los artistas de la LIP crean la LEAR, a los que se agregan: el pintor *Alfredo Zalce*, el guatemalteco *Luis Cardoza y Aragón*, el escritor *Ermilo Abreu Gómez* (militante del PCM y autor de *Canek*) y *José Mancisidor* (fundador y presidente de la LEAR y de la Sociedad de Amigos de la URSS, escribió una *Historia de la Revolución Mexicana* y algunas obras narrativas de carácter histórico y social), entre muchos otros artistas. La LEAR editó la revista *Frente a Frente*.

□ Los novelistas de la Revolución. Además de Martín Luis Guzmán, es posible mencionar a: *Mariano Azuela* (*Los de abajo* y *Andrés Pérez maderista*) y *Rafael F. Muñoz* (*Memorias de Pancho Villa* y *¡Vámonos con Pancho Villa!*), entre otros.

□ Los Contemporáneos es el grupo más artístico más importante de la década de los treinta. Su nombre provino de la revista que ellos editaban. Son sobre todo poetas, pero destacan algunos como intelectuales: *Carlos Pellicer* (Senador de la República), *Salvador Novo* (cronista de la ciudad de México, cuya obra periodística ha sido recogida en *La vida en México en el período presidencial de ... Cárdenas, Avila Cama-cho y Alemán*), *Jorge Cuesta* (ensayista crítico de los gobierno posrevolucionarios y director de la revista *Examen*, que sufrió en 1932 la censura y persecución), *Jaime Torres Bodet* (dos veces Secretario de Educación Pública y Secretario de Relaciones Exteriores), *José*

Gorostiza (Secretario de Relaciones Exteriores en 1964), *Rubén Salazar Mallén* (sufrió la censura y prosecución por publicar en *Examen* fragmentos de su novela *Cariátide*, difusor de las ideas fascistas y autor de *Desarrollo histórico del pensamiento político*) y *Samuel Ramos* (escribió *El perfil del hombre y la cultura en México*, con el cual se inicia el análisis del ser del mexicano).

□ Un grupo de jóvenes poetas que fundan varias revistas literarias (como *Taller* y *Taller Poético*) y que conjugan la actividad poética y la actividad política revolucionaria, encabezados por: *Octavio Paz* (cuya obra y actividad será decisiva en las décadas siguientes) y *Efraín Huerta* (poeta combativo y militante). Próximo a ellos por edad, un intelectual que, como veremos más adelante, lo considero arquetipo del intelectual comprometido e independiente: *José Revueltas*.

□ Hiperión: grupo filosófico surgido a finales de la década de los cuarenta bajo el influjo magisterial del filósofo español *José Gaos*. Profundizan la investigación del mexicano iniciada por Samuel Ramos. Son filósofos pero también intelectuales: *Leopoldo Zea* (*El positivismo en México*, entre sus obras más influyentes), *Emilio Uranga* (*Análisis del ser del mexicano*), *Luis Villoro* (*Proceso ideológico de la revolución de Independencia*) y *Jorge Portilla* (*Fenomenología del relajo*).

□ Los transterrados españoles o el grupo de intelectuales que llegó a México a causa de la Guerra Civil Española. Además de la obra de Gaos, se pueden citar a: *Wenceslao Roces* y *Adolfo Sánchez Vázquez*, promotores del marxismo en nuestro país.

Los gobiernos posrevolucionarios (1940-1968):

□ “México en la Cultura” suplemento literario y político del diario *Novedades* que reunió en sus páginas a un grupo numeroso de intelectuales. Fue dirigido sucesivamente por *Pablo González Casanova* (autor de *La Democracia en México* y luego rector de la UNAM), *Jaime García Terrés* (más tarde director de el Fondo de Cultura Económica), *Gastón García Cantú* (autor de *El pensamiento de la reacción en México* y director del INAH de 1976 a 1982) y *Fernando Benítez* (director de *El Nacional*,

secretario particular del Secretario de Gobernación de 1946 a 47 y autor de *Los indios en México*). El suplemento apareció de 1949 a 1961. Por acto de censura de la dirección del periódico, Benítez fue destituido como director debido a su orientación de izquierda. Con la renuncia de los colaboradores desapareció el suplemento. En 1962 todo el grupo se traslada a la revista *Siempre!* para formar el suplemento “La cultura en México”, dirigido por el propio Benítez.

□ La Generación de Medio Siglo. Definida por su crítica a la Revolución Mexicana y sus gobiernos, y por su apoyo a causas como la Revolución Cubana o el movimiento ferrocarrilero. La conforman: *Víctor Flores Olea* (participante en los Cursos Temporales de Verano e Invierno organizados en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM durante los años sesenta y Director de la misma de 1970 a 1975), *Carlos Fuentes* (autor de *La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Las buenas conciencias* y *Tiempo mexicano*), *Francisco López Cámara* (*La génesis de la conciencia liberal en México*) y *Enrique González Pedrero* (director de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM de 1965 a 1970). La Generación de Medio Siglo publica las revistas: *El Espectador* de 1959 a 1961 y *Política* de 1961 a 1967, en las que colaboraron intelectuales de otros grupos y generaciones. Algunos de sus miembros intentan, sin éxito, constituir un frente que agrupara el amplio espectro de la izquierda mexicana: el Movimiento de Liberación Nacional. El MLN lo apadrina el expresidente Lázaro Cárdenas y entre los participantes se encontraba además: *Jorge Carrión* (*Mito y magia del mexicano* y *El milagro mexicano*), *Fernando Carmona* (*México: riqueza y miseria*, *Tres culturas en agonía*, *El milagro mexicano*, *El Estado mexicano* y *La política del Estado mexicano*), *Alonso Aguilar* (coautor con Carrión de *La burguesía, la oligarquía y el Estado* y coautor con Carrión y Carmona de *Problemas del capitalismo mexicano* y *La reforma política y la izquierda*), *Heberto Castillo* (quien más tarde sería preso político del 68, fundador y presidente del Partido Mexicano de los Trabajadores y fundador del Partido de la Revolución Democrática) y el científico *Eli de Gortari* (preso político del 68).

La época reciente (1968-1998):

□ *Plural y Vuelta.* Luego de su renuncia a la embajada de la India por la represión al movimiento estudiantil de 1968, Octavio Paz encabeza dos proyectos culturales autónomos, en los que propugna por una democratización de la vida política en nuestro país. Primero la revista *Plural* del periódico *Excélsior* en 1971. En sus páginas colaboran intelectuales de otras generaciones, como Cosío Villegas, algunos de la Generación de Medio Siglo como Carlos Fuentes y Víctor Flores Olea, y el politólogo *Rafael Segovia* y *Gabriel Zaid* (autor de *El progreso productivo, La economía presidencial y De los libros al poder*). Tras la destitución de Julio Scherer de *Excélsior*, el grupo de Paz concluye *Plural* y decide fundar la revista *Vuelta* en 1976, en la que colaboran nuevos intelectuales, como *Enrique Krauze* (escribió una biografía sobre Daniel Cosío Villegas y un libro dedicado a *Los caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, luego causaría revuelo con su ensayo “Por una democracia sin adjetivos” y un texto en el que revisa la figura de Carlos Fuentes). *Vuelta* continúa publicándose hasta nuestros días.

□ *Nexos.* Asociado al inicio con el Departamento de Investigaciones Históricas e identificado con el suplemento “La cultura en México” de la revista *Siempre!* (dirigido desde los años setenta por *Carlos Monsiváis* y en el cual colaboran jóvenes de izquierda), esta revista se crea en 1978. Su primer director es el historiador *Enrique Florescano* (director de la revista *Historia Mexicana* y del INAH) y entre su consejo editorial y sus numerosos colaboradores se cuentan, entre otros: *Héctor Aguilar Camín* (autor de *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana* y quien asumiría años después su dirección), *Arturo Warman*, *Arnaldo Córdova*, *Rolando Cordera* (asesor del Secretario de Programación y Presupuesto y luego miembro del Partido Socialista Unificado de México), *Carlos Tello* (Secretario de Programación y Presupuesto de 1976 a 1977 y artífice de la nacionalización de la banca en México en el gobierno de López Portillo, y autor junto con Cordera de *La disputa por la nación*), *Guillermo Bonfil Batalla* (director general de Instituto Nacional de Antropología e Historia, fundador del Museo de Culturas Populares y autor de *México profundo*), *José Carreño Carlón* (que llegó a ser director del periódico oficial *El Nacional*), *Roger Bartra*, *José María Pérez Gay*, *Lorenzo Meyer*, *Carlos Pereyra*, *José Luis Reyna*, *Jorge G. Castañeda*, *Adolfo Gilly*, *Gilberto Guevara Niebla*, *Soledad Loaeza*, *Jean Meyer*, *Rodolfo Estavenhagen*, *Raúl*

Trejo Delabre y José Woldenberg. Nexos asumió una tendencia crítica y de izquierda, por lo menos al inicio. Y sus páginas recibieron la participación de algunos políticos que luego formarían parte del poder político en nuestro país, como: Manuel Camacho Solís y Carlos Salinas de Gortari (que también colaboraron en *Plural* y *Vuelta*).

En estos años, la aparición de algunos diarios como el *Uno más Uno* o *La Jornada*, amplió los espacios de difusión de las ideas de los intelectuales.

Por último, en este esbozo de historia intelectual es posible mencionar a algunos intelectuales independientes de grupos pero importantes en la política de este país. Mencionemos a: *Genaro Estrada* (quien como diplomático fue el creador de una Doctrina que lleva su nombre), *Javier Barros Sierra* (rector de la UNAM), el historiador *Edmundo O' Gorman* (autor de *La invención de América*) y *Jesús Reyes Heróles* (historiador y autor de *El liberalismo mexicano*, funcionario público y prototipo del intelectual ideólogo del poder político).

Es claro que la sola mención de los nombres de los principales intelectuales, sus grupos, sus generaciones y tendencias, no basta para escribir una historia intelectual en nuestro país. Es por ello que se han nombrado también las instituciones políticas y culturales que ellos han creado y dirigido y, sobre todo, sus obras escritas. Creadores de ideas, los intelectuales buscan que se difundan en un público, que cada vez se querrá más amplio y que, en un futuro, alcancen a ser del dominio general.

No obstante, por los niveles educativos de la población y los alcances mismos de las creaciones intelectuales, el intelectual en México se percibe a sí mismo hablando ante un público muy limitado. Es a través de revistas, periódicos y libros, que ellos han conseguido en mayor medida dar a conocer sus propuestas e interpretaciones.

De las revistas se han mencionado: *El Machete*, *Examen*, *La Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, *Trimestre Económico*, *Foro Internacional*, *Cuadernos Americanos*, *Siempre!* (con sus suplementos, en dos épocas distintas: *México en la Cultura* y *La cultura en México*), *El Popular*, *Política*, *El Espectador*, *Diálogos*, *Revista de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*, *Línea*, *Plural*, *Vuelta*, *Nexos*, entre otras muchas. De los periódicos hemos hablado de: *El Hijo del*

Ahuizote, Partido Demócrata, El Dictamen, El Nacional, Excelsior, Uno más Uno, La Jornada, por citar sólo algunos. En cambio, la lista de libros es más extensa. Ya hemos mencionado algunos decisivos: *Los grandes problemas nacionales* de Andrés Molina Enríquez, *El perfil del hombre y la cultura en México* de Samuel Ramos, *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, *El positivismo en México* de Leopoldo Zea, *La democracia en México* de Pablo González Casanova, *El liberalismo mexicano* de Jesús Reyes Heróles, entre muchos otros.

Si los intelectuales mexicanos se redujeran exclusivamente a los medios tradicionales de difusión de las ideas, su presencia en nuestra sociedad sería limitadísima. Sólo un público preparado e informado, como el universitario o el académico, podría realmente interesarse en lo que el intelectual dice. Por fortuna, no sólo en lo escrito y en lo que alcanza a llegar al conocimiento público, radica la presencia social del intelectual mexicano. En ocasiones el intelectual consigue influir considerablemente con sus ideas en un público político e informado, ligado directa e indirectamente a los problemas sociales; más aún, su mayor influencia radica en el peso que sus ideas han adquirido gracias a la intervención de los intelectuales en el gobierno y en su participación en la toma de decisiones. Como se verá en el apartado siguiente, el intelectual mexicano participa de la política cuando escribe, pero también en acciones diversas dentro y fuera del gobierno.

Para fines analíticos, puedo considerar como *arquetipos* de intelectuales mexicanos aquellos que fueron censurados y exiliados por los gobiernos a quienes les incomodaban sus ideas (como Luis Cabrera), o encarcelados y perseguidos por sus acciones políticas (como José Revueltas); así como a aquellos que sirvieron al gobierno y que aportaron contenido al discurso oficial y justificación a sus acciones y decisiones (como Genaro Estrada y Jesús Reyes Heróles).

Son *arquetipos* de intelectuales mexicanos:

□ Un *abogado, periodista y poeta* como Luis Cabrera (1876-1954). Bajo los seudónimos de Blas Urrea y Lucas Ribera, desempeñó su labor periodística en las principales publicaciones opositoras al régimen porfirista (*El Hijo del Ahuizote, Partido Demócrata, Diario del Hogar y El Dictamen*). Combatió al porfiriato primero

al afiliarse al partido que sostenía la candidatura del general Bernardo Reyes, y luego al unirse al Partido Antirreleccionista que dirigió Francisco I. Madero. Inició su carrera política en puestos de elección popular: formó parte como diputado de la XXVI Legislatura -famosa en los anales parlamentarios en nuestro país- y se integró a la XXVII Legislatura. Se adhirió al Constitucionalismo y, más tarde, llegó a ser teórico del carrancismo por su habilidad para crear una política financiera y su interés en lograr una legislación que protegiera al campesinado. Fue dos veces Secretario de Hacienda: de 1914 a 17, cuando se enfrentó a la complicada tarea de financiar la lucha carrancista, y de 1919 a 20. Apologista de la obra de Carranza, criticó severamente los programas y metas de los gobiernos de Obregón, Calles y Cárdenas. En 1931 dictó una conferencia que tituló “El balance de la Revolución”, por la cual el gobierno de Pascual Ortiz Rubio lo exilió a Guatemala. Regresó luego de seis semanas por decisión propia, al considerar que su expulsión había sido anticonstitucional. En dos ocasiones le hicieron la propuesta para que fuera candidato presidencial: en 1934 cuando se la ofrecieron sus amigos y simpatizantes del Partido Antirreleccionista, y en 1946 cuando se la ofreciera el Partido de Acción Nacional. En 1950 Adolfo Ruiz Cortines, siendo Presidente de la República, lo nombró su consejero. Su actuación política, tanto en sus actos como en sus escritos, se caracterizó por su preocupación social y por propugnar el cumplimiento de los principios de la Revolución Mexicana. Nunca dejó de escribir y polemizar. Es considerado uno de los pensadores más lúcidos del presente siglo.

□ Un *periodista, historiador, diplomático, novelista, poeta, empresario cultural y crítico literario* como Genaro Estrada (1887-1937). Su sensibilidad literaria la demostró en 1916 al realizar la antología *Poetas nuevos de México*, muy apreciada por su perspicacia en la elección de los talentos jóvenes de entonces. Compartió con otros escritores (los llamados “colonialistas” como Artemio del Valle Arizpe y Luis González Obregón), su entusiasmo por la vida colonial mexicana, que reflejó en sus obras *Pero Galín* y *Visionario de la Nueva España*. Se integró al servicio público muy joven, y dedicó gran parte de su carrera al servicio exterior. Como funcionario de la Secretaría de Relaciones Exteriores, fundó en 1932 la “Colección del Archivo Histórico Diplomático de México” (que alcanzó a sumar 40 volúmenes), con lo cual sentó las bases para construir la memoria diplomática del país. Escribió *Un siglo de relaciones internacionales de México a través de los mensajes presidenciales*. Participó, desde puestos de primer nivel dentro de la burocracia, en la formulación de la moderna política exterior

mexicana. Siendo Secretario de Relaciones Exteriores (cargo que cubrió de 1930 a 1932), formuló la Doctrina México el 27 de septiembre de 1930 dirigida a los representantes de nuestro país en el extranjero. Reaccionó en contra de la política de otorgar reconocimientos a los gobiernos extranjeros, esto es, el decidir favorable o desfavorablemente sobre la legalidad de los regímenes y propuso, en cambio, la autodeterminación de los pueblos, la no intervención y la igualdad jurídica de los Estados. Dicha Doctrina, mejor conocida como *Doctrina Estrada*, continúa actualmente vigente y ha sido adoptada por más de 150 naciones en el mundo. Consiguió que México ingresara a la Sociedad de las Naciones en 1931. Representó asimismo a nuestro país en España y Turquía. Fue miembro de las Academia Mexicana de la Lengua y de la de Historia.

□ Un *novelista, cuentista, guionista de cine y ensayista político* como José Revueltas (1914-1976). Muy joven adoptó las ideas socialistas, que defendería toda su vida. A los 14 años ingresó a la organización Socorro Rojo Internacional. Se afilió al Partido Comunista Mexicano en 1932, del que fue expulsado por diferencias en 1943. Durante el tiempo en que fue militante del PCM, creó la Federación de Juventudes Comunistas y llegó a ser Secretario Juvenil de la Confederación Sindical Unitaria de México. Fue redactor de *El Popular*, órgano del Partido Popular Socialista creado por Vicente Lombardo Toledano. Fundó la Liga Comunista Espartaco, de la cual también llegó a ser expulsado por diferencias ideológicas. Prácticamente la mayor parte de su existencia fue perseguido y encarcelado a causa de su activismo político y sus ideas. La primera vez a los 14 años por participar en una huelga, y la última acusado de ser el autor intelectual del movimiento estudiantil de 1968. Su espíritu crítico lo llevó a oponerse por igual al autoritarismo del gobierno como al dogmatismo de los propios comunistas. En sus obras literarias: *Los días terrenales* (1949), *El cuadrante de la soledad* (1950) y *Los errores* (1964), así como en el texto político *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (1962), se dedicó a enjuiciar la desviaciones estalinistas de los propios comunistas y a declarar la inexistencia histórica del PCM. Así también en *México: una democracia bárbara* (1958) observó de manera penetrante las elecciones de 1958, y es de los primeros textos centrados a desentrañar el enigma de la sucesión presidencial. Los jóvenes rebeldes de los años sesenta lo comenzaron a ver como el arquetipo del intelectual crítico, consecuente y radical. Imagen que ha perdurado desde entonces, sobre todo en los medios intelectuales y universitarios.

□ Un *abogado, maestro e historiador* como Jesús Reyes Heróles (1921-1985). Desempeñó una amplia, sólida y sobresaliente trayectoria en la administración pública. Entre sus principales cargos destacan los de: asesor del Secretario del Trabajo y Previsión Social (1944); Secretario General del Instituto Mexicano del Libro (1946-1953); asesor de la Presidencia de la República (1952-1958); director general de Petróleos Mexicanos (1964-1970), de Diesel Nacional (1970-1972), de Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril (1970-1972), de Siderúrgica Nacional (1970-1972) y del Instituto Mexicano del Seguro Social (1975-1976); Secretario de Gobernación (1976-1979) y de Educación Pública (1982-1985). En el ámbito político, fue consejero del Presidente del Partido Revolucionario Institucional (1952), miembro de su Consejo Consultivo (1960), diputado de la XLV Legislatura (1961) y presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PRI (1972-1975). Fue el principal impulsor de la reforma del PRI en 1973, de la reforma electoral en 1973 y la reforma política en 1977. Su obra escrita puede ser dividida en una investigación de la historia de México, en la que sobresale la obra monumental en tres tomos *El liberalismo mexicano* (1957-1961), y un estudio de las teorías del Estado, cuyas obras más destacadas son *Tendencias actuales del Estado* (1945), *En busca de la razón de Estado* (1981) y *Mirabeau o la política* (1983). En 1967 ingresó a la Academia Mexicana de Historia y en 1967 a la correspondiente de Madrid.

Quedan así comprendidos bajo la sola denominación de *intelectuales mexicanos* a personalidades complejas y múltiples, provenientes de profesiones diversas, con prestigio en alguna actividad, con ideas originales y con mayor o menor influencia pública, inclinaciones ideológicas encontradas, y propósitos o motivaciones personales distintas; en suma, bajo un concepto hay acciones y obras distintas.

Y en todo momento se consideran como intelectuales mexicanos sólo a aquellos que por la originalidad e influencia de sus ideas, el reconocimiento y la aceptación de sus obras, y su actuación pública, dentro o fuera del gobierno, han adquirido significación en la historia política mexicana del presente siglo.

PARTICIPACION POLITICA DE LOS INTELLECTUALES MEXICANOS

En 1965 Daniel Cosío Villegas pronunció una conferencia en la Universidad de Austin, Texas, que formó parte de una Conferencia Internacional sobre el Intelectual y la Política. “El intelectual mexicano y la política” se publicó al año siguiente, en su versión al español, en la recopilación en dos tomos de sus escritos llamada *Ensayos y Notas*. Como su título lo indica, el ensayo consistía en una aproximación crítica y sumamente polémica al tema de la participación del intelectual en la política nacional.

Cosío Villegas reacciona en contra de una opinión generalizada, restándole importancia a la intervención del intelectual mexicano en la política y la historia nacionales en este siglo. Y asegura que, frente a las perturbaciones políticas, salvo en el siglo XIX, “casi nunca ha sido el iniciador material, o siquiera ideológico de ellos, rara vez ha resultado ser inspirador lejano y ni siquiera una figura de primera magnitud”.⁴¹

Para Cosío Villegas, el intelectual mexicano no hace política porque: “No ha mostrado tener muchas ideas originales sobre los problemas del país, y menos todavía que las que tiene son verdaderas convicciones, que está dispuesto a defender e imponer, o sacrificarse por ellas en último extremo”.⁴²

El hecho de que el intelectual no participe en política puede explicarse, según Cosío Villegas, por la existencia de “un gobierno omnipresente” y por la presencia de un “poder avasallador presidencial”:

“Desde luego, el peso del gobierno en la vida nacional toda es enorme, porque apenas hay en México sectores independientes de actividad o siquiera alejados de él. En esas condiciones, cualquier movimiento público se topa de inmediato con ese gigante de fuerza desmedida. Puede, entonces, hacerse alguna política *dentro* y a favor del gobierno, pero hacerla *frente* a él, o en *oposición* suya, equivaldría a emprender un esfuerzo estéril,

⁴¹ Daniel Cosío Villegas: “El intelectual mexicano y la política”, *Ensayos y notas*, vol. II, Editorial Hermes, México, 1966, pp. 151.

⁴² *Op. Cit.*, p. 167

tan remota es así la probabilidad de alcanzar el poder, no ya a despecho del gobierno, pero ni siquiera a su lado. Lógicamente, el intelectual mexicano, ni ningún ser racional, desea hacerla de mártir o de predicador en el desierto".⁴³

Lo que ha obligado también a que se defina un estilo de vida política nacional, caracterizada por el completo alejamiento de *lo público*:

"La política no se hace en la plaza pública, el parlamento o la prensa, en debates o polémicas sonados, sino en la conversación directa, a medias palabras, entre el aspirante y el detentador del poder. No es, pues, una actividad pública, sino un cuchicheo confidencial".⁴⁴

Las observaciones de Cosío Villegas parecen no tener en cuenta, o no quiere ver, el influjo de las ideas de los intelectuales en las transformaciones políticas (en la obra, como hemos visto, de Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera o Genaro Estrada); la trascendencia de la labor educativa de José Vasconcelos; la participación constructiva en tareas de gobierno de la propia generación del 15, a la que él mismo perteneció; la creación de dos partidos políticos por miembros de esa misma generación; la militancia revolucionaria de la Escuela Mexicana de Pintura; la combatividad solitaria de José Revueltas; las actividades de la entonces reciente Generación de Medio Siglo; entre otros hechos de una larga lista. Es pues muy discutible la afirmación de que los intelectuales mexicanos no haya encabezado movimientos sociales, pero más rebatible es aun la idea de que no han tenido una participación en la vida política nacional.

Afirmo, en contra de la muy respetable opinión de don Daniel Cosío Villegas, que los intelectuales mexicanos han tenido una notoria, y en ocasiones decisiva, participación política. Algunos de los intelectuales fueron censurados, perseguidos y exiliados por los políticos o los gobiernos a quienes les incomodaban sus ideas. En otros casos, sus propias ideas se vieron traducidas en planes, iniciativas y acciones de gobierno; adoptando los intelectuales el papel de asesores y técnicos en el cuerpo gubernamental. Los propios intelectuales citan, cuando se les pide ejemplos de determinación e influencia en la política gubernamental, el caso de:

⁴³ *Op. Cit.*, p. 158.

⁴⁴ *Op. Cit.*, p. 160.

“la Ley Agraria elaborada por Luis Cabrera en 1915, lo que afectó a la legislación agraria subsecuente, y el efecto de José Vasconcelos sobre la educación. A partir de los años recientes, otro ejemplo mencionado con frecuencia es el efecto de Manuel Gómez Morín sobre la legislación bancaria, y en el decenio subsiguiente, la influencia de Vicente Lombardo Toledano sobre los movimientos laborales y la de Eduardo Suárez sobre las finanzas. En los años cuarenta y cincuenta, se ha señalado a Jaime Torres Bodet por su sistema de escuelas prefabricadas y su campaña de alfabetización, a Gustavo Baz por su contribución a la salud pública, y a Ramón Beteta por sus teorías económicas. Más recientemente, muchas respondientes citan el ejemplo de Jesús Reyes Heróles y las reformas políticas del gobierno de López Portillo; y en el régimen de Echeverría, Grindele sugiere que los investigadores intelectuales aportaron los fundamentos teóricos de la política gubernamental referente al desarrollo rural”.⁴⁵

Otros intelectuales optaron por hacer carrera política en el gobierno y llegaron a ocupar puestos de elección en las Entidades Federativas (como el caso de Agustín Yañez y Enrique González Pedrero, gobernadores de Jalisco y Tabasco respectivamente). Algunos otros, fuera del gobierno, se entregaron a la fundación de partidos políticos de oposición (como Vicente Lombardo Toledano y Manuel Gómez Morín, creadores del Partido Popular Socialista y el Partido de Acción Nacional, respectivamente), o se dedicaron su vida a la militancia (como David Alfaro Siqueiros). Y un sector importante de la intelectualidad mexicana ha preferido concentrarse en la creación de empresas culturales (diarios y suplementos culturales, revistas, centros de educación superior e instituciones de investigación superior e institutos de investigación, casas editoriales, magnas obras históricas, etcétera).

Es indudable el influjo de las ideas de los intelectuales y su presencia activa en la vida pública del país; así como ha sido decisiva su intervención en los asuntos de gobierno y su actuación dentro del aparato gubernamental. Para los intelectuales mexicanos, como cualquier otro actor político de la vida nacional, el gobierno es una entidad difícil de soslayar. Ellos nunca han reaccionado frente al poder con indiferencia,

⁴⁵ En *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, FCE, México, 1988, p. 293.

ya sea que lo consideren el medio adecuado para intervenir en la vida pública y, de esa manera, lograr influir en las decisiones políticas. Por lo cual se dice que ellos hacen política con el fin de ingresar, tarde o temprano, en el gobierno. O ya sea que lo consideren el punto hacia el cual dirige su análisis o cuestionamiento de los acontecimientos políticos y sociales. Por lo cual se ha dicho que ellos, como todos, ven en el gobierno la mayor referencia de nuestra vida política.

En este trabajo me interesa prestar atención no tanto a la actividad que los intelectuales realizan *fuera* del gobierno (como la formación de partidos político, la creación de empresas culturales y el influjo general de sus ideas), como a la que realizan *dentro* del gobierno, o la que se encuentra ligada a él. La vinculación que ambas partes sostienen debe de entenderse como un movimiento o reacción doble: por una parte, el gobierno o los gobernantes definen una política de acercamiento, diálogo, incorporación o aprovechamiento de los intelectuales, y en ocasiones muestran una indiferencia hacia ellos; en tanto que los intelectuales delinean, por su parte, una actitud hacia el gobierno que puede ser de aceptación o rechazo a su política, e incluso de indiferencia. Tanto esa *política gubernamental hacia los intelectuales* como esa *actitud de los intelectuales hacia al gobierno*, variará de acuerdo a circunstancias históricas, políticas, sociales y personales muy precisas.

A lo largo del presente siglo, el gobierno mexicano no parece haberse preocupado mucho por definir una política clara hacia los intelectuales y sostenerla por períodos prolongados. Más bien lo que prevaleció es una política determinada por cada gobernante durante el tiempo que dura su mandato, y que sólo es descifrable a través de ciertas decisiones y actitudes (no se trata de algo que esté escrito y que se plasme en discursos oficiales o informes de gobierno). Conforme ha cambiado el Presidente de la República (que en nuestro sistema presidencialista, es quien imprime el sello distintivo a la política nacional durante seis años), y con él todo su aparato de gobierno, se ha modificado también la política gubernamental en relación a los intelectuales.

En suma, el gobierno mexicano actúa frente a los intelectuales de manera variable y ambigua: a veces se muestra indiferente a ellos y los ignora, y prefiere recurrir a los técnicos para que ellos le impriman movimiento al aparato gubernamental; en otras ocasiones, se presenta un acercamiento y una colaboración entre ambas partes de manera

real y efectiva, aunque a ritmo marcadamente sexenal. En este último caso, es posible apreciar la delimitación y la aplicación de verdaderas estrategias de diálogo y acercamiento hacia los intelectuales, con los cual los gobernantes y los altos funcionarios de la burocracia gubernamental se proveen de conocimientos útiles en la implementación de políticas, incorporan una base teórica e ideológica a sus programas, o se aprovechan de su prestigio con la finalidad de exaltar su imagen -al interior como al exterior del país- y, sobre todo, para legitimar sus decisiones.

Salvo excepciones que no pueden llegar a constituir una regla, nuestros gobernantes se han acercado poco y no tan frecuentemente a los intelectuales. En los gobiernos posrevolucionarios se presentan muy pocos casos de apoyo tácito gubernamental a los intelectuales. Al respecto, vienen a la memoria sólo dos acontecimientos: la designación hecha por Alvaro Obregón de José Vasconcelos como Secretario de Educación Pública, lo que originó el movimiento educativo y nacionalista; y el apoyo de Lázaro Cárdenas para la creación, en 1938, de la Casa de España en México, con la cual se acogió el éxodo de intelectuales españoles que huían de la Guerra Civil Española y, ya como El Colegio de México, se logró conformar una importante élite intelectual de México.⁴⁶

Sólo en fechas recientes es posible percibir de parte de los gobernantes una tendencia a reconocer públicamente la presencia de los intelectuales. Al inicio de la década de los setenta, el presidente Luis Echeverría quiso recomponer la distancia abierta entre el gobierno y los intelectuales, a consecuencia de los acontecimientos políticos de 1968 y 1971 en que la protesta fue unánime en los medios universitarios e intelectuales respecto a las medidas represivas adoptadas por el gobierno para resolver las inquietudes sociales. En ese entonces se emprendió una estrategia de mayor acercamiento hacia un sector específico de los intelectuales; estrategia que se integró a una política nacional de apertura democrática para legitimar al gobierno. Como se recordará, la respuesta de algunos intelectuales que en el pasado habían sido opositores de los gobiernos posrevolucionarios (como Carlos Fuentes y Fernando Benítez) fue favorable

⁴⁶ La presidencia de la Casa de España en México, lo que luego sería El Colegio de México, la asumieron reconocidos intelectuales como Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas. Más tarde los intelectuales ligados a la Casa pasaron a colaborar a otra empresa cultural de Cosío Villegas, el Fondo de Cultura Económica, como traductores o directores de sección. Véase Enrique Krauze: *Daniel Cosío Villegas. Una biografía Intelectual*, Joaquín Mortiz, México, 1980, pp. 94-107.

para el gobierno echeverrista; en tanto que la política de apertura democrática (concebida por el intelectual e ideólogo más destacado del gobierno en los últimos años, Jesús Reyes Heróles) fue parcialmente exitosa y proseguida en los años siguientes.

Sin embargo, la represión a la agitación estudiantil en 1971 y el golpe dado por el gobierno echeverrista al periódico *Excélsior* (que paradójicamente permitió la apertura de nuevos espacios de información, debate y crítica, como *Proceso* y *Vuelta*, mismos que harían posible el surgimiento más tarde de *Uno más uno*, *Nexos* y *La Jornada*), vino a desmentir radicalmente, por esos años, la supuesta reconciliación del gobierno con los intelectuales.

Por su parte, los gobiernos siguientes no mostraron una peculiar inclinación por los intelectuales. La actitud de José López Portillo al frente de la Presidencia pareció ser la del *rey-filósofo*, pero no la del intelectual que llega a ser gobernante, sino a la inversa: la del político que se asume con una previa vida académica y con una sostenida vocación literaria (es memorable por lo risible su declaración al aparecer su *Memoria de mis tiempos*; decía entonces que ahora sí -luego de seis años de ostentar el máximo poder político, claro está- había vuelto a descubrir su verdadera vocación: la de escritor), que durante su mandato se mostró autosuficiente y sin necesidad de recurrir al consejo y comentario de los intelectuales.

En cambio, en el período presidencial de Miguel de la Madrid predominó una élite tecnocrática en la administración pública y no hubo un acercamiento real con los intelectuales. Si bien es cierto que, a partir de entonces, se empezó a hablar con mayor fuerza de un fuerte dominio de la tecnocracia, en el siguiente gobierno, el de Carlos Salinas de Gortari, se observó como en ningún otro una clara tendencia por acercarse una vez más a los intelectuales, una marcada intención por definir una política hacia ellos y un clima general de reconocimiento al valor de los estudios universitarios y de posgrado. Y fue también claro que, como se verá en el tercer capítulo de esta tesis, algún sector de la intelectualidad mexicana acudió al llamado hecho por el gobierno para colaborar con él, así como integrarse a la definición de la política cultural y social de estos años.

Por su parte, la actitud de los intelectuales hacia el gobierno ha sido variable y oscila, en términos generales, de la aceptación al rechazo a participar en él. Durante el

período que va de los años veintes a los cuarentas, predominó en nuestro país la idea de que los intelectuales contribuían a la reconstrucción nacional, por lo que ellos se sumaron sin mayor objeción a las tareas de gobierno. Lo exigían las particulares circunstancias por las que atravesaba el país y, ante todo, formaba parte de un compromiso personal el incorporarse a alguna área del servicio público. Muy pocos intelectuales, sobre todo los que se afiliaron a una posición de izquierda, expresaron entonces una abierta negativa a incorporarse al aparato gubernamental.

La oposición a colaborar con el gobierno comenzó a crecer, en realidad, durante los años cincuenta y sesenta. Esa tendencia fue expresada, como era de esperarse, en los medios intelectuales de izquierda y fue simultánea a la desconfianza manifiesta hacia los gobiernos que se decían revolucionarios, pero que cada vez más se alejaban de las metas y los objetivos que les dieron origen. El 68 es considerado un año axial, que entre otras cosas culminó el rechazo a participar en el gobierno dentro de los medios intelectuales y estudiantiles.

Como señala Sánchez Susarrey:

“Entre los intelectuales, como entre los jóvenes, la represión contra el movimiento estudiantil tuvo un efecto decisivo: rompió la imagen del Estado y puso en cuestión la legitimidad del régimen. Más allá de las desviaciones de cada uno de los gobiernos, el Estado de la Revolución Mexicana parecía encarnar la continuidad y el proyecto del movimiento de 1910. Para un intelectual que quería servir a la nación, no había nada de ilegítimo en entrar al servicio público. Con la represión del movimiento estudiantil terminó una ciclo de la cultura en México. Las relaciones entre el gobierno y los intelectuales sufrieron una transformación radical”.⁴⁷

A partir de entonces se vió con recelo que algún líder estudiantil o un intelectual reconocido quisiera incorporarse al servicio público, o que pretendiera ocupar puestos menores en la burocracia. Fue de uso frecuente la utilización del vocablo *cooptación* para designar un proceso de absorción de nuevos miembros en los círculos de decisión

⁴⁷ Jaime Sánchez Susarrey: *El debate político e intelectual de México*, Grijalbo, México, 1993, p. 25.

política, ya sea en el partido oficial o en el gobierno o en algún ámbito del gobierno mismo. Y en todos los casos, esa designación sirvió para censurar un acto considerado como de claudicación de las ideas, de traición a las causas populares o de rechazo a asumir un compromiso social.

Cuando en 1970 Enrique González Pedrero renuncia a seguir con la dirección de la Facultad de Ciencias Políticas y decide incorporarse al partido oficial, causó conmoción en los medios estudiantiles. Este es el testimonio de un testigo de esa época:

“Podemos decir que el propio Gonzalez Pedrero es consecuente con esa vocación por la política y la administración pública: recordemos que en abril de 1970 renuncia a la dirección de la Facultad y poco después va a ser designado secretario general del PRI y, don Jesús Reyes Heróles, su presidente. La designación de González Pedrero va a causar en la comunidad de la Facultad, en la Universidad y en los medios políticos, sorpresa y desconcierto. Sorpresa porque no esperaba que su trayectoria y su militancia en los movimientos de izquierda permitieran tal salto. Desconcierto, porque en 1970 estaban muy frescas las heridas de 1968 y tales virajes resultaban difíciles de comprender. Cierto, se estaban produciendo cambios: Echeverría no era Díaz Ordaz, ni don Jesús Reyes Heróles, Sánchez Vite, pero en ese momento, las cosas no se veían con la claridad de ahora”.⁴⁸

Aún a finales de la década de los setenta, era posible percibir un rechazo, aunque ya no tan generalizado, por participar en el gobierno. Un acontecimiento de 1977, que adquirió dimensiones públicas, refleja muy bien esa actitud. En ese año, un integrante del suplemento *La cultura en México*, Rolando Cordera, comenzó a trabajar en la Secretaría de Programación y Presupuesto al lado de Carlos Tello -mismos que en 1982 serían los artífices principales del proyecto de nacionalización bancaria, tan aplaudida en su momento por igual tanto por los sectores oficiales como el amplio espectro de la izquierda. Jorge Aguilar Mora, David Huerta y Héctor Manjarrez expresaron su desacuerdo ante esa decisión en las páginas del suplemento, al tiempo que señalaban “la dependencia de fondos estatales” del entonces proyecto de la revista *Nexos*. Este hecho

⁴⁸ Sergio Colmenero. *Historia, presencia y conciencia. (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales 1951-1991)*. UNAM. México, 1991, pp. 119-120.

tuvo alguna resonancia en su momento, pero más que eso marca el inicio de una nueva etapa en las relaciones de los intelectuales con el gobierno, misma que llega hasta nuestro días.

El hecho de incorporarse a las tareas de gobierno como su reprobación decreció con los años. A partir de algunos hechos recientes que veremos en el capítulo tercero de esta tesis, hoy no se ve mal al intelectual, por mucho que proceda de la militancia en la izquierda, que intervenga de manera directa y activa en los asuntos de gobierno.

LOS INTELECTUALES Y EL GOBIERNO MEXICANO

En nuestro país, no es para nadie desconocida la existencia de intelectuales, e incluso generaciones enteras de intelectuales, ligadas a actos y decisiones de gobierno. En México se han presentado fundamentalmente tres *tendencias* en la vinculación de los intelectuales mexicanos con el poder político: los que han alcanzado el poder, desde distintas posiciones; los que han colaborado sin más con el gobierno; y, por último, los que han adoptado una actitud independiente y crítica hacia él. A continuación se detalla cada una de esas tres posiciones políticas de los intelectuales mexicanos.

Intelectuales mexicanos en el gobierno.

Por lo menos en lo que va del presente siglo, ningún intelectual mexicano ha llegado a ocupar la Presidencia de la República. En nuestra historia moderna, no se ha dado el caso del *rey-filósofo* o el que un intelectual de reconocida presencia pública desarrolle una brillante trayectoria política y que alcance el poder político más alto.

José Vasconcelos puede considerarse el *único* intelectual mexicano que aspiró a ser Presidente. Y que además contendió en una lucha electoral para conseguir ese propósito. Su campaña presidencial constituye, en efecto, la única tentativa de un intelectual mexicano por hacerse del máximo poder político, el más real y no de sus inmediaciones

como consejero, ideólogo o redactor de discursos. En el momento de pretender ocupar la Presidencia de la República, Vasconcelos ya era un intelectual renombrado:

Nacido en 1881 y perteneciente a la clase media porfiriana, se formó en la tradición liberal del siglo XIX y, como humanista, participó en la fundación del Ateneo de la Juventud un año antes del estallamiento del movimiento armado, en 1909, junto con el dominicano Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán e Isidro Fabela, entre otros. Como se sabe, la inconformidad con el positivismo, base ideológica de la dictadura porfirista, era una de las cualidades más notorias del grupo. Intervino, asimismo, en la Revolución Mexicana al afiliarse primero al maderismo y, luego, al villismo. Una vez concluida la lucha armada fue, entre 1920 y 1921, rector de la Universidad Nacional y, entre 1921 y 1924, Secretario de Educación Pública donde encabezó un movimiento educativo, que entre otras cosas:

□ Contó con la colaboración de “poetas, pintores, prosistas, maestros, arquitectos, músicos. Toda, o casi toda, la ‘inteligencia’ mexicana”.⁴⁹

□ Fortaleció nuestra identidad nacional con la aportación de diversos elementos, tales como la estética bárbara, la raza cósmica, el mesianismo nacionalista y la redención educativa con tintes misioneros; mismos que llegaron a constituirse en el sustrato cultural del México moderno.

□ Fundó la política cultural y educativa del Estado posrevolucionario.⁵⁰

Luego de renunciar a la SEP y de varios años de exilio, regresó al país en 1928. Se enemistó con los principales caudillos revolucionarios y trató de vencerlos en una contienda democrática. En 1929, lanzó sus candidatura a la Presidencia de la República. Si como Secretario fue capaz de movilizar a casi toda la intelectualidad de ese momento, “como candidato a la Presidencia mueve a los universitarios y a un sector muy amplio, fundamentalmente de clases medias, a una empresa cívica y piadosa, política y cultural: recobrar moralmente a México, apuntalar la dimensión ética que contradiga latrocinios

⁴⁹ Octavio Paz: *El laberinto de la soledad*, FCE, México, 1976, p. 136.

⁵⁰ Cfr. José Joaquín Blanco: *Se llamaba Vasconcelos. Una vocación crítica*, FCE, México, 1983, p. 9.

y burlas homicidas de tiranuelos y caciques”.⁵¹ Derrotado en las elecciones, volvió a exiliarse y regresó al país sólo hasta 1940.

Como nadie en nuestro país, José Vasconcelos encarna el caso del intelectual que es tentado y seducido por el poder, que aspira decididamente a poseerlo y que, finalmente, tras el intento, no logra obtenerlo. En él se presenta *el drama del filósofo que quiere, pero no logra, ser rey*: del intelectual que quiere y pretende ser Presidente de México, que está convencido de merecerlo por el hecho de tener las suficientes prendas intelectuales, pero que, sin embargo, debido a circunstancias ajenas a su voluntad, nunca llega a serlo.

Ese drama es compartido por otros destacados intelectuales, Vicente Lombardo Toledano y Daniel Cosío Villegas. Vicente Lombardo Toledano, intelectual de renombre, se lanzó en 1952 como candidato para la Presidencia de la República por el Partido Popular Socialista (que él mismo había fundado en 1948), pero fue vencido en la contienda electoral por Adolfo Ruiz Cortines del PRI. Un drama mayor le ocurrió a Cosío Villegas. Como nos lo hace recordar su biógrafo: él “se había preparado como el que más para ser Secretario de Hacienda, de Relaciones, de Educación y que para serlo tuvo prendas más que suficientes”; y, sin embargo, nunca fue Secretario de Hacienda, de Educación Pública o de Relaciones Exteriores, aunque llegó a cumplir con importantes misiones diplomáticas. Enrique Krauze rememora una anécdota significativa: en alguna ocasión a la pregunta de Jean Meyer “¿Usted deseó alguna vez, seriamente, ser Presidente de México?”, Cosío Villegas respondió: “Nunca, nunca, jamás -exclamó entre burla y vera-, jamás ... dejé de desear ser Presidente”.⁵²

Un intelectual mexicano más estuvo cerca de aspirar a la Presidencia de la República. Luis Cabrera adquirió, a principios de siglo, un prestigio por su actitud independiente y crítica; fue propuesto como candidato presidencial pero él, sin embargo, rehusó en dos ocasiones: en 1934 cuando se la ofrecieron sus amigos y simpatizantes del Partido Antirreleccionista, y en 1946 cuando se la ofreciera el Partido de Acción Nacional.

⁵¹ Carlos Monsiváis: “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *Historia General de México*, vol. 2, El Colegio de México, México, 1981, p. 1427.

⁵² Enrique Krauze: *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, Joaquín Mortiz, México, 1980, pp. 282 y 283.

El que los intelectuales aspiren al poder político, a la Presidencia de la República, significa que predomina la idea de que *los intelectuales deben guiar los destinos de una nación*. Es significativo que esa idea arraiga precisamente en México con el propio Vasconcelos y prosigue con los intelectuales de la Generación del 15; tanto uno como otros quisieron civilizar al país que surgió de la lucha armada y enmendar el caos y el desorden que trajo consigo:

“Lo dijo Vasconcelos: ‘Por encima de todo hacía falta que el país designase para su gobierno a los mejores, no a los peores como se venía haciendo; a los ilustrados, no a los palurdos’. Lombardo Toledano: ‘El patriotismo que necesitamos no es el de los valientes, sino el de los que saben, para que guíen y enseñen y den al pueblo los senderos que ha trazado la vida moderna’. Gómez Morin: ‘Soñamos con la Universidad centro y guía de la evolución de nuestro pueblo’ “. ⁵³

Sin embargo, el intelectual mexicano no ha ocupado la Presidencia de la República. En ocasiones han sido asesores directos de gobernantes. Y sólo en tres ocasiones han tenido el poder en nuestra historia; como lo recuerda Roderic A. Camp:

“... durante el decenio de 1850, en un período conocido como la Reforma, cuando los liberales impusieron su control tras muchos años de anarquía y de guerra civil; a fines del decenio de 1860 y principios del siguiente, cuando una monarquía extranjera se vió sustituida por la restauración de una República liberal; e indirectamente en los años veinte, cuando José Vasconcelos ejerció una influencia considerable por medio de su liderazgo en la Secretaría de Educación, bajo el Presidente Alvaro Obregón”. ⁵⁴

El sueño de los intelectuales de orientar y gobernar a la sociedad por las ideas, no se hizo realidad en México. Pero la realidad no fue tan injusta con ellos. Si bien no alcanzaron el máximo poder político, con el fin de guiar desde ahí los destinos de una nación; sí han conseguido acceder de manera directa al poder desempeñándose como funcionarios públicos de primer nivel u ocupando puestos de elección popular, como

⁵³ Gabriel Zaid: *El progreso improductivo*, Siglo XXI, México, 1979, pp. 255 y 256.

⁵⁴ Roderic A. Camp: *Op. Cit.*, p. 96.

Secretarios de Estado y Subsecretarios, como Gobernadores de Entidades Federativas, como Senadores y Diputados.

Su desempeño en puestos públicos le han merecido reconocimiento. Recientemente, al hablar de un famosos poeta, escritor y funcionario público, Octavio Paz escribió:

“Torres Bodet sirvió al Estado mexicano porque creyó que desde el Estado podía servir a su patria. Y la sirvió como pocos. Se cuenta con los dedos a los mexicanos que, en este siglo, han realizado una labor tan fecunda y benéfica como la suya y en campos tan diversos como la educación popular, las relaciones exteriores y la cultura superior. Su nombre se une a los de Justo Sierra, José Vasconcelos, Genaro Estrada, Alfonso Reyes, Ignacio Chávez y Daniel Cosío Villegas. Son estrellas de una constelación”.⁵⁵

Servir al gobierno mexicano y, de esa manera, servir al país. Tal es el interés de los intelectuales por contribuir con sus ideas y su acción a mejorar las condiciones políticas y sociales. Además de otro interés intrínseco en la labor intelectual: el poner en práctica sus ideas, el llevar a la realidad lo formulado en teoría.

Tal es el caso de Enrique González Pedrero (1930). Abogado, con estudios especializados en Sociología, Economía y Ciencia Política; fue catedrático y director de la Escuela y la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. En su trayectoria política se cuenta el haber sido: Senador de la República; fundador y primer director del Instituto de Capacitación Política, presidente del Instituto de Estudios Económicos, Políticos y Sociales del PRI; y Secretario General de dicho instituto político. Entre los cargos más importantes se encuentra el haber presidido la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (1977-1982), así como el haber sido Gobernador del Estado de Tabasco (1982-1987) y embajador de México en España (1989-1990). Es autor de varios libros, el más importante *La riqueza de la pobreza* (1970). En una entrevista reciente, se reconoció a sí mismo como un “político intelectual” y reveló la motivación de un intelectual para desempeñar un cargo público:

⁵⁵ En “Poeta secreto y hombre público. Jaime Torres Bodet”, en *Vuelta*, no. 186, mayo de 1992, p.17.

“En cuanto a *La riqueza de la pobreza*, es un primer procesamiento de mi experiencia sobre México, pensando en un modelo práctico de desarrollo del país. Y tan práctico es el modelo que lo volví Plan de Gobierno durante mi período en Tabasco. Y ¿quiere que le diga una cosa? El modelo resistió la prueba de la realidad con creces”.⁵⁶

Los intelectuales tienen, desde el gobierno, una mayor posibilidad de poner en práctica sus ideas porque pasan a ser de aplicación inmediata y directa: las ideas son más susceptibles de ser traducidas en iniciativas y acciones políticas.

Intelectuales mexicanos que sirven al gobierno.

Es una afirmación unánime el reconocer la participación directa de la mayoría de los intelectuales mexicanos en el gobierno. En 1977, Octavio Paz admitió que “en México, todos o casi todos los escritores, sin excluir a gente que fue la independencia misma como Revueltas y Cosío Villegas, hemos servido al gobierno”.⁵⁷ Más recientemente, Roderic A. Camp sostuvo asimismo que “en el siglo XX, buena parte de los principales intelectuales mexicanos han trabajado al servicio del Estado”.⁵⁸

⁵⁶ En *Creación y poder*, Joaquín Mortiz, México, 1944, p. 132.

⁵⁷ Octavio Paz: “Veo una ausencia de proyectos. Las ideas se han evaporado”, *Proceso*, no. 58, 12 de diciembre de 1977, p. 8. Esta afirmación de Paz debe ser matizada. Recordemos, por ejemplo, el caso de Jorge Cuesta, el poeta y ensayista político que perteneció a la Generación de Contemporáneos, cuya independencia y vocación crítica está fuera de toda duda. Se sabe que en el gobierno sólo ocupó por un mes un trabajo en Salubridad y, también por poco tiempo, un modesto empleo en el Departamento de Publicaciones de la SEP. Para ganarse la vida, se dedicó a la experimentación científica y a su profesión de ingeniero químico.

Otro ejemplo ilustrativo es el de Rubén Salazar Mallén, quien en un artículo periodístico narró la siguiente historia que nos habla de su rechazo a participar en el gobierno: “(...) cuando lo hicieron Secretario de Educación Pública. Octavio Véjar Vázquez me pidió que redactara los proyectos de reglamento del Colegio Nacional y del Seminario de Cultura Mexicana, que él había ideado para reconocer el mérito de mexicanos distinguidos. Me dijo Véjar que podría yo formar parte de alguno de los dos organismos, el que yo escogiera. Como no soy gobiernícola, rehusé ingresar a alguno de los dos, aduciendo que entrar al Colegio Nacional o al Seminario de Cultura Mexicana, equivalía a meterse en el gobierno por la puerta de servicio. Véjar Vázquez era comprensivo y buen amigo, y me pagó en dinero constante y sonante la redacción de los dos proyectos indicados”. (“Atisbos. José Emilio en el Colegio”: *Uno más uno*, 12 de septiembre de 1985, p. 17). Y en efecto, Salazar Mallén nunca aceptó cargo alguno, coherente con sus ideas y convicciones, y llegó a desempeñar diversos oficios (como el de taxista) para sobrevivir.

Al parecer, tanto a Cuesta que participó mínimamente en el gobierno como Salazar Mallén que no participó en él no les afectó en sus ideas. De hacerse una investigación más profunda al respecto, podría evitarse las afirmaciones tajantes y concluir que *no todos los intelectuales han participado en el gobierno*, además tendría que precisarse con exactitud *qué implica o qué significa participar en el gobierno*.

⁵⁸ Roderic A. Camp: “Las élites mexicanas. Las élites intelectuales: retrato mínimo”, en *Vuelta*, no. 140, julio de 1988, p. 32.

Puede incluso hablarse de una *tradición moderna de participación o colaboración de los intelectuales mexicanos en el gobierno*, que se remonta al siglo XIX y que continúa hasta nuestros días. Ello ha hecho posible que, como en el caso de los intelectuales de la Reforma, se llegue a pensar al intelectual como indistinguible del político, o que, como en los años inmediatamente posteriores a la Revolución Mexicana, los intelectuales asuman sobre todo una función social o tan sólo pública, en sacrificio de su obra o de su función meramente intelectual.

La colaboración de los intelectuales con el gobierno adopta diversas modalidades de acuerdo a las circunstancias políticas y sociales, a los propósitos o a las motivaciones que cada intelectual o cada generación de intelectuales se ha impuesto. Desde los primeros años de nuestro siglo, los intelectuales mexicanos se desempeñaron en el servicio público o colaboraron de diversa manera con el gobierno.

El historiador norteamericano James D. Cockcroft sostiene que los años de la lucha armada:

“muchos intelectuales se convirtieron en dirigentes y consejeros de los distintos movimientos políticos. El profesor Otilio Montaña, por ejemplo, ayudó a Emiliano Zapata a redactar el revolucionario Plan de Ayala (noviembre 25 ó 28 de 1911). Cabrera, abogado y maestro, se convirtió en el principal consejero del ‘Primer Jefe’, Venustiano Carranza (1913-1919). Cabrera fue el principal autor de los decretos laborales y agrarios del 12 de diciembre de 1914 y del 6 de enero de 1915. Martín Luis Guzmán sirvió como secretario de Pancho Villa en el campo de batalla. Más de doce ‘intelectuales de alta o mediana talla’ iniciaron la formación y campaña de propaganda de la Casa del Obrero mundial de los trabajadores industriales, en 1912-1916”.⁵⁹

En ese entonces, como se observa, los intelectuales desempeñaron funciones muy cerca de la acción de los principales dirigentes políticos y a la cabeza de los grupos sociales. Fueron *dirigentes, consejeros, secretarios, y redactores de planes y decretos*.

⁵⁹ James D. Cockcroft: *Precusores intelectuales de la Revolución Mexicana*, Siglo XXI Editores, México; 1991, p. 58.

Más tarde, los intelectuales se incorporaron en forma masiva a la vida política. Participantes jóvenes de la cruzada educativa vasconcelista, y ante el vacío de cuadros políticos, técnicos, académicos y culturales, los intelectuales de la Generación del 15 se integraron al servicio del gobierno con el afán de “*hacer algo por el México nuevo*”. Ellos vivieron la llamada “*etapa reconstructiva de la Revolución Mexicana*”, los años en que se otorga una base institucional decisiva para la reconstrucción nacional, una vez concluida la gesta revolucionaria.

Uno de sus integrantes más destacados, Daniel Cosío Villegas, es muy claro al respecto:

“... la Revolución nos creó, y mantuvo en nosotros por un tiempo largo, largo, la ilusión de que los intelectuales debíamos y podíamos *hacer algo por el México nuevo* que comenzó a fraguarse cuando todavía no se apagaba completamente la mirada de quienes cayeron en la guerra civil. Y ese hacer algo no era, por supuesto, escribir o siquiera perorar; era moverse tras una obra de beneficio colectivo”.⁶⁰

Los participantes en esa “*obra de beneficio colectivo*” fueron fundadores y dejaron instituciones esenciales para la comprensión del México moderno. Entre los más destacados cabe mencionar a:

• *Jesús Silva Herzog* (1892-1985). Fundó el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas (1928) y la *Revista Mexicana de Economía*; dirigió la Escuela Nacional de Economía (1940-1942) y fundó la revista *Investigación Económica*; participó en la creación del Fondo de Cultura Económica y fue miembro de la Junta de Gobierno; tuvo una importante actuación en la expropiación petrolera; presidió la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1944-1946); y fundó la revista *Cuadernos Americanos* en 1942 y que dirigió hasta su muerte.

Vicente Lombardo Toledano (1894-1968). Fundó y dirigió la Escuela Nacional Preparatoria Nocturna; organizó la Central de Obreros y Campesinos de México

⁶⁰ En *Ensayos y notas*, vol. I, Editorial Hermes, México, 1966, p. 14.

(CGOCM) en 1933, de la cual fue dirigente; fundó en 1936 la Universidad Obrera de México, misma que dirigió hasta su muerte; organizó la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en 1936, que dirigió hasta 1940; y fundó el Partido Popular en 1948 (que reestructuró como Partido Popular Socialista en 1960), del que fue Secretario General hasta 1968. De 1938 a 1963 fue presidente de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL). Además fundó la revista bibliográfica *El libro y el pueblo* de la SEP, la revista *América Latina* de la CTAL y el diario *El Popular*.

□ *Manuel Gómez Morín* (1897-1972). Fue rector de la UNAM de 1933 a 1934. Autor de la ley que creó el Banco de México, el Banco Nacional de Crédito Agrícola y el Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas; autor también de nuestros ordenamientos del sistema hacendario, fiscal y bancario; participó en los Consejos de Administración de diversas empresas bancarias, de seguros, industriales y comerciales; fundó el Partido de Acción Nacional en 1939, que presidió hasta 1949; y creó la Editorial JUS.

□ *Alfonso Caso* (1896-1970). Fue director del Instituto Nacional de Antropología de 1939 a 1944, rector de la UNAM de 1944 a 1945, de Exploraciones de Monte Albán, Oaxaca, de 1931 a 1943, y del Instituto Nacional Indigenista.

□ *Narciso Bassols* (1897-1959). Fue Secretario de Educación Pública, de Gobernación y de Hacienda, en distintos períodos; fundó la Liga de Acción Política y dirigió su semanario *Combate*; cofundó el Partido Popular; fue consejero del Presidente Adolfo Ruiz Cortines.

□ *Daniel Cosío Villegas* (1898-1976). Fue el fundador de La Casa de España en México y de El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica y la Escuela Nacional de Economía. Creó y dirigió las revistas *El Trimestre Económico*, *Foro Internacional* e *Historia Mexicana*. Estuvo a cargo de la investigación y ejecución de la monumental obra *Historia moderna de México*.

Los intelectuales de la Generación del 15 participaron en la vida pública y consideraron como su primordial misión la de construir el país. Consideran que el servicio público, la técnica y la política lo es todo. El resultado de todo ello fue una acción

múltiple y provechosa, cuya influencia se dejó sentir a lo largo de tres décadas (de 1920 a 1950): leyes, instituciones bancarias, escuelas y centros de educación superior, centrales obreras, empresas culturales, editoriales, revistas institutos, partidos políticos, magnas obras de investigación. Estamos ante una generación completa de intelectuales con activa participación y gran influencia pública.

Los intelectuales de la Generación del 15 establecieron, además, nuevas modalidades de participación del intelectual en el gobierno. Desde entonces, los intelectuales mexicanos, o un considerable sector de ellos, colaboraron con los gobiernos surgidos de la Revolución Mexicana: fueron *asesores, consejeros y técnicos*, y participaron, de manera decisiva, en la legitimación del poder y del gobierno.

Nadie duda que los intelectuales en el gobierno contribuyen a legitimar las acciones políticas. El caso más reciente e ilustrativo lo proporciona Jesús Reyes Heróles, de amplia y reconocida trayectoria política e intelectual. Como Presidente del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Revolucionario Institucional (de 1972 a 1975), se abocó a la tarea de impulsar la reforma del partido y un proyecto de reforma electoral. Más tarde, como Secretario de Gobernación en el siguiente sexenio, promovió la Reforma Política, que fomentaba el pluralismo, el respeto a la disidencia y a la información política, además de que proporcionaba una nueva normatividad a la actividad electoral. “A él se deben -señala Enrique Krauze- dos puntales mayores de legitimación estatal: su tesis sobre la continuidad del liberalismo y la actual reforma política”.

Cabe preguntarse en este punto: ¿qué ha impulsado a los intelectuales mexicanos a participar, de diversos modos, en el gobierno? Dos parecen ser las principales causas por las cuales se explique esa colaboración. Una de índole meramente económica, y la otra de carácter subjetivo o de índole ideológica. Es bien sabido que, en nuestro país, los creadores no viven exclusivamente de sus obras. Debido a condiciones económicas, políticas y culturales propias, los artistas, científicos, investigadores y, por eso mismo, los intelectuales no viven del producto de su labor creativa. Se ven obligados a desempeñar actividades remunerativas que los alejan de su labor principal. El ingreso en el servicio público parece constituir entonces la fuente principal de ocupación y de empleo. En menor medida, pero de igual importancia, habría que agregar a las Universidades, los periódicos y las industrias editoriales. (Hay que observar que en los

casos de la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica o el periódico *El Nacional*, que tuvieron sus épocas importantes de captación de intelectuales, estamos hablando de instituciones no oficiales pero que sí reciben el apoyo económico oficial).

Hay motivaciones de carácter menos material, y que se refieren más a un aspecto estrictamente subjetivo, para que los intelectuales participen en el gobierno: el compromiso o la urgencia de influir en las decisiones políticas. Es un hecho que los intelectuales mexicanos del período revolucionario o la Generación del 15, actuaban movidos por una firme convicción y con el afán de servir desinteresadamente al país. Ellos estaban conscientes de que la entrega al servicio público se debía al deseo, como ellos mismos aclaran, de contribuir a una obra de beneficio colectivo. Y sólo en la intervención directa en las actividades ligadas al poder político, podrían participar en la determinación de las decisiones que, por provenir de la élite gobernante, terminarían afectando a toda la sociedad.

En suma, y siguiendo muy de cerca a Roderic A. Camp⁶¹, los propios intelectuales mexicanos suelen mencionar varias razones para servir o colaborar en el gobierno. Entre esas razones se encuentran:

- 1. las materiales o económicas, por las cuales se considera que en los puestos y trabajos en el gobierno se halla un modo seguro de empleo;
- 2. las relativas a un compromiso moral, esto es, al deseo por contribuir al mejoramiento de la sociedad;
- 3. las de influencia, que se relacionan a la aspiración por participar, aunque sea marginalmente, en el cambio de curso o de orientación de una sociedad;
- 4. las de conocimiento, porque a través del servicio público se logra una mayor comprensión de la vida política del país;

⁶¹ *Op. Cit.*, p. 287.

□ y las de prestigio personal, que sirve para que el intelectual adquiriera un reconocimiento social y oficial, que se traduce en poder e influencia para el intelectual.

Un intelectual que decide participar en el poder puede aducir una o más de estas razones para explicar o justificar su acción. Tal explicación o justificación no necesariamente tiene que hacerse pública y expresa.

Intelectuales mexicanos críticos del gobierno.

Los intelectuales mexicanos han trazado una importante tradición crítica. Gracias a sus ideas y actitudes, a sus obras y acciones, a sus búsquedas y propuestas, ellos han hecho una valiosa aportación a la historia política y cultural del México del presente siglo.

La actitud crítica de los intelectuales mexicanos inicia con los combatientes ideológicos del porfiriato, con los llamados precusores ideológicos de la Revolución Mexicana, hasta llegar a nuestros días. No son, por ello, pocos los momentos en que, en medio de los más importantes acontecimientos sociales, los intelectuales críticos optaron por expresar su inconformidad. No son tampoco escasos los intelectuales que, en nuestro país y a lo largo del presente siglo, puedan ser considerados críticos de los gobernantes y de los gobiernos, esto es, del poder político.

La actividad crítica como esencia de la actividad intelectual es una idea muy difundida entre nuestros intelectuales. Tanto la una como la otra se identifican y son indisociables; para ellos no parece haber más que sólo una opción: ser intelectual es ser siempre crítico. Y no ha sido decisiva una especial posición ideológica o el adherirse a una escuela de pensamiento en particular, para ser considerado como un intelectual crítico. Los propios intelectuales mexicanos reconocen que es más determinante la creencia en algunos valores esenciales: la libertad en el pensar, la firme convicción en la verdad, su distancia con el poder -aunque se participe en él-, y la creencia en la importancia de la escritura y de la vida pública.

Octavio Paz expresa muy bien esta idea con la siguiente afirmación:

“(…) tres escritores mexicanos, desde distintas creencias y filosofías, nos han dejado una herencia de inconformidad moral e independencia intelectual: el católico José Vasconcelos, el liberal Daniel Cosío Villegas y el marxista José Revueltas. Su ejemplo ha sido poco seguido en el México actual, dividido entre la mansedumbre borreguil y las jaurías persecutorias (...)”⁶²

En este siglo, la posición crítica de los intelectuales mexicanos se expresa tanto en obras como en acciones. Su principal propósito ha sido el conocer realidad nacional, y luego intentar modificarla. Fuera del gobierno, los intelectuales se permiten enjuiciar las decisiones de gobierno cuando creen que sus resultados pudieran no beneficiar a la colectividad, y por ello hacen público sus desacuerdos. Y no es que los intelectuales críticos tengan necesariamente la última palabra sobre el curso de la sociedad, o sobre tal o cual acción pública. Su peculiar posición social, distinta a los demás miembros de la sociedad que se encuentran absorbidos en sus tareas cotidianas, y su compromiso único consigo mismo, y no necesariamente con un partido, ideología o gobierno, les permite dedicarse a analizar y discutir a detalle las distintas alternativas a los problemas.

Hay que precisar que la actitud crítica no admite una sola, sino diversas variantes. Existen quienes mantienen una distancia con los poderosos y consideran que sólo la crítica puede darse en la independencia y la autonomía con el poder, lo que significa una actitud de rotunda negación a ocupar cualquier cargo público. Pero hay también quienes han conseguido compartir o alternar su servicio al gobierno y persisten, pese a ello, en su actitud crítica o en su independencia intelectual. Y hay quienes, finalmente, renuncian al gobierno por que no están de acuerdo con él y expresan públicamente su disenso.

Octavio Paz es el intelectual mexicano que mejor ilustra sobre esa posición crítica de un intelectual respecto a los actos y decisiones del poder político. En desacuerdo por la decisión tomada por el gobierno mexicano de reprimir el descontento estudiantil de 1968, Paz renuncia a su puesto de embajador en la India. Su gesto fue emblemático: por vez primera un intelectual reconocido y participante *dentro* del gobierno por más de

“Ni grupos ni oportunismos con Revueltas”, en *Uno más Uno*, 21 de enero de 1985, p. 21

veinte años, protesta *públicamente* por una decisión política. Al mismo tiempo, se rompía con una *tradicón moderna de participación o colaboración de los intelectuales mexicanos en el gobierno*. Si a ello se agrega que el acto de renuncia de Paz a un puesto público no por motivos personales sino políticos, contó con la adhesión de la mayoría de los intelectuales mexicanos, se podría asegurar que estamos ante uno de los capítulos más importantes de nuestra historia intelectual contemporánea protagonizado por el poeta y único Premio Nobel mexicano de Literatura.

Y en efecto, las expresiones de apoyo se manifestaron en la revista *Siempre!*, y fueron hechas por Fernando Benítez, Guillermo Bonfil, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Jesús Silva Herzog, Gabriel Zaid, Jaime Labastida y Alonso Aguilar, entre muchos otros. El gesto de Paz se efectuó en medio de la aceptación de la represión por algunos intelectuales (“es la mejor noticia del día”, afirmó Salvador Novo la mañana del 3 de octubre de 1968) y el silencio y la complicidad de algunos intelectuales en el gobierno: Jesús Reyes Heróles, director de Petróleos Mexicanos; Antonio Carrillo Flores, Secretario de Relaciones Exteriores; Gabino Fraga, subsecretario de Relaciones Exteriores; Eduardo Suárez, embajador ante el Reino Unido; Silvio Zavala, embajador de Francia; Rodolfo Usigli, el autor de *El gesticulador* y embajador en los países bajos; y Agustín Yáñez, Secretario de Educación Pública.⁶³

El gesto de Paz marcó y deslindó su propia biografía intelectual: antes y después del 68. *Antes del 68*: el poeta, el crítico literario, el intelectual simpatizante de los republicanos durante la Guerra Civil Española, el autor de *El laberinto de la soledad* (1950) y el funcionario público en el servicio exterior mexicano (que fue escalando puestos de secretario de las embajadas hasta llegar a ser embajador). *Después del 68*: el intelectual residente en México, la figura controvertida que encabeza proyectos culturales autónomos (como las revistas *Plural* y *Vuelta*), y el autor que con sus artículos y libros (*Posdata*, *El ogro filantrópico*, *Pequeña crónica de grandes días* y *Tiempo nublado*), así como con sus pronunciamientos, se convierte en influencia decisiva de la discusión cultural y política en México. A él se deben, en gran parte, las polémicas generadas por la realización del *Encuentro Vuelta* en 1990 y el *Coloquio Nexos* de 1992; él anticipó la demanda de pluralidad y democracia (como lo hicieron también, en su

⁶³ Cfr. Roderic A. Camp: *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, FCE, México, 1988, p. 99.

momento, Daniel Cosío Villegas y Carlos Pereyra), que hoy es centro de la vida pública, y denunció las desviaciones del socialismo llamado real y los dogmatismos de las izquierdas (como lo hicieron Rubén Salazar Mallén y José Revueltas).

Es el Paz que ha sido coherente con sus propia definición de intelectual:

“Como escritor mi deber es preservar mi marginalidad frente al Estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma. Contra el poder y sus abusos, contra la seducción de la autoridad, contra la fascinación de la ortodoxia. Ni el sillón del consejero del Príncipe ni el asiento en el capítulo de los doctores de las Santas Escrituras revolucionarias”.⁶⁴

Han sido muchos como él que han cumplido desde fuera de alguna posición en el gobierno, con el propósito expresado por Daniel Cosío Villegas en sus clases de Sociología, allá por 1924: “Hay que hacer la crítica de nuestro país, de su situación, de sus riquezas, de sus ciudadanos. (...) Crítica, crítica severa, honrada, cuidadosa; pero crítica y siempre crítica, aun cuando a veces resulte amarga y dolorosa”.⁶⁵

Una enunciación de intelectuales críticos se podría esbozar con los nombres de: Ricardo Flores Magón, Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera, José Vasconcelos, la Escuela Mexicana de Pintura (con “los tres grandes a la cabeza”: Rivera, Orozco y Siqueiros), la generación del 15 (en especial, Daniel Cosío Villegas y Manuel Gómez Morín), algunos Contemporáneos (como Jorge Cuesta, Rubén Salazar Mallén y Carlos Pellicer), los de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios o LEAR (como Leopoldo Méndez, Juan de la Cabada y José Mancisidor), Octavio Paz, Efraín Huerta, José Revueltas, Salvador Alvarado, Alejandro Gómez Arias, Fernando Benítez, Luis Villoro del grupo filosófico *Hiperión*, el español Adolfo Sánchez Vázquez, la Generación de Medio Siglo (Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero y Francisco López Cámara), Gastón García Cantú, Pablo González Casanova, Gabriel Zaid, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska. Hasta llegar a Enrique Krauze, Lorenzo Meyer y Luis Javier Garrido.

⁶⁴ En el suplemento “México 1972. Los escritores y la política”, de la revista *Plural*, no. 13, 1972, p. 22.

⁶⁵ Citado en Enrique Krauze: *Daniel Cosío Villegas: Una biografía intelectual*, p. 49.

Pero esta enunciación no es exhaustiva. Lo cierto es que todos los intelectuales mencionados comparten el haber sido partícipes de acontecimientos históricos relevantes y el ligar su actividad a la realidad nacional: la lucha contra la dictadura porfirista, la participación activa en la gesta revolucionaria, la intervención en el surgimiento de las instituciones modernas (como las organizaciones y los partidos políticos), el enjuiciamiento a las acciones de los gobiernos posrevolucionarios y de sus abusos, la lucha contra el autoritarismo con el movimiento estudiantil de 1968, la transformación social vivida a partir del terremoto de 1985 y la alteración política con las elecciones de 1988.

Todos ellos comparten un mismo espíritu y una misma idea de la labor intelectual. El resultado ha sido un juicio crítico *severo, honrado y cuidadoso*, a veces *amargo y doloroso*, de la vida política nacional y sus principales instituciones, mitos y actores: la Revolución Mexicana con sus gobiernos y programas (económicos y sociales); el Presidente de la República y la sucesión presidencial; el Partido Revolucionario Institucional y el autoritarismo; los partidos de izquierda y la búsqueda de la democracia; la marginación y la pobreza; en suma, la imprescindible formulación de ideas y el permanente enjuiciamiento sobre el país, su historia y su destino.

III. LOS INTELLECTUALES Y EL GOBIERNO SALINISTA (1988-1994).

En los últimos años, los intelectuales mexicanos tuvieron una inusitada participación pública. Ejercieron libertad de creación, opinión y crítica. Lograron adquirir una mayor relevancia política y a incidir con sus ideas y acciones en la vida social del país. Emitieron juicios sobre la realidad actual y organizaron encuentros de intelectuales con la finalidad de analizar y hacer propuestas sobre los problemas presentes; crearon obras, escribieron artículos, editaron revistas y fundaron editoriales; intervinieron en los debates políticos y ellos mismos fueron motivo de intensas polémicas. Luego de varios años de olvido y alejamiento, se encontraron cercanos al poder presidencial e incrustados en el aparato gubernamental: participan de la planeación de las políticas gubernamentales, e influyen en los planes y programas de gobierno tanto políticos como sociales.

El gobierno, en cambio, no mostró como en años anteriores una actitud de indiferencia hacia los intelectuales. Tampoco se negó a colaborar o dialogar con ellos. Por el contrario, el gobierno de Carlos Salinas de Gortari se destacó por expresar interés por la participación intelectual. Desde antes que asumiera el poder, en los meses en que efectuó su campaña presidencial, el candidato priísta quiso reunirse con los intelectuales en los llamados eventos de consulta popular y asimismo les hizo invitaciones a las giras de trabajo, mismas que continuaron en los primeros años de su gestión.⁶⁶ A los intelectuales se les empezó a escuchar y a tomar en cuenta sus ideas. Se les dotó de espacios televisivos de alta audiencia y de apoyos en publicidad para sus revistas y diarios; se les proporcionó un lugar en las instituciones de la política cultural; se les otorgaron puestos en el gobierno (asesorías, subsecretarías y hasta una Secretaría); se les entregaron becas y fueron homenajeados.

Cualquier balance que se haga sobre la situación de los intelectuales durante 1988 a 1994, y su relación con el poder político, estaría incompleta si no mostrara, por una parte, la posición del gobierno salinista hacia los intelectuales (derivada de sus pronunciamientos y acciones de política cultural) y, por otra, la actitud y el comportamiento de los principales intelectuales mexicanos durante dicho período.

⁶⁶ En una visita a Venecia en 1991, Rolando Cordera decía que “el Presidente Salinas invita intelectuales a sus giras por dos razones. La primera para que observen cómo trabaja en el exterior. Y la segunda para tener una opinión -cuando lo solicita- diferente e instantánea”. *Excelsior*, 7 de julio de 1991, p. 1. ~

EL GOBIERNO SALINISTA FRENTE A LOS INTELLECTUALES

La actuación del gobierno salinista obedeció, durante los años de 1988 a 1994, al propósito principal de modernización de la vida nacional, definido desde el inicio del período sexenal y obligado por las nuevas condiciones de la sociedad mexicana.

Fue un hecho admitido por el propio gobierno mexicano hacia el año de 1988 (a la luz del resultado de las elecciones presidenciales de agosto de ese año), el cambio ocurrido en la sociedad debido a la emergencia de nuevos actores sociales y, por eso mismo, de inusitadas formas de organización y de nuevos requerimientos y peticiones. Desde la perspectiva del gobierno, la sociedad mexicana (para utilizar la propia terminología oficial) se volvió más madura, participativa y demandante; se trata ahora de una sociedad nueva, compleja y diferenciada. Lo cual obligó a la administración de Carlos Salinas de Gortari, a cambiar su actitud frente a la sociedad y a reorientar su propia política; desde esos años, se dijo en miles de discursos y publicaciones oficiales, que asistíamos al tránsito de un Estado paternalista a un Estado solidario, en el cual se aprovecha la acción y la iniciativa de los grupos sociales con la idea de hacerlos copartícipes y corresponsables de las decisiones del gobierno.

En el *Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994*, que contiene precisamente el programa de gobierno de Salinas, se especifica que la modernización de la vida nacional de México consiste en “dirimir diferencias sin paralizar nuestra acción colectiva”, en “un amplio esfuerzo de concentración y un ejercicio moderno de la autoridad”. Ello significa que el gobierno legitima sus decisiones y sus acciones a partir de pretender fortalecer a la sociedad mediante la concertación; esto es, en la búsqueda del acuerdo entre todos los actores sociales “porque propicia que el decir y el pensar de cada vez más mexicanos influyan sobre las acciones públicas que afectan las condiciones de su existencia”. Sólo de esa forma se establecerán nuevas relaciones del Estado con la sociedad: “la concertación como método para sumar esfuerzos al servicio de la Nación”, para conjugar la participación de todos los sectores y grupos representativos de a sociedad.

Entendida la concertación como “el concierto de voluntades” y “el sustento político de la acción gubernamental”, el gobierno ha buscado crear una nueva cultura política que ahonde en “la disposición al diálogo, a la tolerancia y a la concertación”, al mismo tiempo que consolide la vida democrática y, de esa manera, se esté a la altura de una sociedad cambiante:

“Es la política el más valioso instrumento de la modernización, el medio para lograr la expresión de la voluntad colectiva, así como para fijar propósitos y estrategias comunes orientadas a hacer posible la transformación del país. Esto es sólo factible por el camino de la democracia que supone aceptar las premisas de una sociedad plural y participativa. El ejercicio honesto del poder implica la aceptación de la crítica como medio insustituible para encontrar opciones, enmendar y corregir acciones y alimentar una estrecha relación entre Estado y la sociedad. El clima de debate y reflexión permanentes resta margen a la arbitrariedad, propicia decisiones públicas más eficaces y es manifestación cotidiana de la democracia”.⁶⁷

En el marco de ese propósito del gobierno, ¿cómo se enmarcó la participación de los intelectuales y la actitud novedosa que el gobierno demostró hacia ellos los siguientes años?

En el *Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994* sólo se establece al respecto que:

“En el México de hoy, la corresponsabilidad y la descentralización deben ser signos distintivos de la política cultural. Así, los propios artistas y hombres de cultura han de participar en la definición de las líneas básicas de las acciones gubernamentales”.⁶⁸

A partir de ese planteamiento inicial (dejemos de lado la discusión acerca de si en verdad durante esa administración hubo realmente un avance democrático en el país, ya que eso merecería un estudio aparte, muy extenso y detallado), aceptemos para nuestro trabajo sólo lo siguiente: existió de parte del gobierno, ante la nueva situación un

⁶⁷ *Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1989, p.41.

⁶⁸ *Op. Cit.*, p. 117.

propósito de cambiar las relaciones con la sociedad; en ese propósito se quiso incluir ahora en la acción gubernamental a los diversos grupos sociales de manera corresponsable y concertada; a los intelectuales se les acogió a “la definición de las líneas básicas de las acciones gubernamentales” y se consideró al diálogo y la crítica compatible con “el ejercicio democrático del poder”.

En los primeros meses de su administración, Carlos Salinas de Gortari definió la actitud a seguir por su gobierno en relación a la cultura en general y a los intelectuales en particular. Con la formación de dos organismos culturales, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, se inicia un proceso de participación activa de los intelectuales y de su integración a la política gubernamental.

El 7 de diciembre de 1988 se crea por decreto presidencial al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA), cuya principal finalidad consistió en agrupar en un sólo organismo al conjunto de instituciones públicas dedicados a la preservación, promoción y difusión de la cultura. De hecho, como se indica en el artículo primero de su Decreto, el CNCA surgió como un órgano administrativo desconcentrado de la Secretaría de Educación Pública encargado de “ejercer las atribuciones que en materia de promoción y difusión de la cultura y las artes corresponden a la citada Secretaría”.⁶⁹

En el acto de instalación del CNCA, el presidente Salinas hizo pública la importancia de los intelectuales en nuestra historia.

“En todas partes, en todas las épocas, los intelectuales y artistas han sido conciencia y voz de las preocupaciones sociales, especialmente de los tiempos de dificultades. Así ha ocurrido también en México. Nuestros hombres de ideas rara vez han sido ajenos, rara vez han permanecido al margen de las angustias y las esperanzas de la colectividad.

Desde luego, la inteligencia fue protagonista principal de los acontecimientos que marcan nuestro siglo XIX. También en la Revolución surgieron verdaderos caudillos culturales que, como respuesta a las demandas de su época y en la ambición misma de

⁶⁹ Rafael Tovar y de Teresa: *Modernización y política cultural*, FCE, México, 1994, p. 354.

su proyecto, ayudaron a forjar la nueva sociedad y a crear las grandes instituciones educativas del siglo XX mexicano”.⁷⁰

En este mismo evento, Salinas enmarcó la creación del CNCA en las nuevas relaciones del gobierno con la sociedad:

“La creación del Consejo manifiesta una nueva actitud del Gobierno. La presencia de todos ustedes en este acto es muestra de compromiso, por parte de la comunidad intelectual y artística, para expresar una voluntad de participar, de sumar esfuerzos, de construir en forma corresponsable una sociedad moderna y auténticamente nuestra, abierta a las expresiones universales”.

Asimismo insistió en la inserción de los intelectuales en los medios de comunicación:

“Vamos a abrir la televisión del Estado al debate y al crítica sobre los temas de mayor actualidad y relevancia. Vamos a abrir los medios de comunicación a la presencia amplia de intelectuales y artistas. El gobierno así se compromete. El reto para usted será corresponderle al público y a la nación”.⁷¹

Como primer titular del CNCA se nombró a Víctor Flores Olea, intelectual de reconocida trayectoria perteneciente a la Generación del Medio Siglo. Flores Olea ya antes se había desempeñado como funcionario público al ser embajador en la Unión Soviética y representante ante la UNESCO, además de fungir como Subsecretario de Cultura en la SEP y de Asuntos Múltiples en la SRE.⁷²

⁷⁰ Tovar y de Teresa: *Op. Cit.*, p. 361.

⁷¹ *Ibid.*, pp. 364 y 362

⁷² Víctor Flores Olea se vinculó directamente a Carlos Salinas de Gortari durante la campaña presidencial “para concertar las acciones encaminadas a lograr un consenso entre los intelectuales” (véase el *Proceso* del 14 de noviembre de 1988, p. 53). Junto con otro intelectual, Enrique González Pedrero, realizó una labor de organización que se concretó en la instalación de la Comisión de Cultura en octubre de 1988 que presidió Flores Olea, la cual formó parte del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES) del PRI que encabezó González Pedrero. Ya como titular del CNCA, Flores Olea actuó eficazmente con la función encomendada. Al inicio del año de 1989, cuando Salinas aplicó su primer golpe espectacular contra el líder ferrocarrilero la Quina, que más bien era una venganza personal, su primera tarea fue la de recolectar firmas en el medio cultural para publicar un desplegado de título expresivo: “¡Felicidades, Señor Presidente!”.

Poco tiempo después, el 2 de marzo de 1989, el presidente Salinas y el Director del Banco de México firman el acta fideicomiso por el cual se constituye el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONAC). De esa manera, se retoma una propuesta de 27 escritores, artistas e intelectuales hecha desde octubre de 1975.⁷³ Con el FONAC se “introdujo un mecanismo financiero en el que por primera vez se asocian voluntariamente Estado, empresarios y comunidad artística para fomentar, por un lado, la creación artística con apego irrestricto a la libertad de creación y, por el otro, la preservación del patrimonio cultural, el incremento del acervo cultural y la promoción y difusión de la cultura”.⁷⁴

De hecho, el FONAC se propuso como un apoyo directo a artistas e intelectuales, “al margen del intermediarismo administrativo”, y como rasgo distintivo consistía en integrara a los propios artistas e intelectuales para decidir el destino y la aplicación de los recursos financieros. En la ceremonia de creación del FONAC, Octavio Paz dijo:

“La creación del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes es un anuncio de los tiempos. Por primera vez en la historia de nuestro país se asocian voluntariamente el Estado y los empresarios para fomentar la creación y la difusión de las obras artísticas y literarias. Por primera vez también -cambio inmenso, radical- los escritores y los artistas tendrán la posibilidad de elegir y orientar a la cultura viva de México, en el dominio del arte, la literatura y la historia, tanto en la provincia como en la capital. En fin, por primera vez todos los que participamos en esta tarea aceptamos como único principio y guía la libertad de la creación”.⁷⁵

⁷³ Esa propuesta se publicó en el número 49 de la revista *Plural* y se reprodujo en *Vuelta*, no. 146, enero de 1989, pp. 66 y 67. Fue redactada por Gabriel Zaid y entre sus firmantes se encontraban Carlos Pellicer, José Revueltas, Juan Rulfo, Octavio Paz, Luis Villoro, Elena Poniatowska, Fernando Benítez, Gastón García Cantú, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco, entre otros.

⁷⁴ Tovar y de Teresa *Op. Cit.*, pp. 113 y 114. Para ello se compuso de una comisión de supervisión y una de artes y letras. La primera se conforma por seis funcionarios públicos y cinco empresarios privados; en tanto que la segunda se compone de 18 personalidades, entre las cuales destacan: Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Octavio Paz y Víctor Flores Olea, como presidente del CNCA. Las dos comisiones se renovarían cada cuatro años.

⁷⁵ “Fondo Nacional para la Cultura y las Artes”. *Vuelta*, no. 149, abril de 1989, p.52.

A lo largo de su gestión, el gobierno salinista irá formulando, no siempre en pronunciamientos sino en hechos y decisiones, *una política clara y definida hacia los intelectuales*. Dicha política se expresará durante los años que comprende el sexenio, cuyos rasgos más sobresalientes consisten en:

□ El reconocimiento público de la participación histórica, política y social de los intelectuales. Ellos son considerados “conciencia y voz de las preocupaciones sociales” y protagonistas de los grandes cambios de nuestro siglo.

□ La creación de una institución específica -el CNCA- con la fin de encausar la relación del gobierno con los intelectuales, al tiempo que los hace partícipes de la política gubernamental. Por lo demás, el nombramiento de un intelectual reconocido -Víctor Flores Olea- al frente de dicho organismo cultural, obligó a un consenso unánime de la comunidad intelectual respecto a esa decisión.

□ La conciliación de las inquietudes de los distintos grupos que componen la llamada *República de las Letras*. De los intelectuales de *Vuelta* recoge la propuesta de la creación de un organismo que financie la actividad artística y cultural, por lo que se crea el FONCA; y de *Nexos* recibe la iniciativa de llevar a cabo una reunión internacional de intelectuales, y por ello patrocina El Coloquio de Invierno.

□ La integración de un sector amplio de intelectuales a la elaboración y ejecución de sus programas, como en el caso de Solidaridad, eje de la política social del régimen salinista.

□ El diálogo con los intelectuales y la concesión de los espacios que reclamaban. El canal 22, por ejemplo, fue originalmente una solicitud de un amplio espectro de la comunidad artística, cultural e intelectual, y luego otorgó su dirección a un sector de los propios intelectuales.

□ El compromiso de respetar la libertad de creación, opinión y crítica. El gobierno se propuso atenuar la censura, sobre todo periodística, e incluso permitió que en la televisión estatal se debatieran, en el programa *Nexos*, conducido por Rolando Cordera,

temas de interés nacional y con participación de intelectuales, analistas políticos y funcionarios públicos de reconocida trayectoria.

□ Y la obligación impuesta a los intelectuales para participar con la sociedad y así “sumar esfuerzos, construir en forma corresponsable la sociedad moderna”.

LOS INTELECTUALES FRENTE AL GOBIERNO SALINISTA

A los intelectuales norteamericanos e ingleses siempre les asombra que, en México, los asuntos de los intelectuales ocupen tanto espacio en los periódicos y en la televisión. También les parece extraordinario que los escritores seamos buscados e invitados constantemente por los hombres que ostentan el poder político y el poder económico. La vida intelectual mexicana está hecha siguiendo el molde francés, donde los escritores, por lo menos desde el caso Dreyfus y el escándalo que hizo Emile Zolá, tienen más voz pública que en Inglaterra y muchas más influencias, cuando no tienen más poder. En México es casi lo normal que cualquier escritor cuyos libros hayan tenido un relativo éxito empiece a gozar de decenas de entrevistas en la televisión y de vez en cuando por lo menos coma con el presidente. Las polémicas se llevan a cabo como espectáculos en una especie de foro público muy atendido por los medios de difusión.

*Alberto Ruy Sánchez*⁷⁶

Durante los últimos años, la obra y la actuación de los intelectuales mexicanos fueron de dominio público. Un marcado interés presidencial hacia los intelectuales y los sucesos culturales, la integración de grupos de intelectuales al proceso modernizador impulsado por el grupo gobernante, el peso de algunas figuras intelectuales que obtuvieron el reconocimiento oficial por sus obras y su trayectoria, la presencia de distintas publicaciones nacionales (diarios y revistas) y el uso de esos espacios para ejercer el comentario y la opinión con mayor libertad, hicieron posible la proliferación

⁷⁶ “Todos somos caníbales”. en *La Jornada*, 17 de febrero de 1992, p. 40.

de las actividades intelectuales y reafirmaron la vinculación de los intelectuales con el poder político.

En nuestro país, no se había visto que se reunieran en distintas ocasiones un grupo numeroso y diverso de intelectuales con diferentes nacionalidades, tendencias políticas, experiencias históricas y trayectorias profesionales, para discutir en un foro los mismos temas. Y que además se abrieran al conocimiento del público. En estos años, se efectuaron cuatro reuniones de intelectuales en nuestro país. Sin embargo, por su trascendencia para la actividad política nacional, pero sobre todo por su significación para nuestro tema de los intelectuales y el poder político, me ocuparé aquí sólo de las efectuadas por los dos más importantes grupos de intelectuales: el encuentro realizado por la revista *Vuelta* en 1990 y el coloquio organizado por la revista *Nexos* dos años después.

Durante el 27 de agosto y el 2 de septiembre de 1990, se efectuó en nuestro país el encuentro internacional de intelectuales organizado por la revista *Vuelta*: “El siglo XX: La experiencia de la Libertad”. Treinta intelectuales extranjeros y diecisiete intelectuales mexicanos o residentes en nuestro país, se congregaron para debatir temas de interés común y con el único propósito de “elevar el nivel de discusión en nuestro país sobre los problemas contemporáneos”, como expresaron sus propios organizadores.⁷⁷

En el contexto político internacional en que se efectuó delineado por el fracaso del socialismo en los países del Este y por eso mismo, la quiebra del marxismo, el *Encuentro Vuelta* se detuvo en el examen exclusivo de la realidad internacional. Los temas que se debatieron tenían que ver con el socialismo autoritario, las tensiones nacionalistas y religiosas, la sociedad abierta y la presencia de Estados Unidos en América Latina. Y no fue bien visto que “se eludiera intencionadamente cualquier referencia o crítica al momento de la transición política mexicana”.⁷⁸

⁷⁷ Los 30 intelectuales o “ponentes” provinieron de 18 países, entre los que se encontraban: Leszek Kolakowsky y Ceslaw Milosz (Polonia); Daniel Bell e Irving Howe (Estados Unidos); Agnes Heller y Feren Feher (Hungría); Cornelius Castoriadis (Francia); Lucio Coletti (Italia); Carlos Franqui (Cuba); Jorge Semprún (España); y Mario Vargas Llosa (Perú). Los otros doce intelectuales o “invitados” eran: Adolfo Sánchez, Arnaldo Córdova, Carlos Monsiváis, Héctor aguilar Camín, Rolando Cordera, Jean Meyer, Juan María Alponete y Luis Villoro, entre otros.

⁷⁸ Carlos Ramírez en su columna “Indicador Político”, *El Financiero*, 6 de septiembre de 1990, p. 27.

La temática de los intelectuales y su actitud frente a la sociedad mereció una atención en particular. De hecho, desde su presentación al *Encuentro Vuelta* se le asoció con esta temática. A la pregunta del reportero acerca de la participación de los intelectuales, Octavio Paz respondió: “Personalmente prefiero al intelectual espectador, comprometido, y crítico de la sociedad. (...) El problema es cómo seguir siendo crítico dentro del poder”.⁷⁹ Y en el segundo día del Encuentro, en la tercera mesa, se debatió el tema de “Los intelectuales y la nueva sociedad”. Allí se dijo que si bien el nuestro fue “el siglo de los intelectuales” (Ferenc Feher), su papel social “tiene que impregnarse de modestia” ya que “la sociedad industrial moderna es demasiado compleja para que alguien tenga la solución y la claridad” (Lucio Coletti). La polémica surgió a partir de la participación de Carlos Monsiváis y la contestación de Octavio Paz. Monsiváis sostuvo que los intelectuales mexicanos en el poder renunciaron al conocimiento, mataron la crítica, devastaron la educación y saquearon el poder. En cambio, Paz argumentó que los intelectuales de izquierda habían sostenido una relación con el poder político en nuestro país, de manera ambigua: a veces de franca oposición, otras de íntima colaboración y otras de alianza solapada. Y recurrió al caso de los muralistas mexicanos.

Las reacciones de la izquierda en torno a las opiniones de Paz no se hicieron esperar. Se dijo de él que era “un vocero de la derecha, del PRI, del gobierno y de televisa”, que representaba al intelectual “que vive y se regodea a partir de su relación con el poder” y se le juzgó “ideólogo oficial”.⁸⁰ La izquierda asimismo evaluó el *Encuentro Vuelta* como la ocasión para festejar la muerte del socialismo y del marxismo, y con ello celebrar el triunfo del capitalismo y el libre mercado.⁸¹ Sin embargo, uno de los organizadores del evento, Enrique Krauze se mostró satisfecho con “la dimensión

⁷⁹ En *La Jornada*, 23 de agosto de 1990, p. 26.

⁸⁰ La primera opinión fue formulada por Valentín Campa, Ricardo Pascoe y Garco Ramírez, de la dirigencia del PRD, y las opiniones las declaró Ciro Mayén (en el *Uno más Uno* del 29 de agosto de 1990, p. 5). Por su parte, Arnoldo Martínez Verdugo, otro miembro sobresaliente del PRD, consideró: “Octavio Paz ha transitado de la opinión crítica y justa en 1968, al dogmatismo primitivo y la apología presidencial en 1990”. Pero no lo considera un ideólogo priista porque “no ha hecho apología alguna del PRI, pero sí de su vocero principal (Carlos Salinas de Gortari)”. en *La Jornada*, 30 de agosto de 1990, p. 5. En cambio, un juicio más inteligente sobre la personalidad de Paz lo efectúa Carlos Ramírez (en su columna “Indicador político”, *El Financiero*, 6 de septiembre de 1990, p. 27), al considerarlo “una figura polémica” con “tortuosa” relación tanto con la izquierda como con el sistema

⁸¹ Esa es, por ejemplo, la opinión de Pablo Gómez: “No pocos intelectuales concurrentes al coloquio han aprovechado la ocasión para anunciar la muerte del marxismo”. Para él se trata, en realidad, de “un festín intelectual para celebrar la democratización de Europa del Este” (*La Jornada*, 31 de agosto de 1990, p. 7).

pública de este encuentro” ya que “ocupó un espacio en la opinión pública” y sirvió para “remover un poco la amodorrada conciencia pública del país”. Y consideró la reacción de la izquierda como el reflejo de “la falta de imaginación política” y “la falta de costumbre a debatir políticamente en México”.⁸²

Como quiera que sea, el *Encuentro Vuelta*, volvió a poner al día el tema de la relación de los intelectuales y el poder político. Fue un acierto de los organizadores de la revista *Vuelta* el volver a discutir la situación de los intelectuales en nuestra sociedad. Por su parte, el *Coloquio de Nexos* actualizó dicha discusión de manera más amplia y ejemplificativa. Pero la polémica en torno a los intelectuales no se discutió en las mesas de trabajo del Coloquio, que incluyó el tema, si no en los comentarios adversos que recibió el grupo de *Nexos* por merecer el favor gubernamental.

El grupo de la revista *Nexos*, el otro más importante después de la revista *Vuelta*, organizó su propio encuentro internacional de los intelectuales: el llamado “Coloquio de Invierno”, celebrado entre los días 10 y 21 de febrero de 1992.⁸³ Patrocinado por la UNAM y el CNCA, además de empresas privadas, el evento contó con la participación de 105 intelectuales, entre escritores, científicos y políticos.

La polémica presidió al *Coloquio Nexos* y lo acompañó después de concluido. No se discutió la temática en sí, la discusión relativa a los detalles de la organización de la reunión fue acalorada y recorrió las editoriales y columnas periodísticas, programas de radio y artículos de revistas. De entre todas las opiniones (más de 139 artículos de opinión y 585 notas informativas), es posible entresacar la conclusión de que el *Coloquio Nexos* colocó como tema político nacional de importancia de los intelectuales en la política nacional y la vida cultural del país, y la influencia de un sector considerado de intelectuales en el poder presidencial y su papel en la legitimación del régimen.

Previo a la celebración del *Coloquio Nexos*, el 9 de febrero de 1992, Octavio Paz renunció a la Comisión de Artes y Letras del FONCA. Y en un artículo periodístico,

⁸² En una larga entrevista concedida al periódico *Uno más Uno* en dos partes (11 y 12 de agosto de 1990).

⁸³ El Comité Organizador de esta reunión se integró por: José Sarukhán Kermez, rector de la UNAM; Víctor Flores Olea, presidente del CNCA; Pablo Gózález Casanova, director del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la UNAM; Julio Labastida, coordinador de la UNAM; Héctor Aguilar Camín, Rolando Cordera, Carlos Fuentes, Jorge G. Castañeda y Teresa Losada, coordinadora ejecutiva.

“Coloquio o cuento de invierno”, exponía los motivos de su renuncia.⁸⁴ No se oponía a que los intelectuales se reunieran a dialogar e invitar a quienes quisieran, lo inadmisibles para él es que instituciones públicas (la UNAM y el CNCA) favorecieran a sólo un grupo de intelectuales. Y asimismo, calificaba al CNCA como un organismo burocrático, cuyas actividades están viciadas por “la parcialidad, el favoritismo y la política de cooptación y neutralización de las voces independientes”.

Si en 1989 el propio Paz había recibido con entusiasmo el hecho de que “una fracción del grupo dirigente (la más joven, inteligente y dinámica)” emprendiera un proceso de modernización nacional, y aceptara formar parte del proyecto de modernización cultural salinista al apoyar la creación del CNCA e ingresar al FONCA, con su renuncia pública descalificaba abiertamente a la política cultural del gobierno que favorecía sólo a un grupo de intelectuales. Para él, “el problema era de higiene social y moral pública: si un Estado imparcial no habría modernidad posible en el campo de la política, ni en el de la religión y mucho menos en el ámbito cultural”.⁸⁵

En la actitud de Paz se vió además la disputa de los dos más importantes grupos de intelectuales por ampliar en presencia y alcance en la sociedad mexicana, pero sobre todo el propósito de ganar influencia frente al poder político.⁸⁶ Tanto *Nexos* como *Vuelta* agrupan a intelectuales destacados, con resonancia en la vida política y cultural del país. Se organizan en torno a una idea y son encabezados por un caudillo cultural.⁸⁷ Se les considera a ambas revistas como críticas, aunque inmersas en una crítica limitada (no se proponen cambiar sustancialmente la estructura política), “compiten por influir en el poder instituido, no por oponérsele” e “intentan influir, también, entre sus lectores

⁸⁴En *Excélsior*, 9 de febrero de 1992, pp. 1 y 10. Gabriel Zaid apoyó la opinión de Paz: “El mejor resumen del escándalo del Coloquio de Invierno está en la caricatura publicada en *Proceso*: ‘La Universidad Nacional y el Consejo Nacional de Cultura se pusieron la camiseta de *Nexos*’”. En “La camiseta inexplicable”, *Vuelta*, no. 184, marzo de 1992, p. 71.

⁸⁵ Jaime Sánchez Susarrey: *Op. Cit.*, p. 73.

⁸⁶ Miguel Ángel Granados Chapa sostenía que el Coloquio de Invierno “ilustra el estado actual de las relaciones entre intelectuales y el poder” y es, además, una disputa para ganar influencia, que ambos grupos ya tienen, frente al poder. “Coloquio de Invierno”, en *El Financiero*, 27 de febrero de 1992, p. 31.

⁸⁷ “El grupo de *Vuelta* se caracteriza más bien por lo que niega, o sea el marxismo y, en general, todas las variantes del socialismo. Algunos, además, se dicen campeones de la democracia. Su caudillo, casi no es necesario decirlo, es Octavio Paz”. En cambio, “el grupo de *Nexos*, inicialmente aparecía como un grupo opositor al régimen, pero después de identificó mucho más con el mismo, podríamos decir que se trata de un grupo oficialista progresista. Su caudillo es, desde luego, Héctor Aguilar Camín”. Abelardo Villegas: “Polémica de las mafias”, en *Proceso*, 17 de febrero de 1992, p. 39.

en general y entre los intelectuales en particular”.⁸⁸

Más allá del conflicto entre ambos grupos intelectuales a raíz de la celebración del *Coloquio Nexos*, me interesa subrayar la relación actual de los intelectuales con el poder político. Este hecho fue señalado por Carlos Monsiváis:

“En relación con el Coloquio de Invierno, el tema inevitablemente es la relación del intelectual con el poder (...) ¿A cuántos intelectuales, efectivamente convence o seduce el gobierno, y de qué manera? ¿Qué tanto cree el régimen en la legitimidad que puede obtener de algunos intelectuales, y qué tanta legitimidad aportan éstos efectivamente? ¿Existe la justificación intelectual del neoliberalismo o, más bien, se trata todavía (como creo) de la defensa de actos del régimen, sobre la base de su carácter inevitable?”.⁸⁹

Sin embargo, en ese artículo Monsiváis desiste de analizar y exponer a detalle este “tema inevitable”. Su artículo, escrito con ese peculiar estilo que le caracteriza, escamotea las respuestas a las interrogantes que él mismo se hace. Él considera que la justificación provino sólo de los empresarios en relación al programa económico salinista, y en esa medida desconoce o parece negar la función de legitimación hecha por cierto sector de la intelectualidad al gobierno de Salinas.

Pero hubo quien concibió que algunas de las intervenciones de *Coloquio Nexos* no hacían más que justificar al régimen. Al inicio del evento, el 20 de febrero de 1992, Héctor Aguilar Camín sostuvo:

“(…) podríamos extraer la conclusión errónea de que México está sumergido en un asfixiante miasma predemocrático, turbio, intolerable. No es así, al menos yo no lo creo. En estos años apasionantes de su nuevo tránsito a la modernidad, México, es un país extraordinariamente vivible desde el punto de vista de sus libertades civiles y políticas, de sus libertades públicas, ejercidas diariamente. El verdadero rostro de nuestra opresión no es

⁸⁸ Octavio Rodríguez Araujo: “De coloquios y revistas”, en *La Jornada*, 11 de febrero de 1992, p. 40.

⁸⁹ “La masificación del intelectual”, en *El Economista*, 28 de febrero de 1992, p. 28.

político, sino social.

La gran esclavitud de México, lo que hace la vida difícilmente tolerable para millones de mexicanos, lo que abroga su libertad y sujeta su albedrío, es la pobreza, no la política. La desigualdad, no la democracia, es el problema difícil de México. Dirigir nuestra política a la solución razonable de la desigualdad es, a mi juicio, la gran opción nacional, la gran tarea civilizatoria que hará verdaderamente viable nuestra modernidad”.⁹⁰

Con ello, argumentó Gabriel Zaid, se “legitima la prioridad presidencial, que es ir de prisa en la modernización económica y lentamente en la política” y se concluye que “la democracia no es lo más urgente. Lo urgente es movilizar las banderas progresistas de la cultura para exigir solidaridad, mucha solidaridad”.⁹¹ También Carlos Ramírez ironizó al respecto: “su conferencia magistral (la de HAC) fue uno de los elogios más grandes que se le haya hecho a la modernización *histórica*, además de que resultó el ensayo más brillante para concluir que a México no le falta democracia sino que le *sobran* pobres”.⁹²

Lo cierto es que, a diferencia del *Encuentro Vuelta* que propuso a la discusión abierta el tema de los intelectuales, en el *Coloquio Nexos*, se ocultó el tema de la relación de los intelectuales con el poder político. No se impuso como tema a discusión en las mesas de trabajo, ni fue el motivo de las grandilocuentes conferencias magistrales. “Los intelectuales mexicanos -escribió con acierto René Delgado- están dispuestos a hablar de los grandes cambios de nuestro tiempo, pero no del suyo: no de los vicios de su relación con el príncipe o con el mecenas, con el gobierno o la iniciativa privada”.⁹³

Sin embargo, se subrayó la vinculación de los intelectuales del grupo *Nexos* con el gobierno. Su participación en funciones públicas en planes y proyectos, y el influjo de sus ideas en las decisiones políticas. La abierta amistad de Héctor Aguilar Camín, director de la revista, con Carlos Salinas y con uno de sus entonces funcionarios de mayor confianza, Manuel Camacho Solís (que, el parecer, data de los años juveniles en El

⁹⁰ “El cambio mundial y la democracia en México”, en *Perfil de La Jornada*, 20 de febrero 1992, p. 7.

⁹¹ “Hacia la CTM cultural”, en *Vuelta*, no. 185, abril de 1992.

⁹² En su columna “Indicador político”, *El Financiero*, 25 de febrero de 1992, p. 29

⁹³ Citado por Víctor Roura. “Cambios en la cima cultural”, en *El Financiero*, 30 de marzo 1992, p. 40.

Colegio de México). La simpatía de Aguilar Camín por el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL), eje de la política social salinista; su intención en las investigaciones educativas hechas para la Presidencia, cuyos resultados publicaba *Nexos*; y la integración de sus consejos e ideas (algunas de éstas plasmadas en sus libros) en las acciones de gobierno.⁹⁴ Se mencionó también la vinculación con el poder de:

□ Rolando Cordera, hecho director del programa de televisión *Nexos*, miembro del Consejo Consultivo del PRONASOL y - como ya se dijo- invitado distinguido en las giras presidenciales.

□ Enrique Florescano, exdirector del Instituto Nacional de Antropología e Historia y coordinador de Proyectos Históricos Especiales del CNCA.

□ José Carreño Carlón, priísta, director del periódico oficial *El Nacional* y Presidente del Consejo Consultivo PRONASOL.

□ Gilberto Guevara Niebla, exlíder del 68 y Subsecretario de Educación.

□ Arturo Warman, director del Instituto Nacional Indigenista.

□ Arnaldo Córdova, exdiputado del PSUM y miembro también de las comitivas presidenciales en el extranjero.

□ Víctor Flores Olea y Ruy Pérez Tamayo, entre otros.

Todos ellos integrantes del Consejo Editorial de *Nexos*. Todos ellos participantes de El Coloquio de Invierno, y cuyas trayectorias académicas y laborales se dijo:

“(...) tejen una red que unen al Consejo Editorial de *Nexos*, la UNAM y El Colegio de México con el servicio diplomático, las secretarías de Estado, los medios de información gubernamentales, los institutos culturales y centros de investigación, el PRI, Presidencia de la República y hasta la Lotería Nacional, la Comisión Federal de Electricidad y el PRONASOL.

Es la red que enlaza a un sector de los intelectuales mexicanos con el poder. O al menos con los cuadros medios del poder. (...)

Son, pues, asesores, ideólogos, difusores, analistas teóricos, críticos, académicos, editores, burócratas, con mayor o menor reconocimiento de la opinión pública.

Ocupan esa franja cercana a las cumbres del poder con el que

⁹⁴ Véase *Creación y poder. Nueve retratos de intelectuales*, Joaquín Mortiz, México, pp. 28 y 37.

tiene acceso, pero esa franja no forma parte del poder. Exhortan, sugieren, legítima. Pero no mandan. Las decisiones las toman otros. Los del equipo del presidente Salinas”.⁹⁵

El alegato iniciado por Octavio Paz contra el *Coloquio Nexos*, lo continuaría más ampliamente en el número 185 de la revista *Vuelta*, correspondiente al mes de abril de 1992. En “La conjura de los letrados” se propuso discutir a detalle el Coloquio organizado por la revista *Nexos*, y sostuvo que el tratar públicamente el asunto de el *Coloquio Nexos* era “de higiene social y de moral pública”.⁹⁶

El poeta defendía como un hecho “natural y legítimo” el que “un grupo de escritores, unidos por estas o aquellas ideas, se reúnan para discutir temas de su elección y que inviten a las personas que gusten”, pero lo “ilegítimo y reprochable” es el que dos instituciones oficiales patrocinen esa reunión, la UNAM y el CNCA, y que se haga uso de la televisión gubernamental para su propaganda y difusión. Para él, el Coloquio tenía como propósito real el ser una “vasta maniobra para apoderarse de los centros vitales e institucionales de la cultura mexicana”; se trataba de una campaña con fines políticos. Las partes esenciales de su argumentación eran las siguientes:

1. *La relación de Nexos con el poder político o “los nexos de Nexos”:*

“El grupo de *Nexos* está compuesto por gente de la misma generación, parecida educación, ideas e intereses semejantes. Todos son universitarios y muchos entre ellos participaron en las luchas de 1968. Unos pocos son escritores y otros científicos; la mayoría son profesores y su especialidad son las vagas ciencias sociales y políticas. Es un grupo de intelectuales que hasta ahora se han distinguido más por sus declaraciones que por sus obras. Son una formación ideológica militante. (...) Por una tradición mexicana que, desde el siglo XVI hasta nuestros días, concibe al intelectual no como crítico del poder sino como intérprete y su vocero, no es sorprendente que el grupo, a través de una serie de alianzas y bajo la protección oficial se hayan fortificado y

⁹⁵ Gerardo Ochoa Sandy: “Coloquio: Las relaciones de los intelectuales con el poder”, en *Proceso*, 24 de febrero de 1992, pp. 52-53.

⁹⁶ En *Vuelta*, no. 185, abril de 1992, p. 9.

extendido. Hoy es una red que envuelve a muchos centros vitales de la cultura y que domina a otros. Mencionaré algunas de sus plazas fuertes: Conaculta, la Universidad, el Instituto Indigenista y el de Antropología, la televisión gubernamental y el diario *El Nacional*. también del gobierno. Sobre su revista y su editorial llueven los favores oficiales”.⁹⁷

□ *La función de ese grupo dentro del poder:*

“(…) los intelectuales de *Nexos* no desempeñan las funciones que generalmente se confían a sus congéneres en la administración pública. No se les emplea como expertos o técnicos en esta o aquella rama de la ciencia, la educación, el arte o la literatura: se les emplea como ideólogos. De ahí que buena parte de sus actividades se desarrollen fuera del gobierno propiamente dicho. Por ejemplo, se les ha dado una hora a semanal en la televisión oficial, algo que es inaudito en cualquier régimen democrático moderno. Se dice asimismo que se les confiará la administración y la dirección de un canal entero, lo que sería un abuso mayor. Todo esto recuerda, inmediatamente, la situación de los intelectuales de Nueva España”.⁹⁸

□ *La filiación política e ideológica del grupo ...*

“(…) de la revista *Nexos*, el más prestigioso de la izquierda, asumió posiciones más y más cercanas al nuevo gobierno del presidente Salinas. Curioso intercambio: el lugar que ocupaban Cárdenas, Muñoz Ledo y los otros líderes separatistas del PRI, ahora lo tienen los intelectuales de *Nexos* en ciertas esferas del gobierno. No sé si la política haya ganado con el trueque; sé que la cultura, entendida como libre debate, ha perdido”.⁹⁹

La diferente concepción de la relación de los intelectuales con el poder. Paz concluyó diciendo que más que tratarse de una rivalidad entre grupos, era en torno a “dos

⁹⁷ *Op. Cit.*, p. 12 y 13.

⁹⁸ *Op. Cit.*, p. 13.

⁹⁹ *Op. Cit.*, p. 12.

concepciones opuestas de lo que debe ser, en una sociedad moderna, la relación de los intelectuales con el poder”.¹⁰⁰

La respuesta a la embestida de Paz no se hizo esperar. En el número correspondiente a mayo de 1992, los integrantes del Consejo Editorial de la revista *Nexos* contestan a detalle a los comentarios del poeta. Su réplica es extensa y detallada. Para nuestros fines, convendría extraer sólo las siguientes ideas:

□ *El retrato de Nexos*. El Consejo Editorial de la revista elabora un autorretrato en el que se admiten como responsables de una publicación en la que confluyen personalidades diversas, provenientes de distintas áreas profesionales, y reconocen que en la vida pública del país ellos han intervenido decisivamente, como intelectuales que “han escrito alrededor de 150 libros, incluyendo varios clásicos modernos mexicanos, así como una cantidad innumerable de ensayos, artículos o comentarios, que dan cuenta de su pasión compartida: tocar las puertas de la opinión pública, estar en el debate de México, pensar, influir, expresarse”.¹⁰¹

· *Los nexos de Nexos con el poder*. Expresan que los ataques de Paz parten de una premisa por la cual surgen todas las murmuraciones: “los nexos de *Nexos* con el poder” o, mejor aún, “la relación personal del director de *Nexos* con el actual Presidente de la República”. Y aclaran:

“La relación personal del director de *Nexos* con el Presidente de la República no resume la posición de *Nexos* frente al poder público, ni condiciona la esencia de su proyecto: la libre convergencia de académicos, periodistas, escritores, científicos y servidores públicos en un espacio plural, que garantiza su libre acceso a la opinión y al debate. *Nexos* es un lugar más amplio que las relaciones, las simpatías y los compromisos políticos e ideológicos de sus miembros, incluso si ese miembro es el director de su revista”.¹⁰²

¹⁰⁰ *Op. Cit.*, p. 13.

¹⁰¹ “Coloquio de Primavera”, en *Nexos*, no. 173, mayo de 1992, p. 11

¹⁰² *Op. Cit.*, p. 13.

Y agregan:

“Hay en las imputaciones de Paz, y en la gritería circundante, una última acusación, que es acaso la primera, porque es la descalificación esencial. Se refiere a la insinuación de la pérdida de independencia de *Nexos* por la cercanía de algunos de sus miembros con el gobierno. Hay en esa conjetura una visión maniquea, y hasta infantil, según la cual, del gobierno sólo pueden venir sujeción y oprobio y de la sociedad sólo independencia y limpieza”.¹⁰³

□ *La necesidad de “intentar un balance, más equilibrado y objetivo, de la actividad histórica del Estado”*. En el Estado han colaborado “nuestros mayores intelectuales, maestros y hombres de letras”, como José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Daniel Cosío Villegas, Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, José Gorostiza, Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Carlos Chávez, Octavio Paz, José Luis Martínez, Fernando Benítez, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Jaime García Terrés, Alí Chumacero, Enrique González Pedrero y Víctor Flores Olea. Y afirman:

“Todos ellos trabajaron en algún momento para el gobierno, añadieron la pala a la pluma y crearon, entonces y después, sin que su libertad se viera suprimida, ni su creación se volviera una mascarada de sumisión antes los gobiernos que sirvieron. De modo que no puede decirse que, en materia cultural, todo lo venido del gobierno haya sido de sujeción y oprobio. Ha traído también al ambiente intelectual de México creatividad, estímulo, derechos y oportunidades culturales”.¹⁰⁴

□ *El financiamiento público y la autonomía intelectual*. Sostienen que “la experiencia indica que conviene matizar ciertas ideas burdas sobre el vínculo que hay entre financiamiento del Estado y la independencia crítica”. Ya que, pese a la gran cantidad de ingresos de origen estatal a diarios y publicaciones, en sus páginas “se desplegaron y se despliegan algunas de las expresiones más intensas de crítica pública al gobierno que registra la última década del periodismo en México. (...) Acaso el

¹⁰³ *Op. Cit.*, p. 14.

¹⁰⁴ *Op. Cit.*, p. 15.

impulso crítico más sistemático de la conciencia del país siga alentando en las universidades públicas, que se pagan casi totalmente con recursos del Estado. De modo que tampoco puede decirse que el dinero público engendra por sí mismo sumisión crítica y falta de independencia. También ha servido para patrocinar libertades periodísticas y para estimular la conciencia crítica del país”.¹⁰⁵

□ *El tema de los intelectuales y el poder político en México.* “El tema de las relaciones del intelectual con el poder es amplio y apenas está investigado entre nosotros. (...) Pero no parece la mejor de las perspectivas acercarse a él con un lente de sólo dos colores, según el cual todo contacto con el gobierno -y toda acción cultural del gobierno- pudre, y toda acción contra el gobierno o toda gesticulación independiente, purifica”.¹⁰⁶

□ *Diferencia de concepciones respecto a las relaciones del intelectual con el poder.* En relación al comentario de Paz, al final de su texto en que marca la diferencia de concepciones de *Vuelta* y *Nexos*, el Consejo Editorial de esta publicación anota:

“Es posible que una diferencia central de *Nexos* y *Vuelta* sea, efectivamente, como quiere Paz, nuestra respectiva convicción sobre las relaciones que deben tener los intelectuales y el poder. Pero la diferencia no es por las razones que Paz señala, a saber: porque nosotros pensaríamos que hay que crecer y trabajar a la sombra del Príncipe, y ellos creerían, añadimos nosotros, que hay que crecer y trabajar sólo a la sombra del Dueño. Podemos percibir una diferencia menos radical -que acaso no es siquiera una diferencia de énfasis, por los trazos tajantes del debate-. Nosotros no creemos, como parecen creerlo Paz y algunos colaboradores de su revista, que el único interlocutor legítimo, el único objetivo sano de un intelectual, sea hablarle a los lectores, a la sociedad, a todo lo que no tiene que ver con el poder o el gobierno.

Nosotros creemos que hay que hablarle a la sociedad y hay que hablarle también al gobierno: a los súbditos y al Príncipe, lo mismo que al Dueño y sus empleados. Hemos fundado esta

¹⁰⁵ *Op. Cit.*, p. 16.

¹⁰⁶ *Ibidem.*

revista con la vocación de participar en el debate público y queremos ser escuchados por quien quiera oírnos. Queremos ganar lectores, pero queremos influir también sobre el gobierno con lo que escribimos. Queremos estar en la opinión pública, dirigiéndonos a todos los que la componen, la sociedad y el gobierno, sus clases dirigentes y sus ciudadanos comunes”.¹⁰⁷

Por último, el Consejo Editorial de la revista *Nexos* acota que la vida intelectual en México, viva y variada, no se agota en la pugna de tan sólo dos revistas.

El alegato iniciado por Paz tuvo como consecuencia política inmediata el que renunciara Víctor Flores Olea al CNCA (nombrándolo Salinas como su asesor en política interna y externa), y se designara en su lugar a Rafael Tovar y de Teresa. Más allá de este hecho, puede decirse que los textos tienen implicaciones más amplias.

Tanto “La conjura de los letrados” de Octavio Paz como el largo escrito del Consejo Editorial de *Nexos*, antes desglosado, constituyen el punto neurálgico de una polémica entre los dos grupos de intelectuales más importantes e influyentes del país, a lo largo de estos años. Pero también estos textos, así como las polémicas que lo rodearon, pueden ser vistos como un capítulo decisivo de la historia contemporánea de los intelectuales mexicanos; mejor aún, de esa historia no escrita de la relación de los intelectuales con el poder político en México.

En ambos textos subyace la importancia de la labor pública del intelectual, de escribir y publicar, de opinar e intervenir en los asuntos de interés general. Pero el de *Nexos* es más enfático en señalar el deber del intelectual de “participar en el debate público” y de “estar en la opinión pública”. Pero lo que los hace radicalmente distintos, tanto a uno como a otro texto, es que cada uno responde a dos propósitos de grupo diferentes: el de Octavio Paz prolonga lo que en diversos libros, ensayos y declaraciones ha dicho el poeta: la necesaria marginalidad e independencia del intelectual del Partido, del Príncipe o del Poder. Su crítica, en ese sentido, se dirige al grupo de *Nexos* por concebir al intelectual como intérprete y vocero del poder, y actuar en consecuencia: verse favorecidos por los favores oficiales, debido a la relación amistosa de su director

¹⁰⁷ *Op. Cit.*, pp. 16-17.

(Héctor Aguilar Camín) y algunos otros miembros (como Rolando Cordera) con el Presidente Salinas. Lo cual los hace que sean utilizados por el régimen como sus ideólogos y que, por tanto, su filiación política e ideológica se identifique con el régimen.

La posición de Paz aunque certera puede considerarse extrema, puesto que no acepta otra actitud del intelectual ante el poder diferente a la suya. Los intelectuales, en ocasiones, suelen ser exigentes respecto a cómo debe ser la labor del intelectual y no aceptan la motivación de los otros intelectuales por participar en el gobierno. Por lo demás, el propio Paz si bien no participó dentro del gobierno en estos años, él mismo apoyó en ocasiones, como ya se dijo, la política salinista (por ejemplo, con la detención de la Quina o al inicio de su política cultural), aunque en otras fue igualmente crítico (reclamando la transición democrática del sistema político mexicano o, al lado de Enrique Krauze, opinando sobre las elecciones locales en los estados de Chihuahua, San Luis Potosí y Guanajuato). Como quiera que sea, él ha sido coherente con su idea de saber guardar las distancias con el Príncipe.

Por otra parte, el texto de *Nexos* puede considerarse una toma de posición de un grupo definido de intelectuales respecto al poder público, más aún sirvió para que ellos expusieran abiertamente sus razones por las cuales colaboraban con el gobierno salinista. Era tanto una defensa contra los ataques de Paz y el grupo de *Vuelta*, como una expiación o justificación por participar en o del poder político.

Para nadie era desconocido el hecho de que el grupo de *Nexos* se formó con integrantes que provenían directamente y en su mayoría del suplemento *La Cultura en México* de la revista *Siempre!*, que algunos de ellos habían pertenecido al Instituto Nacional de Antropología e Historia y que habían participado en algunas empresas culturales (como *La historia general de México* de Daniel Cosío Villegas y *La historia de la Revolución Mexicana* de El Colegio de México o la fundación de los periódicos *Uno más uno* y *La Jornada*). Pero sobre todo que era un grupo proveniente del amplio espectro de la izquierda universitaria y militante, una izquierda que vivió con intensidad el movimiento estudiantil del 68 y que justificadamente vió con recelo y desconfianza al poder público durante años. Aunque ya para entonces no expresaba mayor prejuicio u objeción a colaborar en distintas formas con el gobierno, tanto en actividades propias de la revista (ya sea recibiendo colaboraciones de funcionarios, integrarlos al cuerpo

editorial o recibiendo en sus páginas la publicidad oficial) o ya sea que se integraran al servicio público (como asesores o funcionarios).

No cabe duda que los tiempos cambian. Y con el paso de los años también se modificó sustancialmente una visión que los propios intelectuales tenían sobre sus relaciones con el poder político. Antes, todavía en los años setenta, hubiera sido impensable que un líder estudiantil, un militante de izquierda o un intelectual “progresista” (como se decía, hace algunos años) hablara sin menoscabo de su prestigio e integridad de su amistad con el Presidente o que hablara de “intentar un balance, más equilibrado y objetivo, de la actividad histórica del Estado”. Si anteriormente los intelectuales de izquierda tenían precisamente esa visión maniquea, en la cual del Estado y del Capital provenían todos los oprobios de la Sociedad, ahora son ellos los que proponían una diferente concepción de la sociedad y del poder político. En ello influyó decisivamente la caída del comunismo, lo que tanto se dijo sobre “la aparición de una sociedad civil en México” y, más que lo anterior, una alteración sustancial de la actitud del propio poder presidencial respecto a los intelectuales.

De igual manera, la actitud del grupo de intelectuales de *Nexos* de colaborar con el gobierno salinista es un reflejo del cambio en su apreciación del intelectual y su función en la sociedad. Como ya se dijo, por mucho tiempo fue costumbre el otorgar al intelectual más que análisis objetivos, consideraciones prescriptivas e ideologizadas con las cuales se les imponía lo que debían ser y hacer. Pero ahora estamos ante una imagen moderna del intelectual, por la cual el intelectual no sólo tenía que hablar a la sociedad sino también al poder político: ganar lectores e influir en el gobierno con lo que se escribe.

No obstante, y por más que los integrantes del Consejo Editorial de *Nexos* se nieguen a reconocer la cercanía personal de Héctor Aguilar Camín o Rolando Cordera con el Presidente Salinas mostraba una abierta simpatía (quizá no de toda la revista, porque no se trataba de una publicación que divulgara la verdad oficial) con su programa de gobierno, o por lo menos con los aspectos más generales y decisivos de su política. Y por más que quiera matizarlo Carlos Monsiváis, la presencia cercana de algunos intelectuales proporcionó ideas al gobierno salinista para su implementación en acciones políticas, además de contar con su apoyo público y explícito.

Dos hechos reavivaron el debate sobre los intelectuales mexicanos en esos años. El primero de ellos fue con motivo del canal 22. En su origen este canal surgió como un proyecto de la misma comunidad artística e intelectual, a propósito de su puesta en venta en diciembre de 1990. Un sector amplio de escritores, artistas, comunicólogos e intelectuales convocados por Héctor Aguilar Camín y Carlos Monsiváis, hicieron pública una solicitud para que ese canal se mantuviera como un canal cultural, dicha petición la dirigieron al Presidente de la República en un desplegado aparecido el 26 de enero de 1991. Salinas concedió el canal y expresó su apoyo. Sin embargo, la contienda de *Nexos* y *Vuelta*, redujo el interés gubernamental para seguir apoyando el canal cultural. Después de varios meses de letargo, no fue sino hasta el 23 de marzo de 1992 que se designó a José María Pérez Gay director del canal 22, quien previamente había sido designado director de la revista *Intermedios* de la Dirección General de RTC de la Secretaría de Gobernación. Este nombramiento causó protestas por la familiaridad de Pérez Gay con el grupo que gira en torno a la revista *Nexos*, además de su falta de experiencia en la televisión.

El otro hecho ahondó aún más en la preferencia presidencial por un grupo intelectual. La edición y distribución de los libros de texto gratuitos, en especial el relativo a la historia de México, causó una acalorada polémica. Se criticó el contenido de ese libro porque, además de sus evidentes errores, suponía un elogio moderado al régimen de Salinas. Pero lo más destacable fue el que, tras las críticas, se nombrara con insistencia que los responsables de la edición de ese libro de historia fueran Héctor Aguilar Camín y Enrique Florescano, ambos historiadores y directores en distintas épocas de *Nexos*. Una vez más, Salinas expresaba su preferencia por un determinado grupo de intelectuales y los utilizaba para escribir, a su modo, la historia mexicana.

No es mi intención hacer un relato exhaustivo y pormenorizado de la situación de los intelectuales mexicanos en los últimos años. Hubieron, como en otras épocas, algunos intelectuales que mantuvieron una actitud crítica e independiente, sin que su prestigio por eso se haya demeritado (como Roger Bartra, Luis Javier Garrido y Lorenzo Meyer). Pero la tendencia predominante en estos años, como lo muestran los episodios del *Encuentro Vuelta* y el *Coloquio Nexos*, es que los intelectuales se acercaran al poder político y la actitud del mismo poder por vincularse a los intelectuales mexicanos, o por lo menos un sector significativo de ellos.

Una imagen que perdura en la memoria simboliza la situación de los intelectuales durante la gestión salinista. Todavía en campaña por ganar votos y así alcanzar la Presidencia de la República, Carlos Salinas de Gortari asistió en febrero de 1988 a una reunión de consulta con intelectuales en Tabasco, organizada por Enrique González Pedrero y Víctor Flores Olea. Salinas presidió la mesa de trabajo y a su lado derecho se colocó Enrique Krauze y a su izquierdo Héctor Aguilar Camín.

De dicha reunión surgieron varias propuestas y, sobre todo, la necesidad de un organismo que impulsara la política cultural del Estado, que más tarde presidió por un tiempo Flores Olea. Para llevar a cabo sus iniciativas culturales -ya que durante su gestión nunca hubo algo que pudiera llamarse un proyecto cultural-, la administración salinista arrancó como se ve con el apoyo de dos de los más importantes e influyentes grupos de intelectuales, los que se agrupaban en las revistas *Vuelta* y *Nexos*. Al paso del sexenio se fue haciendo cada vez más claro que el integrar a los intelectuales al gabinete y dialogar con ellos obedecía sobre todo al interés por otorgar credibilidad y legitimación al régimen salinista.

CONCLUSIONES

La seducción por el poder político es una de las inclinaciones más sólidas y permanentes en los intelectuales mexicanos. El poder que proviene del gobierno, ejerce una fuerte atracción en nuestro hombres de ideas, a tal magnitud que subyace en gran parte de sus meditaciones y de sus acciones.

No es de extrañar el que los intelectuales en nuestro país se obstinen por el poder público: por querer obtenerlo y con su ejercicio pretender influir en el curso de los acontecimientos; o que, en su defecto, se conformen con incidir en las decisiones políticas y, de esa manera, sientan que participan en la transformación de la sociedad; o que lo hagan el objeto primordial de sus reflexiones críticas. En todos los casos, el poder político en México es una presencia insoslayable; por más que se le quiera ocultarlo y que se le niegue, está ahí siempre presente.

La carencia de estudios serios y sistemáticos, profundos y amplios, sobre los intelectuales mexicanos decide que se trate de un campo problemático, extenso, variado y en ocasiones difícil de explorar. Por eso mismo, no ha sido mi intención en esta tesis agotar el tema. Con el trabajo pretendí más bien abordar sólo una de sus aspectos problemáticos, a saber: el de la vinculación de los intelectuales mexicanos con el poder político, esto es, con el gobierno.

En principio, consideré a los intelectuales como aquellos encargados, en determinada sociedad, de introducir y difundir una cierta carga de racionalidad en la consideración general de la vida pública. Lo que piensen, escriban y publiquen, lo que públicamente hagan y digan, tendrá como fin último el afectar la percepción que todos nosotros tengamos acerca de los más variados acontecimientos políticos. Ellos con sus ideas y acciones consiguen actuar decisivamente en la vida pública de un país, ya sea que lo hagan dentro o fuera del gobierno.

Percibí además que los intelectuales sueñan con transformar el mundo, aunque no retirados de la vida diaria y solos frente a la página, sino al querer dar el salto de las libros al poder político, de las ideas a su ejecución. A lo largo de la historia, ellos también se han visto contagiados con *el sueño de Platón*: quieren alcanzar el poder y gobernar con las ideas. A veces ellos aspiran dirigir a la sociedad; las más de las veces se conforman con servir al poder, atrás del trono o dando argumentos para justificarlos. Pero una

tradición intelectual ampliamente difundida es la de criticar al poder político, en el campo exclusivo de las ideas y en el de la acción social.

La consideración de que la esencia del intelectual es participar en política y, por ello mismo, intervenir en la distribución del poder político, me sirvió para entender el comportamiento de los intelectuales mexicanos con el gobierno, sobre todo a lo largo del presente siglo. Nuestros intelectuales, en efecto, se han dejado seducir por el poder político, y muestran el mismo afán por su consecución, legitimación o crítica. Situación que se ha visto reflejada en años recientes, como se expuso en el tercero y último capítulo del trabajo.

¿Cuál es el resultado entonces de esa tentativa teórica, de esa indagación histórica y de ese análisis de la realidad actual en relación al tema de los intelectuales mexicanos y su relación con el poder político?

En relación a la relación de los intelectuales y el gobierno mexicano, puedo extraer como conclusiones las siguientes:

□ *La indudable y en momentos decisiva participación de los intelectuales en la política nacional, tanto al interior como al exterior del gobierno mexicano.*

En nuestro país no ha faltado quien reaccione ante la inclinación por sobrestimar la importancia pública de los intelectuales, y ante ello minimice la intervención de los intelectuales en la historia política nacional. No se trata de disminuir o dimensionar su importancia, sino de reconocer su presencia pública y, sin el ánimo de caer en la fácil tentación por condenar, el esforzarse por entender la motivación por la cual los intelectuales asumen determinadas actitudes frente al poder político, y explicar sus circunstancias sociales.

Lo cierto es que, como tantos analistas políticos lo reconocen, el poder político en nuestro país posee una poderosa e irresistible atracción. La seducción de los intelectuales por el poder adopta no una sino varias formas. En este trabajo sólo se exploraron tres, que consideramos son las más sobresalientes: la seducción por asumir el poder y, desde las alturas, dirigir los destinos de una nación; la seducción por servir al poder e incluso

llegar ofrecer ideas para legitimarlo; y la seducción por criticar en forma permanente, con justificación o no, los actos o las decisiones del poder. Cada una de las cuales, como se expuso en el capítulo segundo, posee sus propias explicaciones sujetas circunstancias (a veces sociales, otras históricas e incluso personales). Querer omitir este hecho es pretender limitar el terreno a la comprensión de la actuación política de los intelectuales ligada al gobierno.

Existe, además, otra conclusión. A saber:

□ *La permanente vinculación de los intelectuales mexicanos con el gobierno.*

Si partimos de la idea de que el hecho mismo de ser un intelectual implica, de alguna u otra manera, el participar en política, los intelectuales mexicanos siempre que hacen su aparición pública se enfrentan inevitablemente con el gobierno. Pero el *intelectual puede intervenir en política sin necesidad de participar en el gobierno, o ligarse a él: votar, declararse públicamente sobre tal o cual opción, denunciar los abusos, escribir en un periódico, crear partidos o militar en ellos; y en cada una de estas acciones lograr influir con sus ideas o actitudes. Pero no he puesto mi atención en ello (sin duda, éste es un campo de especial interés), sino en la vinculación directa o indirecta de los intelectuales con el gobierno.*

He dicho que el gobierno en la política nacional es una figura difícil de soslayar. Ya sea que se le critique, se le justifique o sirva para intervenir o influir en los asuntos públicos, es un punto al cual converge en cualquier acción social. En esta tesis me limité sólo a tres maneras en las que los intelectuales pueden vincularse con el poder político. Pero la relación con el gobierno mismo se problematiza, como ya lo hemos visto, cuando el gobierno no mantiene una actitud permanente hacia los intelectuales y los intelectuales no trazan una actitud clara o definida hacia dicho gobierno.

El intento de análisis se topa con la complejidad del tema, pero también con la *necesidad de evitar generalizaciones y de rehuir a expresar juicios previos. Respecto a la reciente situación de los intelectuales, esto es, durante el sexenio salinista, percibí que lo más sobresaliente. más allá de los chismes y las pugnas entre grupos de intelectuales, fue:*

□ *La novedosa comunicación que el poder político -encarnado en la figura presidencial- sostuvo con los intelectuales, así como el distinto entendimiento de los intelectuales de su función pública.*

La abundante información periodística existente sobre el *Encuentro Vuelta* o el *Coloquio Nexos*, la polémica sobre los Libros de Texto Gratuitos o el Canal 22, refleja sobre todo el lugar preponderante ocupado por los intelectuales en la sociedad, durante los últimos años. O mejor aún, el lugar sobresaliente ocupado por los intelectuales durante el sexenio salinista, como no lo habían tenido en otros sexenios y que obedeció a una política clara de acercamiento interesado del gobierno, a la cual los intelectuales supieron ponerse a la altura.

Con el acercamiento, y en ocasiones estrecha colaboración, de los intelectuales con el gobierno salinista tanto una como otra parte ganaron y obtuvieron sus propios beneficios. A simple vista esto parece poco, aunque en realidad no lo es. El gobierno salinista ganó con la adhesión de ciertos intelectuales, tanto de *Nexos* como de *Vuelta*, tanto al interior como al exterior del país, el prestigio de gobierno moderno, conciliador y abierto al cambio. Se sirvió del prestigio de algunos intelectuales a nivel internacional (como el propio Octavio Paz, no se olvide que tenía el aura de Premio Nobel cuyas ideas son siempre atendidas por el público de las altas esferas políticas, intelectuales, culturales y académicas de Estados Unidos y Europa), y del prestigio de intelectuales a nivel nacional (los representantes del amplio espectro de la izquierda procedente del 68, que se organiza en torno a *Nexos* y que apenas ayer atacaba con energía al poder). Con ello, mostró una cara amable y una imagen política democrática. En esa medida, los intelectuales le sirvieron en realidad más al poder que a la sociedad. Y sólo en los casos de aplicación de políticas educativas y culturales, podría hablarse que ellos sirvieron a la sociedad.

Por su parte, ¿qué ganaron los intelectuales de *Nexos* con su participación con el gobierno? Prestigio personal, influencia mayor de sus ideas, ingerencia en las decisiones, apoyo para la realización de proyectos personales o colectivos; en pocas palabras, con su participación ganaron algo que para el intelectual es importante en su definición misma: poder político y presencia pública en la sociedad mexicana.

BIBLIOGRAFIA

CAPITULO I

Attali, Jacques:

“Definición del intelectual”, en *Línea*, no. 21, mayo-junio 1976, pp. 37-41.

Bobbio, Norberto:

“Los intelectuales y el poder”, en *Nexos*, no. 195, marzo 1994, pp. 29-41.

Bodin, Louis:

Los intelectuales, EUDEBA, Bs As., 2a. ed., 1970, 107 pp. (Cuadernos de EUDEBA, 129)

Bolívar Meza, Rosendo:

“¿Qué es un intelectual?”, en *Acta Sociológica*, vol. IV, no. 6, septiembre-diciembre 1992, pp.135-154.

Boudon, Raymond:

“Intellectuel”, en *Dictionnaire de la Sociologie*, Larousse, París, 1898, pp. 110-111.

Boudon, Raymond y François Bourricaud:

“Intellectuels”, en *Dictionnaire critique de la Sociologie*, Presses Universitaires de France, París, 1982, pp. 314-319.

Bourricaud, François:

Los intelectuales y las pasiones democráticas, UNAM, México, 1990, 212 pp.

Buci-Glucksman, Christine:

Gramsci y el Estado. (Hacia una teoría materialista de la filosofía), 4a. edición, Siglo XXI, México, 1979, 484 pp.

Castoriadis, Cornelius:

“El intelectual como ciudadano” (entrevista), en *El viejo topo*, no. 38, noviembre 1979, pp. 4-9.

“Los intelectuales y la historia”, en *Vuelta*, no. 130, septiembre 1987, pp. 51-54.

Coser, Lewis A.:

Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo, FCE, México, 1973, 387 pp. (Sección de Obras de Sociología)

Châtelet, François:

“Intellectuel et société”, en *Encyclopædia Universalis*, vol. 9, Francia, 1985, pp. 1249-1252.

Gramsci, Antonio:

Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno, Juan Pablos, México, 1975, 335 pp. (Obras de Antonio Gramsci, 1)

Los intelectuales y la organización de la cultura, Juan Pablos, México, 1975, 181 pp. (Obras de Antonio Gramsci, 2)

El Risorgimento, Juan Pablos, México, 1980, 289 pp. (Obras de Antonio Gramsci, 6)

Ize, María Francisca:

“Punto de partida: el intelectual y la sociedad”, en *Línea*, no. 21, mayo-junio 1976, pp. 11-23.

Lipset, Seymour Martin:

El hombre político. Las bases sociales de la política, EUDEBA, Bs.As., 1977, 426 pp.

Mendieta y Nuñez, Lucio:

Sociología del poder, UNAM, México, 1969, 127 pp.

Merton, Robert K.:

“Papel del intelectual en la burocracia política”, en *Teoría y estructuras sociales*, FCE, México, 1980, pp. 287-304. (Sección Obras de Sociología)

Meyer, Lorenzo:

“Intelectuales, poder, cultura” (entrevista con Hugo Vargas), en *La Jornada Semanal*, no. 223, septiembre 1993, pp. 18-24.

Mills, Wright C.:

“La responsabilidad política de los intelectuales”, en *Intelectuales, poder y revolución*, Océano, México, 1979, pp. 33-50.

“Sobre el conocimiento y el poder”, en *Poder, política y pueblo*, FCE, México, 1981, pp. 465-476.

Nava Angeles, María Susana:

El Espectador, Un proyecto de disidencia intelectual, Tesis para obtener el título de Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la UNAM, México, 247 pp.

Ory, Pascal y Jean-François Sirinelli:

“L' intellectuel: une définition”, en *Les intellectuels en France, de l' Affaire Dreyfus à nos jours*, Armand Colin, París, 1986, pp. 5-12.

Platón:

La República, UNAM, México, 1983, 369 pp. (Nuestros Clásicos, 12)

Savater, Fernando:

“Perplejidad y responsabilidad del intelectual”, en *Vuelta*, no. 100, marzo de 1985, pp. 70-73.

Shils, Edward:

Los intelectuales y el poder, Ediciones Tres Tiempos, México, 1974, 143 pp.

“Intelectuales”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 6, Aguilar, Madrid, 1975, pp. 136-149.

Suárez-Iñiguez, Enrique:

El papel de los intelectuales. Antología, UNAM, FCPyS, Sistema de Universidad Abierta, México, 1989, 375 pp.

Weber, Max:

El político y el científico, Alianza Editorial, Madrid, 1981, 233 pp. (El libro de bolsillo, 71)

Zaid, Gabriel:

“Intelectuales”, en *Vuelta*, no. 168, noviembre de 1990, pp. 21-23.

De los libros al poder, Grijalbo, México, 1993, 309 pp.

Zolá, Emile:

Yo acuso, Leviatán, Bs. As., 1983, 98 pp.

CAPITULO II

Agustín, José:

Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970, Planeta, México, 1990, 275 pp.

Blanco, José Joaquín:

Se llamaba Vasconcelos. Una vocación crítica, FCE, México, 1983, 215 pp.

Camp, Roderic A.:

Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX, FCE, México, 1988, 320 pp. (Política y Derecho)

“Las élites mexicanas. Las élites intelectuales: retrato mínimo”, en *Vuelta*, no. 140, julio de 1988, pp. 32-34.

Camp, Roderic A. et. al.:

Los intelectuales y el poder en México, El Colegio de México y UCLA Latin American Center Publications, México, 1991, 841 pp.

Careaga, Gabriel:

Los intelectuales y la política en México, Extemporáneos, México, 1971, 140 pp.

Cockcroft, James D.:

Precursores intelectuales de la revolución mexicana, Siglo XXI Editores, México, 1991, 290 pp.

Colmenero, Sergio:

Historia, presencia y conciencia. (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales 1951-1991), UNAM, México, 1991, 323 pp.

Cosío Villegas, Daniel:

“El intelectual mexicano y la política”, en *Ensayos y Notas*, vol. II, Hermes, México, 1966, pp. 141-168.

Cuesta, Jorge:

“Una nueva política clerical”, en *Poemas y Ensayos*, tomo IV (Ensayos 3), UNAM, México, 1964, pp. 467-472.

“La enseñanza de Ulises”, en *Poemas y Ensayos*, tomo III (Ensayos 2), UNAM, México, 1964, pp. 268-281.

Díaz Ruanova, Oswaldo:

Los existencialistas mexicanos, Editorial Rafael Giménez Siles, México, 1982, 324 pp.

Fuentes, Carlos:

Tiempo mexicano, México, 1971, Joaquín Mortiz, 196 pp. (Cuadernos de Joaquín Mortiz, 11 y 12)

García Cantú, Gastón y Gabriel Careaga:

Los intelectuales y el poder. (Conversaciones), Joaquín Mortiz, México, 1993, 203 pp.

González y González, Luis:

La ronda de las generaciones, SEP-Cultura, México, 1984, 131 pp. (Foro 2 000)

Krauze, Enrique:

Caudillos culturales en la Revolución Mexicana, Siglo XXI Editores, México, 1976, 329 pp.

Daniel Cosío Villegas. *Una biografía intelectual*, Joaquín Mortiz, México, 1980, 320 pp.

“Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, en *Vuelta*, no. 60, noviembre de 1981, pp. 27-42.

Labastida Muñoz, Horacio:

Élites intelectuales en la historia de México, Centro de Estudios Universitarios, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1992, 21 pp.

Monsiváis, Carlos:

“Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en ***Historia General de México***, Tomo 2, El Colegio de México, México, 1981, pp. 1375-1548.
Paz, Octavio:

“La ‘inteligencia’ mexicana”, en ***El laberinto de la soledad***, FCE, México, 1976, pp. 135-155. (Colección Popular, 107)

“Poeta secreto y hombre público. Jaime Torres Bodet”, en *Vuelta*, no. 186, mayo 1992, p. 17.

Salazar Mallén, Rubén:

“Atisbos. José Emilio Pacheco en el Colegio”, ***Uno más uno***, 12 de septiembre de 1985, p.17.

Sánchez Susarrey, Jaime:

El debate político e intelectual de México, Grijalbo, México, 1993, 162 pp.

Suárez-Iñiguez, Enrique:

Los intelectuales en México, El Caballito, México, 1980, 285 pp.

Zaid, Gabriel:

El progreso improductivo, Siglo XXI Editores, México, 1979, 387 pp.

Como leer en bicicleta. Problemas de la cultura y el poder en México, Joaquín Mortiz, México, 1979, 196 pp. (Cuadernos de Joaquín Mortiz)

De los libros al poder, Grijalbo, México, 1994, 309 pp.

Varios:

Conferencias del Ateneo de la Juventud, UNAM, México, 1984, 217 pp.

“México1972. Los escritores y la política”, suplemento no. 13 de la revista *Plural*, octubre de 1972, pp. 21-28.

CAPITULO III

Asiain, Aurelio:

“Historias ejemplares”, en *Vuelta*, no. 191, octubre de 1992, p.30-34.
Cazés, Daniel:

“Pluralismo singular”, en *La Jornada*, 1o. de septiembre de 1990, p. 7.

Consejo Editorial de Nexos:

“Coloquio de Invierno”, en *Nexos*, no. 173, mayo de 1992, pp. 5-17.

Granados Chapa, Miguel Angel:

“Coloquio de Invierno”, en *El Financiero*, 27 de febrero de 1992, p. 31.

Krauze, Enrique:

“Nuevas inquisiciones”, en *Vuelta*, no. 185, abril de 1992, pp. 17-20.

Monsiváis, Carlos:

“Una réplica pospuesta (y aumentada)”, en *La Jornada*, 30 de agosto de 1990, pp. 5 y 6.

“El pragmatismo del régimen por encima de los proyectos intelectuales”, en *Proceso*, 6 de abril de 1992, p. 48.

“La masificación del intelectual”, en *El Economista*, 28 de febrero de 1992, p. 28.

Ochoa Sandy, Gerardo:

“Coloquio: las relaciones de los intelectuales con el poder”, en *Proceso*, 24 de febrero de 1992, pp. 52-53.

Paz, Octavio:

“Fondo Nacional para la Cultura y las Artes”, en *Vuelta*, no. 149, abril 1989, pp. 50-52.

“Coloquio o Cuento de Invierno”, en *Vuelta*, no. 184, marzo de 1991, pp. 70-71.

“Coloquio o cuento de invierno”, en *Excélsior*, 9 de febrero 1992, pp. 1A-10A.

“La conjura de los letrados”, en *Vuelta*, no. 185, abril de 1992, pp. 9-14.

Ramírez, Carlos:

“Indicador Político”, columna de *El Financiero*, de los días 6 de septiembre de 1990, 20 y 25 de febrero de 1992 y 29 de septiembre de 1992.

Rodríguez Araujo, Octavio:

“De coloquios y revistas”, en *La Jornada*, 11 de febrero de 1992, p. 40.

Roura, Víctor:

“Cambios en la cima cultural”, en *El Financiero*, 130 de marzo de 1992, p. 40.

Ruy Sánchez, Alberto:

“Todos somos caníbales”, en *La Jornada*, 17 de febrero de 1992, p. 40.

Salinas de Gortari, Carlos:

Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1989, 143 pp.

Toledo, Alejandro y Pilar Jiménez Trejo:

Creación y poder. Nueve retratos de intelectuales, Joaquín Mortiz, México, 1994, 213 pp.

Tovar y de Teresa, Rafael:

Modernización y Política cultural, FCE, México, 1994, 532 pp.

Vargas Llosa, Mario:

“La dictadura perfecta”, en *Uno más uno*, 2 de junio de 1992, pp. 1 y 22.

Varios:

“Ideas para un Fondo de las Artes”, en *Vuelta*, no. 146, enero de 1989, pp. 66 y 67.

Villegas, Abelardo:

“Polémicas de las mafias”, en *Proceso*, 17 de febrero de 1992, p. 39.

Zaid, Gabriel:

“La camiseta inexplicable”, en *Vuelta*, no 184, marzo de 1992, p. 71.

“Hacia la CTM cultural”. en *Vuelta*, no. 185, abril de 1992. .p. 15-16.

“Resumen”, en *Vuelta*, no. 191, octubre de 1992, p. 52.

Zermeño, Sergio:

“Los intelectuales y el Estado en la década perdida”, en *Revista Mexicana de Sociología*. Año LII, núm. 3, julio-septiembre de 1990, pp. 213-235.